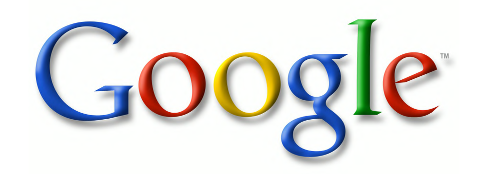
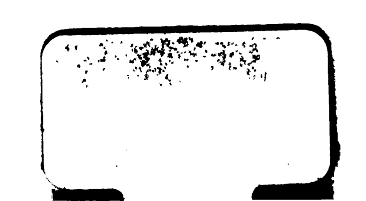




TROS

ZONTES

POR

TURA AGUILAR



MONTEVIDEO

Imprenta à vapor La Colonia Española, Florida 84

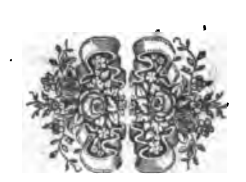
1886

ÓTROS

HORIZONTES

POR

VENTURA AGUILAR



MONTEVIDEO

Imprenta à vapor La Colonia Española, Florida 84

1886

A mi distinguido amigo el Sr. Sr.
Representante Dn. Nicanor Risso,
este recuerdo.

S. S. S.

Eloy Aguilar

OTROS HORIZONTES

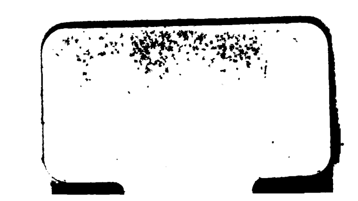
A mi distinguido amigo el Sr. Representante Dn. Nicanor Risso, este recuerdo.

S. S. S.

Eloy Aguilar

OTROS HORIZONTES


SIGILLUM ACADEMIAE HARVARDIANAE IN NOV·ANG·
CHRISTO ET ECCLESIAE
VE RI TAS



OTROS HORIZONTES

POR

VENTURA AGUILAR



MONTEVIDEO

Imprenta à vapor La Colonia Española, Florida 84

1886

A mi distinguido amigo el Sr. S.
Representante Dn. Nicanor Risso,
este recuerdo.
S. S. S.
Eloy Aguilar

OTROS HORIZONTES

OTROS

HORIZONTES

POR

VENTURA AGUILAR



MONTEVIDEO

Imprenta à vapor La Colonia Española, Florida 84

1886

New York es la realización más práctica y tangible de todo lo inverosímil, increible é irrealizable.

¡Y todo el progreso de aquella gran nación se ha operado en poco más de un siglo! Los siglos del pueblo norte-americano deberán ser relativamente á los otros pueblos, como los dias de Branma, que cada uno equivale á cuatro millones y quinientos veinte mil años humanos. Con tan gigantesca proporción no es posible concebir hasta donde llegará el progreso de ese pueblo.

Es la nación de conciencia más tranquila que jamás ha existido en la tierra.

Desde la batalla de Yorktown y desde 1781 que fué reconocida su independencia en la paz de Versalles, esa prodigiosa nación de 55 millones de habitantes ha asombrado con su civilización al mundo.

No ha tenido más que una guerra exterior, que le costó 254 millones y que le dió en cambio, hermosos puertos al Pacífico y las minas de oro de California, las cuales alteraron después el valor de la moneda universal; y una gran revolución para dar la libertad á millones de esclavos y sentar el precedente absoluto de la democracia en la múltiple y variada colectividad humana.

Si por un cataclismo de la naturaleza se hundiera su territorio bajo el mar de modo que no quedara sino su recuerdo escrito, su historia, entre las tan sangrientas y terroríficas de las demás naciones, parecería á la posteridad una fábula.

En ese país puede considerarse levantado un templo de oro para consagrar el trabajo del hombre.

No se piensa allí en guerras, ni en ejércitos, ni en hombres valientes y destructores de los otros hombres, sino en perfeccionarle las ruedas y cilindros á la gran máquina de la civilización.

Si todos los pueblos fueran cual el de los Estados-Unidos, la humanidad seria entonces como un solo hombre, y el globo su único é inmenso palacio.

¿Y cuales han sido las principales bases de ese progreso?

La unión, la paz y el trabajo, que son los grandes cimientos de la civilización del Nuevo-Mundo.

CAPÍTULO II

La heróica

I

Un año hacía que el humilde autor de estas líneas viajaba por diversos países, con el fin de alejar de sí una terrible afección reumática, adquirida en el crudo temperamento y nieves de Madrid, cuya dolencia le habia postrado en cama cuarenta largos dias.

Era entonces oficial de infantería del ejército español, y S. M. el rey don Alfonso XII tuvo á bien concederle la correspondiente licencia para viajar por el extranjero.

El 2 de Febrero de 1884 salimos de aquella linda y divertida córte, en tren expreso por la línea de Valencia-Alcántara á Lisboa, la pintoresca y culta capital del reino lusitano.

El 7 nos embarcamos para Montevideo y Buenos Aires en el cómodo y rápido vapor inglés «Galicia», de la compañía del Pacífico, con escala en Pernambuco, Bahia y Rio Janeiro, la ciudad de la hermosa bahía y de los espléndidos jardines.

El 14 de Mayo regresamos á Europa desde aquellas dos lindas ciudades del Plata, asombro hoy de prosperidad y de progreso, en el vapor de la misma compañía, «Aconcagua», y llegamos á Pauillac y Bordeaux el 7 de Junio.

El 13 seguimos por la línea de Orleans, 585 kilómetros de vía-férrea que cruzan un prolongado jardin salpicado de importantes ciudades y caseríos, á Paris, la reina de las ciudades.

El 24 de Junio regresamos á Madrid.

El 5 de Noviembre tomamos de nuevo la línea del norte de España y mediodía de Francia.

El 7 de Diciembre salimos de Bordeaux, en un vapor de la compañia bordelesa, el «Château-Léoville», para New-York, cuyo viaje se ha descrito en el capítulo precedente.

Por último, el 10 de Febrero del corriente año, después de haber pasado por Colón, tocamos incidentalmente en Cartagena, la en otros tiempos centro y señora de los inmensos dominios españoles del Nuevo Mundo.

Entonces fuímos verdaderamente como la mosca que cayera en la telaraña de la fatalidad.

. . . .

II

Se cruza el mar de las Antillas entre dos inmensidades azules, con un viento suave y tibio, entre ráfagas de peces voladores, verdaderas mariposas de cristal de esa primavera eterna de trasparencias, espumas y perfumes de alga del mar de los Trópicos, y se encuentra, todavía en las inmediaciones del golfo de Darién, una cosa blanca que reluce como las conchas de una playa lejana.

¡Qué belleza de contornos, que cielo tan puro y tan azul, manchado sola y momentáneamente por el humo del progreso!

Aquella es la Cartagena de Indias, la ciudad heróica, la de los numerosos y reñidos asedios, la que siempre se han disputado todos como rica perla, la que fundó el madrileño Pedro de Heredia, á quien el destino reservaba perecer ahogado frente á las puertas de su misma patria, la que tiene por fecha de nacimiento el 20 de Enero de 1533, el dia de un santo que murió martirizado á flechazos, la diez veces atacada y tomada seis, y la que ha sido, en fin, hasta hace poco la primera inexpugnabilidad del Nuevo-Mundo.

A cierta distancia, con sus denegridas murallas, los perfiles de sus miradores y blanco caserío, sus grupos de palmeras, los áridos y secos montes de sus contornos y su sol abrasador, el viajero se figura contemplar una ciudad moruna.

Después, ya dentro, desaparecen en gran parte las ilusiones que produjera su belleza exterior y de conjunto.

Cartagena es como el semblante de ciertas mujeres; bonitas de lejos, y de cerca feas por viruelas, berrugas, lunares ó cualquier otro defecto físico.

Es una ilustre dama, que revela en su semblante el abatimiento y la decadencia, la amargura de los sufrimientos, la pobreza de su portamonedas y la humildad del infortunio.

El progreso y el espíritu moderno la mejorarían considerablemente, aunque no fuera sinó echando en sus bastante canos y enmarañados cabellos un poco de aceitillo de Lubin, en su verdosa dentadura la crema de Rigaud, y los polvos de Coudray en su tez; pero huye de toda *toilette* y se sumerge en la inercia y en el más pobre abandono.

Desde 1821, fecha de la independencia, hasta hoy, no se observa en ella el más mínimo vestigio de reforma, ni de novedad.

Es la misma ciudad que dejó el gobernador Torres el 17 de Setiembre del expresado año, después de un sitio de 14 meses.

Si los habitantes de entonces, de los que apenas quedará alguno que otro, salieran de sus tumbas, reconocerían perfectamente todas las calles y edificios, y sus descarnadas y esqueléticas manos golpearían las carcomidas puertas para preguntar por sus familias y amistades.

II

Nada de reformas, nada de ensanche, nada de construcciones modernas, nada de progreso.

La mano del tiempo, por una parte, que ennegrece y agrieta, y la del hombre, por otra, que hunde y pulveriza, la van llenando de ruinas y aniquilando paulatinamente.

Muchas casas se ven ya destechadas y hechas escombros de puro usadas y viejas; entre los descarnados y rojizos ladrillos de sus cimientos se enredan las yerbas parietarias, y en aquellos conjuntos de vigas carcomidas, de cal, piedras, ortigas y malvabiscos viven tranquilamente los sáurios y los coleópteros.

Si las circunstancias no varían, Cartagena parece predestinada á perderse entre telarañas y polvo.

Poca actividad, poco comercio, ninguna industria visible.

La multiplicación de sus habitantes va en descenso; tiene solamente unos 8,000, en vez de los 50,000, que debería hoy contar, dados sus antecedentes históricos, su grandeza primitiva y su posición.

IV

La población puede considerarse dividida en cuatro partes: recinto interior amurallado, barrio de Jetsemaní, rodeado también de muralla en forma de herradura, Pié de la Popa, y Cabrero, estos dos últimos, suburbios campestres, fuera del recinto de murallas.

La construcción de sus casas es al estilo de las poblaciones andaluzas, con largos balcones de madera y techo de teja á la calle, dilatados patios y galerías, y ventiladas habitaciones.

Por las denegridas tapias de sus huertas sobresalen las adelfas funerarias y la olorosa resedá, al lado de sus esbeltas y elevadas palmas de coco.

En terreno seco y algun tanto árido, sin rio ni manantiales próximos, los cartageneros conservan en sus profundos y frescos algibes, para el consumo necesario, el agua que filtra, por decirlo así, de su cielo azul purísimo, pocas veces empañado por sombrías nubes.

Para completar las demás necesidades de su vida doméstica tienen muchos é inagotables pozos, cuyos cristales de agua salobre extrae un balde de zinc, entre las natas de verde limo y los helechos y musgos de las sombrías piedras.

Cartagena encierra aún varios edificios notables, así particulares como públicos.

Edificada por aquellos españoles de los siglos XVI y XVII cuando los dominios de su poderosa monarquía equivalían á una tercera parte de la superficie de la luna, segun la expresión de César Cantú, y cuando el sentimiento eminentemente religioso de la época se hermanaba con el espíritu bélico de conquistas de pueblos y dominación de territorios, Cartagena muestra en sí ese sello por sus muchos templos y conventos, y por sus formidables murallas y numerosas fortificaciones.

Desde muy larga distancia se descubre en la cúspide de un elevado monte, y del cual presenta dicha ciudad su más deliciosa perspectiva, un edificio á la vez templo y fortaleza, el convento de Santa Cruz de la Popa.

Cualquier observador podía, pues, descubrir, á poco de aproximarse, el simbolismo de aquellos sentimientos, la cruz del cristianismo y la espada de las conquistas; el blanco y odorífero incienso de las oraciones, que se difunde en las alturas celestes, y la sangre de la soberbia humana, que se empapa furiosamente en la tierra; la misteriosa evaporación del alma, y el oscuro aniquilamiento del cuerpo.

V

La catedral, de proporcionadas dimensiones, de tres naves, con un valioso púlpito de mármol, de torre cuadrangular y en buen estado de conservación, erigida como á los cinco años de existir Cartagena; las parroquias de Santo Toribio y de la Trinidad, estas en el barrio de Jetsemaní; y los conventos de San Juan de Dios, Santo Domingo, Santa Cruz, Santa Clara, Nuestra Señora de la Merced, San Agustin, San Diego, San Francisco, etc., algunos de ellos medio ruinosos, constituyen la parte monumental religiosa.

La casa Consistorial ó de Gobierno, el palacio de la Inquisición, la Obrapía (hospital de mujeres) etc., son la parte monumental pública ó civil.

Y las formidables murallas, rodeada de dilatados fosos en que se aloja el mar, los castillos de San Felipe, Pastelillo, Manzanillo, Castillo-grande, del Angel y San Fernando, á uno y otro lado de su extensa bahía, constituyen la militar, y ésta es la más admirable de todas, puesto que hizo á Cartagena, hasta hace poco, la ciudad más fuerte del Nuevo Mundo.

Esos muros de granito, agrietadcs y desmoronados en parte, cinturón formidable de la ciudad, son un glorioso monumento de arquitectura militar española.

A principios de Febrero del año actual, dias antes de los acontecimientos que han ocasionado esta pu-

blicación, unos cuantos cañones viejos de hierro, cuya capa exterior oxidada por el soplo del tiempo en más de dos siglos se desmoronaba como la corteza de un arbol carcomido, indicaban que aquél era, á más de paseo público, un sitio de guerra y de combate.

Aquellos cuantos cañones, resto de los muchos que artillaron la plaza, algunos medio caidos sobre sus desvencijadas cureñas, parecian ya reclamar el reposo eterno junto al ignorado polvo de sus centinelas y servidores de otras épocas, de los héroes que repetidos combates libraron sobre tan históricos muros, que los salpicaron con su sangre, y que hoy, á la caida de la tarde, apenas serán sombras errantes y fugitivas.

Parecían cadáveres de perros fieles, disecados en la desierta mansión de sus altivos señores.

En otro tiempo, su sonido estrepitoso y potente había correspondido á la voz de mando de muchos héroes españoles y colombianos, en cien combates; á principios de Febrero citado, eran sólo gloriosas ruinas.

Exigir de ellos nuevas hazañas, era como sacar de su sepultura el esqueleto de un guerrero, para colocarle una carabina al hombro.

VI

Respecto al carácter de los habitantes de la ciudad descrita, se pueden recordar los cuatro versos siguientes, de un oscuro poeta de aldea, cuyo nombre, desgraciadamente para él, no ha pasado á la posteridad, los cuales pueden aplicarse muy bien á toda localidad pequeña:

«Son de este pueblo, sus habitadores,
todos usías, ó al menos señores;
ricos sin bienes, en hazañas godos,
todos parientes, y peleados todos.»

En cambio, la honradez y la integridad son sentimientos muy relevantes en los cartageneros.

Durante el último sitio, que se relatará seguidamente, cuando una apremiante miseria se dejaba sentir en la peblacion, algunos cerdos y gallinas discurrian sólos por las calles más sombrías y ocultas, especialmente del barrio de Jetsemaní, sin que nadie los tocase.

Jamás se oyó hablar de ningun robo, ni de ningun otro crímen vulgar.

La sangre que latió en el corazón de tantos héroes, cuyo nombre conserva la historia, no podía trasmitirse á sus sucesores circulando por venas criminales.

El cartagenero es, por lo general, franco, generoso, hospitalario y de sentimientos nobles.

Tiene grandes vicios, y grandes virtudes.

Es raro que vegeten en aquel histórico piso, árboles de mediana altura; los cartageneros son, ó la elevada y gallarda palmera, que mece su copa en el azul del cielo, ó el diminuto césped, que pasa desapercibido.

Todos son extremos, nada de términos medios,

La misma conciencia de sus glorias pasadas les hace altivos hasta con sus mismos conciudadanos, creándose algunas veces antipatías en el resto de la nacion.

Mientras subsistan sus murallas, que son precisamente las mismas páginas de su historia, y que, dicho sea de paso, son ya antiguas é insuficientes para la artillería y elementos de sitio modernos, subsistirá también ese desmedido orgullo.

Una vez demolidas, el pensamiento se abrirá mejor que á los espectáculos bélicos, al íris de paz que cororea y embellece el semblante de las ciudades amelicanas.

CAPÍTULO III

El convento

I

La parte principal de Cartagena, el caserío que forma su núcleo, se encuentra completamente circunvalada por la espesa muralla que tiene de elevación, por término medio, de cinco á seis metros.

El barrio de Jetsemaní, en cambio, fué resguardado, más bien que rodeado, por otra gran muralla exterior en forma de herradura ó media luna, abierta en sus dos extremos, al mar de una ciénaga por el Norte, y al de la bahía, por el Sud.

Herédia, padre legítimo, crió aquella graciosa doncella.

Y cuando ya mostraba el desarrollo y las gracias de la adolescencia, como medio siglo después de su nacimiento, durante el reinado de aquel severo monarca español que levantó el prodigio de granito llamado Escorial donde se retrajo y murió mirando desde su lecho un altar, el gobernador Acuña ajustó á la cintura y seno de aquella jovencita ese corsé de 27 ba-

luartes romos, medios, simples y á tenaza, obra de 132 años y del costo de 59 millones de pesos.

La parte de la cintura quedó bastante apretada; por eso las calles del núcleo son estrechas y reducidas, y sus plazas, de la Cetedral, Inquisicion, Aduana, Santo Toribio y Yerba, poco espaciosas y de forma triangular ó como de recorte dos de éstas.

Jetsemaní, que pudiera llamarse su seno, quedó mejorado en proporciones y holgura.

Saliendo del centro por la puerta de la pequeña, irregular y enclaustrada plaza de la Yerba, se encuentra la muy grande, bella y fresca de los Mártires.

Es, próximamente, un extenso cuadrado dirigido de Norte á Sud, con la gran muralla y foso del recinto interior á un lado, las dos correctas líneas del caserío de Jetsemaní á los otros dos, y el azulado mar de la bahía con sus canoas, chalupas á vela y verdes mangles, al otro.

Esa plaza es el punto más fresco y delicioso de Cartagena, y su mejor paseo, especialmente entre sus dos filas de faroles y poyos nombrado el Camellón.

El crepúsculo de la tarde produce en esa plaza apacibles encantos.

Sobre el enrojecido y anacarado horizonte del Oeste, y por encima de los denegridos flancos de la muralla, la ciudad litografía su gracioso perfil con el tejado de zinc de la Aduana, las góticas torres de San Juan de Dios, la de la Catedral, miradores, blanco caserío y grupo de esbeltas palmas de coco que lo termina.

Las azuladas ondulaciones de la bahía en la playa

próxima, teñidas con los reflejos de púrpura del cielo, muestran al paseante solitario la tranquila y delicada sonrisa de sus espumas.

Después. . . . allá en las lontananzas infinitas, en la brillante bóveda de los Trópicos americanos. está aquella lucidez de ráfajas rojas, amarillas, violeta, lila y blancas, resultado quizá de haber limpiado su pincel el divino Pintor para despedirse del dia, y aquellas frescas y halagadoras brisas, que parecen producidas por un sacudimiento de alas de ángel.

La ingratitud de los cartageneros tal vez, ó sus antecedentes excepcionales, hace que á primera vista se note una gran falta: no hay allí ninguna estátua ú obelisco conmemorativo.

Tampoco se vé, dentro del gran desierto de aquella plaza, un sólo árbol.

II

Hácia un extremo, y cerca del mar, está el convento de San Francisco.

La mano del tiempo, que con sus uñas agrieta y desmorona y con su palma tizna, las frecuentes guerras y revoluciones de las pasiones humanas y el abandono de los gobiernos han hecho que ese notable edificio se encuentre hoy en una situación muy decaida y ruinosa.

Su gran patio principal, adornado hoy de limoneros, mangos, caimitos, plátanos y otros frutales de los trópicos, las numerosas columnas, arquitrabes y arcos de sus cláustros, y las habitaciones bajas, se hallan todavía en estado utilizable.

Son esas, por decirlo así, las partes más sólidas y resistentes en el esqueleto del edificio, sus tíbias y peronés, sus fémures, caderas, cóxis y sacro.

En los esqueletos de animales vertebrados principia la destrucción por los huesos pequeños de piés, manos, costillas flotantes, etc., y se conservan ventajosamente el cráneo y grandes huesos de las extremidades En el esqueleto de los edificios principia la ruina por la calavera, ó sea por los tejados, azoteas y cúpulas.

En el convento de San Francisco, las tejas, tablas, vigas y caballetes de los techos se desconciertan y caen, y extrañas vegetaciones extienden en ellos los largos filametos de sus raices.

El piso de ladrillo de las galerías del cuerpo principal se hunde en varias partes y retiembla en todas. Los tacones de la civilacion moderna, que hoy pisotean por allí para curiosear, producen un efecto muy distinto al de la silenciosa huella del fraile, que en otro tiempo se paseaba entregado á sus religiosas meditaciones.

De la capilla ó iglesia no queda más que el cascaron de paredes mutiladas, y de entre las lápidas sepulcrales del piso salen y crecen arbustos silvestres.

Cierto musgo oscuro y cierto polvo oleaginoso y pegadizo lo cubre todo. Multitud de murciélagos, cu-

yo oscuro escremento enarena los suelos y produce un olor especial de antigüedad y vejéz, revolotéa con sordo ruido, aún en pleno dia, entre las telarañas del techo, en las habitaciones más oscuras.

Aquella congregación de queirópteros ha sustituido á la otra de los monjes, á la cual se asemeja hasta en el color de sotana raida y desteñida de sus alas calvas.

Las hojas de varias puertas y ventanas se han adherido al piso, resistiendo á la mano que intenta abrirlas; otras, rotos ya sus enmohecidos goznes, yacen en tierra. Muchos clavos de las paredes, asegurados por manos de hace tres siglos para colgar bonetes y hábitos probablemente, se desmenuzan entre los dedos al pretender arrancarlos.

¡Lástima de edificio! No está aún muy cargado de años. Se fundó casi á fines del siglo XVI, en 1575.

III

En una pared de la galería alta, escritos con lápiz, se leian hace poco los siguientes versos, especie de flor de plana parietaria:

EL CONVENTO

En estos cláustros sombríos.
que el tiempo ha desmoronado,
dó las huellas del pasado
estampadas aún se vén;
en este viejo convento,
del feliz monje morada,
se puede estudiar la nada
y la realidad también.
¡Qué feliz el fraile era!:
aquellos santos hermanos
con mil placeres humanos
se supieron regalar;
tuvieron lindos jardines,
cómodas habitaciones,
galerías y salones....
lo que hubo que desear.
Esos monjes hoy son polvo,
casi polvo es su convento,
su instituto sólo un cuento,
su siglo un oscuro ayer:
de su vida regalada,
de sus cantos y oraciones

y cóncienzudos sermones
queda el polvo y el no ser. .
Mil murciélagos de noche
vuelan entre telarañas,
mil nocturnas alimañas
han fundado su hermandad;
mas sobre esa sombra toda,
paz profunda y mudas huellas
el progreso y las estrellas
brillan en la inmensidad.

IV

Todo se vicia y corrompe en esta prosáica vida humana.

Según San Mateo, Jesucristo dijo:

Si vis esse perfectus, vade, vende quœ habes et da pauperibus, et habebis thesaurum incœlo.

En este siglo de positivismo estamos todos por tener el tesoro en la faltriquera, y, caso de vender, procuramos hacerlo muy ventajosamente para aprovecharnos mejor del resultado de nuestro trabajo, y sin acordarnos para nada del prógimo.

Aquel consejo del Dios-Hombre dió orígen á la vida monástica, siempre que ésta se desprendiera de los goces humanos y se albergara por consiguiente, en la más estricta pobreza.

En los tiempos antiguos, los Esenos y Terapeutas

de los judíos, muchos filósofos griegos, inclusos los de la escuela cínica, los primeros cristianos que huían de la intolerancia y persecuciones paganas, las sagradas vírgenes (cuya vida privada sería hoy muy difícil de averiguar) y los tranquilos solitarios de la Tebaida, al huir ó separarse de la sociedad para entregarse al ascetismo, eran otros tantos caballeros y señoritas llenos de desengaños, aburridos de las cosas de este pícaro mundo, demasiado susceptibles, y que tenían en sí el egoismo de que nadie les contrariara ni molestase.

Para realizar aquello de no molestar á nadie, ni que nadie le moleste, no habria camino mejor que marcharse, por ejemplo, á la isla de Robinsón Crusoe, ó á los arrecifes del cabo de Hornos. Muy apurados habrian andado tales señores, si para ausentarse á tan agrestes soledades, hubieran tenido que sacar pasaportes, permisos y sellos en la Guaira del Ilustre Americano, ó pedir licencia á los heróicos defensores de Cartagena de Indias.

Ese sentimiento tranquilo y muy comprensible en ciertos casos de hastío social, de «huir el mundanal ruido», como poetizó León, de marcharse «al sonoro raudal de un despeñado cristal», como Tirso de Molina, ó de agradarse con «el silencio de la selva umbrosa, la esquividad y apartamiento del solitario monte» como Garcilaso, tuvo tambien su fecha de explotación y de positivismo.

San Benito en el siglo VI, con su sàbia regla de monasterios, abrió los ojos á muchos que después fue-

ron más largos y más listos que él, y que comprendieron muy lógico introducir excepciones, buenas y favorables; donde quiera que existiese una regla.

Los Cartujos, Camaldulenses, los de Cluny y los de Cister, en los siglos X y XI, todavía conservaron el sello primitivo del aislamiento y de la vida selvática.

Desde el siglo XII es cuando aquellos honrados y tranquilos caballeros principian á cansarse de la vida agreste y rústica y á establecer sus monasterios en las ciudades, optando por la vida urbana.

Después se hacen guerreros y se van á triturar con sus lanzas, cuando las cruzadas, á los infieles de Jerusalen.

Luego se transforman en hospitalarios, idea la más filantrópica que pudo ocurrirles, y muy opuesta, por cierto, á la misantropía primitiva.

Posteriormente se convierten en Escolapios, para educar á su conveniencia la sociedad infantil, y, al fin, en misioneros, para convertir salvajes en lejanas tierras.

¡Qué órdenes sagradas, tan sábias y felices!

Tirso de Molina hizo la siguiente alusión:

«De peña, de roble ó risco
es al dar su condición;
su bolsa hizo profesión
en la órden de San Francisco.»

V

Era un dia del año 1683.

Por las calles de la heróica ciudad americana se notaban un movimiento y excitacion extraordinarios.

Muchos grupos hostiles la recorrian con voces subversivas, blasfemias, é interjecciones de cólera.

Indudablemente sucedía algo muy grave.

¿Se preparaba contra ella algun nuevo asalto pirático?

¿Trataban otra vez de poner á prueba sus heróicos muros los numerosos navíos de alguna potente nación?

¿Se iba á sacudir el yugo de la orgullosa metrópoli?

Nada de esto.

Era que los frailes franciscos, apoyados por altos personajes de la ciudad, por soldados y la muchedumbre, sitiaban á las monjas de Santa Clara en su respectivo convento.

Los tambores tocaban calacuerda, y sus roncos y arrebatados sonidos excitaban el indignado y furioso ímpetu de las masas.

Aquella mañana, los reverendos franciscanos, al efectuar su cuotidiano desayuno en el ventilado refectorio de su convento, habian tomado algunas copas de dorado vino de Jerez con bizcochuelos, para enardecer más su bélico entusiasmo.

La empresa era magna y de atractivo.

Dicho sea de paso, y como simple detalle histórico, entre aquellas rebeldes y provocativas monjas habia una joven y linda novicia llamada Clementina de Labarces.

Los motivos que habian próducido el *casus belli* eran: que los frailes franciscos, legítimos administradores de las monjas Claras en virtud de una bula del papa Eugenio IV, malversaban los fondos, segun ellas, y las trataban de malas maneras y groseros modos, por lo que rechazaban el pesado yugo de aquéllos y proclamaban en cambio, presidente inmediato de su república conventual al obispo; que la jurisdicción ordinaria habia ventilado el conflicto con autos favorables á los frailes, apercibiendo con multa al obispo si no se atenía á lo dispuesto, al cual excitaban é intranquilizaban cada vez más las Claras; que el prelado habia excomulgado á todos y lanzado una *cesación á divinis*, entrediciendo el culto á los revoltosos; y que por último, á consecuencia de tanta efervescencia de las pasiones, tres clérigos se habian visto sitiados, atacados, asaltados y tomados en la torre de la Catedral, por las tropas y la muchedumbre.

Las monjas Claras fueron, pues, sitiadas por los frailes franciscos.

Una lluvia de piedras salió de todos los tragaluces y enrejadas ventanas del convento, y despues de mil imprecaciones, gritos y amenazas, los valientes franciscanos lograron forzar la puerta principal y llegar hasta la capilla.

Las monjas se fortificaron no obstante en el dormi-

torio y piezas altas, y se prepararon denodadamente á repeler los ataques sucesivos; pero ya un fraile tenía apabullado un ojo de un escobazo, y dos ó tres más habian sufrido algunas contusiones ocasionadas por las piedras.

Tocaron, pues, retirada.

El convento, sin embargo, continuó sitiado para conseguir su rendicion por hambre, y en tal estado se mantuvo durante el largo espacio de unos siete meses hasta que, al fin, la mediacion del obispo terminó aquella monjil cuestion.

VI

Dentro de la ciudad heróica hay, pues, dos conventos tambien heróicos: el uno por su ataque y el otro por su defensa.

Toda la gente de aquella época se ha hundido ya en el abismo del tiempo pasado.

Los edificios subsisten aún.

El uno, Santa Clara, es hoy hospital general, asistido por ángeles benéficos de aquella congregacion que creó San Vicente de Paul.

El otro es ese monumento medio arruinado, tranquilo, sombrío y silencioso, que se ha descrito y que parece esperar, como un nido de pájaros abandonado, un huracan ó cualquier otro cataclismo que lo arroje á tierra por completo.

Sobre un ángulo de ese vetusto y tembloroso edificio chocó, sin hacer explosion, la primera granada cilindro-cónica que la última revolucion arrojó á Cartagena.

CAPÍTULO IV

Antecedentes

I

Cuando después de tan largos viajes, cuando de las dolencias que nos aquejaron y separados del ejército de España en virtud de licencia absoluta por instancia propia, cuando después de los servicios prestados en dos dilatadas y penosas campañas nos dirigíamos á la bella y simpática ciudad de Montevideo, donde pensábamos entregarnos al trabajo pacífico, la llegada á Cartagena fué como el tropiezo de una mosca en la telaraña de la fatalidad, como al principio se manifestó.

Había estallado en Colombia una formidable revolución.

Existían tres partidos principales: el conservador, el liberal-independiente y el liberal-radical.

El primero, como su mismo nombre lo indica y como sucede en todos los países, significa los principios autoritarios, la reforma lenta y más ó ménos fatal de las sociedades, el progreso estrechamente encadenado con

su origen y con la bases primitivamente establecidas, la construcción del edificio siguiendo con calma y estudio el mismo plan de arquitectura preconcebido, el enlace por los signos aritméticos de la adición entre el año de 1821, fecha de la independencia de España, y el último, ó de actualidad, y la marcha, en fin, tranquila y sin apresuramiento, con arreglo á la musculatura y temperamento nacionales, á su carácter, tradiciones, antecedentes históricos, costumbres, clima, configuración geográfica, etc., en conformidad con las doctrinas, mejor ó peor comprendidas, de Montesquieu y la escuela histórica alemana.

El liberal ha empleado en el país de referencia los signos de la multiplicación, la marcha rápida aunque los pulmones se sofoquen algun tanto en el accidentado camino, la importación de los adelantos de los pueblos más civilizados, prescindiendo de la diversidad de caractéres, circunstancias especiales y particular modo de ser, la apropiación, para tejer el suyo de las nuevas y últimas pajas de todos los nidos ajenos, y la prosecución, en fin, de la ley de las mayorías de J. J. Rousseau y principios subjetivos del naturalismo filosófico del siglo XVIII.

La lucha de estos dos grandes y trascendentales partidos constituyen principalmente la historia de la jóven nacionalidad colombiana.

El segundo venció al primero, y entre revueltas y pronunciamientos ha venido rigiendo al país desde hace años, fortalecido aún más con la sangrienta

victoria de *Garrapata* en la revolución conservadora de 1876.

Los dos partidos *radical* é *independiente* no vienen á ser más que ramas derivadas del mismo tronco.

Esa parte *radical* ha producido la muy prolongada y sangrienta revolución última.

Los fundamentos han sido, poco más ó ménos: Una reforma de la constitución proyectada por el magistrado supremo; la prolongación á cuatro años del período presidencial, en vez de dos, con aplicación al actual, doctor don Rafael Nuñez; su tendencia de simpatía y adhesión, real ó figurada, hácia el antiguo partido histórico; un cambio efectuado por el mismo en el estado de Santander, y algunas otras circunstancias especiales y de detalle.

II

El viento de la libertad ha soplado siempre en las enhiestas cumbres y feraces campos de Colombia.

Desde la cabeza de la gigantesca cordillera de los Andes hasta sus vertientes y costas, ese viento se agita en impetuosas corrientes, produciendo peligrosos remolinos de libertad.

Sus frecuentes y sangrientas revoluciones son sus vientos periódicos.

Sobre sus ricos campos, sobre sus opulentas minas

de oro, y sobre sus magníficas costas á dos mares importantes, que pronto se unirán, ya que no por el embate de los elementos, por el benéfico cataclismo de la dinamita civilizadora; sobre toda esa envidiable inmensidad de su territorio vuelan y se esparcen, no las inocentes golondrinas de la paz, del tiempo tranquilo y de la sonriente primavera, sinó las belicosas águilas de la revolución, de la sangre y de los combates.

Ese pueblo, hijo favorecido y predilecto de su ilustre y poderosa madre, parece que sacó de ella sus grandes vicios y sus grandes virtudes.

Es levantisco, impaciente, descontentadizo, revolucionario y batallador; y honrado, celoso de su independencia, frío y hasta ceñudo contemplador de las huellas que estampan emigraciones provechosas, amante de sus glorias, y magnánimo.

Sus frecuentes agitaciones y su sol le han hecho caer en una fiebre endémica.

Ciertas personas, aquejadas de males crónicos, pueden vivir con ellos largos años, y si se los curan mueren.

Si Colombia se curase la enfermedad de sus revoluciones, tal vez moriría.

En tan nocivo vicio quizá lleve la palma á sus demás hermanas.

De un artículo de autor anónimo, fechado en Bogotá y reimpreso en Cartagena hace poco, son las siguientes noticias históricas:

«En resúmen, tenemos: que en los ocho períodos

administrativos transcurridos de 1864 á 1880, se han consumado cuarenta y una rebeliones, distribuidas así:

1864 á 1866,	doctor Manuel Murillo. . . .	10
1866 » 1868,	generales Mosquera y Acosta. .	7
1868 » 1870,	general Santos Gutierrez . . .	2
1870 » 1872,	general Eustorgio Salgar . . .	6
1872 » 1874,	doctor Manuel Murillo	5
1874 » 1876,	doctor Santiago Pérez	4
1876 » 1878,	doctor Aquiles Parra	1
1878 » 1880,	general Julian Trujillo	6

Cuarenta y una rebeliones en sólo diez y siete años de asentimiento á la constitución de Rionegro, sin incluir en este cuadro los motines eleccionarios, ni los tumultos populares, que tan frecuentes se han hecho en la generalidad de las ciudades de la república.»

Viajero llevado por la casualidad á ese hermoso país, desconocedor de sus cuestiones internas, y detalles de vida íntima; que enredado entre zarzas y malezas á la mitad de su camino se detuvo unos momentos á contemplar el lugar en que se hallaba y los contornos y perspectivas que le rodeáron; y cuando el cañon retumbaba aún en los campos de batalla y el humo de la pólvora envolvía y oscurecía el futuro desenlace de los acontecimientos, al meditar y escribir estas líneas ha procurado solamente ajustarlas á los principios y criterio de escuela, con la más severa imparcialidad.

Tratar de conseguir el progreso de un pueblo por

una revolución, es lo mismo que pretender ganar un juego de ajedréz á puñetazos.

III

La revolución preparaba un nuevo sitio á la ciudad heróica.

La antigua ciudad americana tenía que vér, una vez más, ametrallados sus denegridos muros, y acribillados á balazos las paredes y techos de su pintoresco caserío.

Se le daba un fuerte codazo para que alzára nuevamente la cabeza, y despertase del sueño de sus pasadas glorias.

Los viejos y desmontados cañones de sus murallas, que sobre la yerba del piso descansaban tranquilamente de tantos esfuerzos y fatigas, tenían que erguirse de nuevo, apoyar de algun modo su cuerpo tembloroso, y hacer oir su vóz ronca de desolación y muerte.

Cartagena, ese viejo soldado de los asédios y de los combates, salía de su plácido retiro, se retorcía sus encanecidos bigotes, se aparejaba el raido y remendado uniforme con cartuchera, cinturón y morral, colocaba una colilla de cigarro trás la oreja, y se aprestaba á la lucha.

El movimiento revolucionario había tomado proporciones imponentes.

El rio Magdalena, la gran artéria aorta de la República, por donde se vaciaba de su corazon, Bogotá, todo el torrente circulatorio de comercio, relaciones con los Estados de la costa y demás naciones del mundo, habia caido en poder de los radicales, con la casi totalidad de sus vapores, armados en guerra.

Cartagena envió sobre Barranquilla, llave de ese rio, una columna de 500 soldados; pero el 11 de Febrero del año 1885, despues de un combate en los edificios y calles de la ciudad, un jóven general de la revolución derrotó la expresada columna, haciendo prisionero áun al mismo general que la mandaba.

La infausta noticia extremeció á Cartagena, y la hizo prever un próximo ataque.

Su hermana más jóven, Barranquilla, que la había vencido en población, comercio y progreso, quería también alzarla la mano y someterla á su fuerza física.

La hermana mayor había dirijido á la menor un ágrio y altivo regaño, el general Urueta, y á tal imposición contestó la última con su enérgica réplica, Gaitán:

Barranquilla se le convirtió en la criada respondona.

IV

Once años después de su fundación sufrió Cartagena el primer sitio.

Eran aquellos tiempos, de conquistas, abordajes, asaltos y piraterías.

Roberto Baal, corsario francés, fué el primero que la atacó, tomó y saqueó, evacuándola luego mediante una suma de plata.

Sin fortificaciones entonces, defendida por alguna que otra trinchera mal improvisada, sin más posición ventajosa que el próximo monte de San Felipe para asegurarla en el fondo de su bahía, y abierta por el noroeste á las playas y al mar, la operación de aquel pirata no pudo ser difícil, á pesar del esfuerzo de Heredia y de su teniente Vegines, que cayó asesinado bajo el puñal de los invasores.

Cuando la titánica lucha de Felipe II contra Isabel de Inglaterra, años antes del proyecto y desastre de la colosal *armada invencible*, el célebre almirante inglés Drake, que tan mal recibido fué por los españoles de la Gran Canaria, atacó tambien á Cartagena con grandes elementos, y la tomó y saqueó, retirándose á fuerza de oro.

Nuevamente, durante el reinado de Felipe III, fué atacada Cartagena por una expedicion francesa é inglesa; pero entonces salió victoriosa con la bizarría de su gobernador Loaiza.

A éste se sigió el de los generales franceses Pointis y Ducasse, en que fué tomada y saqueada.

Unos 43 años después ocurrió el más célebre de todos, el del almirante inglés Vernon, que la atacó con 25 navíos y otros muchos transportes, con unos 20,000 hombres entre soldados y marineros.

El almirante Lesso fué el héroe principal de la defensa, el cual, demasiado anticipadamente, figuraba en unas medallas que traia acuñadas Vernon, en las que aparecía arrodillado á sus piés y con esta escritura: «El orgullo español abatido por Vernon». Despues de dos meses de rudos y repetidos ataques, la expedicion agresora se retiró con pérdidas muy sensibles. Sus entonces heróicas murallas fueron defendidas por 1 600 hombres solamente, contra aquella terrorífica balumba de navíos, soldados, cañones y transportes. Aquel mutilado héroe de las guerras de su patria y de su rey, vino á echar el resto en Cartagena, de la que fué digno defensor.

Llegaron los primeros años de este siglo; España tuvo que habérselas con la individualidad de más talla que nos presenta la historia, con aquel hombre que, segun Víctor Hugo, *cansaba á Dios,* y con aquellas legiones que habían vencido á los primeros ejércitos de Europa. Sus inmensos dominios de América se emanciparon.

Cartagena, que habia saboreado, con tal motivo, la miel de la libertad, de la independencia y de la república, puso mal semblante á la escuadra y ejército recuperador del general Morillo, que la sitió en 1815.

Después de un brillante asedio de 3 meses y medio, el segundo en importancia militar, fué otra vez tomada.

Pasados otros cinco años, se verificó un nuevo sitio en sentido inverso.

Montilla, general separatista y libertador, atacó al gobernador Torres, integrista. Duró 13 largos meses, y desde entonces Cartagena anota sus fechas gloriosas en el cuaderno de otra nacionalidad.

Montilla, sitiador, pasó á la calidad de sitiado por el general Luque, colombiano, con 1.200 hombres y una goleta.

Después acaeció el de Carmona (cuestión de revoluciones tambien), cuyo general llegó á apoderarse de la muralla y baluartes de la Media Luna y del barrio de Jetsemaní, á causa de traición.

Diez sitios, pues, incluso el actual, en tres siglos y medio, ó sea uno en cada 35 años.

V

Esas ciudades heróicas son muy buenas para la historia y muy malas para vivir en ellas.

Sus estrechas y sombrías calles recuerdan fácilmente semblantes pálidos, esqueletos vivientes, privaciones y fatigas, pestes y hambres.

Sus mismos cinturones de murallas oscuras, de baluartes, puertas de hierro, puentes y revellines parece que comprimen la libertad en el pensamiento, la res-

piración en los pulmones, y los vuelos en la imaginación.

Sus sombrías bóvedas, calabozos, caminos cubiertos y subterráneos traen á la mente tétricas ideas de cadenas y despotismo.

Hasta en sus piedras, si así pudiera decirse, se nota cierta propension á sitiar y ser sitiado.

Los frailes, esos eminentes y pacíficos varones, con sólo respirar tal aire, se echan fuera de sus casillas para sitiar á las inocentes monjas, y éstas se defienden hasta desfallecer de hambre.

Tres pobres curas son sitiados en lo alto de una torre.

¡Dios nos libre de caer en tan fatales trampas!

CAPÍTULO V

Preparativos

I

Pocos dias después de la derrota de la columna de Cartagena en Barranquilla, aquella ciudad tomó los acontecimientos muy en sério, y se dispuso á resistir el movimiento revolucionario.

El jóven general Gaitán pudo fácilmente conquistar nuevos laureles, si no se hubiera dormido en el esplendor de su victoria.

Si inmediatamente después de aquella derrota se dirige sobre Cartagena á marchas forzadas, echando á su retaguardia á cualquiera persona de los pueblos del tránsito ó fugitivo que hubiera podido llevar la desfavorable noticia, y presentándose él mismo á darla entre la oscuridad de la noche, con sólo 300 hombres habría entrado en Cartagena, sin sitio, y sin tiros tal vez.

Nadie soñaba entónces en la ciudad heróica que la columna de 500 soldados hubiera sido derrotada y copada hasta con su mismo general.

Se corrian, por el contrario, noticias de un triunfo evidente.

La ciudad tenía aún abiertas sus puertas; algunas escasas y débiles avanzadas se veían establecidas, á poco distancia, en los caminos de sus alrededores.

La epinión pública de Cartagena no estaba aún del todo definida respecto á la simpatía ó antipatía del movimiento revolucionario.

Todo vacilaba allí y fluctuaba en cierta sombra de indecisión é incertidumbre.

Y un buen jefe militar con quién contaban, el práctico é inteligente general Rodriguez, era más bien víctima de cierta proverbial ingratitud, por lo que siempre se le vió desempeñando puestos secundarios.

II

En lo apurado y comprometido de las circunstancias, Cartagena, capital del estado de Bolívar, pidió auxilio á su vecino hermano el estado de Panamá, y atrajo hácia su seno al legítimo presidente del mismo, al general Santodomingo Vila, de bastante confianza y prestigio en la república.

Desde que dicho general llegó á la plaza, principiaron los preparativos militares y la activa organizacion de defensa.

Santodomingo Vila, como de 40 y pico de años, de presencia simpática, aunque algo bajo de estatura y

un poco grueso, casi imperceptiblemente cojo á consecuencia de herida de campañas anteriores, siempre vestido de paisano con botas de montar y sombrero de paja de copa aplanada y la ala ancha, debajo de la cual se notaba el atractivo de su mirada inteligente, fué recibido por el pueblo de Cartagena con entusiasmo y hasta con idolatría.

El hormiguero comenzó entonces con notable actividad á sacar los granos de arena y remover la tierra en las obras de su defensa.

Los viejos cañones de las murallas, algunos de los cuales reventaron después, fueron montados sobre cureñas de madera, y con varios otros que estaban en las afueras medio enterrados y en el olvido de la inutilidad, se pudieron reunir como unas 24 piezas, limpias en lo que cupo y barnizadas de alquitran, con todas las balas que fué posible adquirir de igual modo, á más de unos cilindros de metralla hechos de hojalata, cuyas piezas se enfilaron en batería hácia los puntos más estratégicos.

Había solamente tres ó cuatro de bronce en proporcionadas cureñas, una ametralladora vieja de tubos, sistema antiguo, y el cañon de hierro de á 24 llamado *apaga luz*, objeto de la mayor simpatía y entusiasmo de los cartageneros.

¿Qué luz apagaría ese cañon?

Tal vez la de la fraternidad y de la civilizacion democrática del Nuevo Mundo.

Para defender, pues, más eficazmente las heróicas

murallas de la plaza hubo que registrar y revolver, nó un parque, sinó un osario de artillería.

Aquellos esqueletos de cañon fueron sacados de la tranquilidad y silencio de sus sepulturas de tierra y yerba, como ya se ha repetido.

Después se colocó una multitud de sacos de tierra sobre los planos y líneas de fuego de los baluartes, que sirvieran de cubrecabezas, y con numerosas tablas, que hoy importan algunos miles de pesos en recibos á una compañía inglesa, se construyeron techos volantes y tinglados para mayor comodidad de guardias y retenes.

En alguna ó algunas calles interiores del recinto fortificado se levantaron tambien barricadas.

Por fuera, pues, al otro lado de los anchos y dilatados fosos en los cuales entra el mar para envolver ó rodear la población, se hacía difícil descubrir los centinelas, guardias ni otra persona alguna.

III

Había tres vapores de rueda, especie de grandes balsas para el servicio de la bahía, el «Rafael Nuñez», el «Lebrija» y el »Union», los cuales fueron también armados en guerra, á fuerza de sacos de tierra, planchas de hierro de unos cinco centímetros de espesor, tablas y troncones, con troneras para alguna que otra pieza de artillería de poco calibre, y una aspillera longitudinal para el fuego de fusil.

Su casco de poco calado, que apenas sobresalía en la superficie de las aguas, y su alto cuerpo de paredes cuadrangulares de sacos de tierra y tablas, con las aspilleras antedichas, les daban el aspecto de una especie de blockaus marítimo, movido á vapor.

Sin el humo, el ruido y la máquina del progreso moderno, habrian podido atraer á la imaginación el recuerdo de lo que debieran ser los buques del cónsul Duilius, en aquellas guerras púnicas de romanos y cartagineses.

Cuando se cerraron las grandes puertas de la ciudad se colocaron trás de ellas muchas piedras y sacos de tierra para afianzarlas, y se las apuntaló con fuertes vigas ó trancas.

Posteriormente, se atrevesaron con pequeñas estacas, en algunos sitios exteriores, alambres de cerca, erizados de púas, con cascabeles y campanillas, para dificultar con aquéllos los pasos nocturnos de los sitiadores, y avisar con el sacudimiento y sonido de éstos á los centinelas y vigilantes de los puestos del recinto.

Con esta última y ocurrente invención, la taxonomía se enriquecerá probablemente, clasificando los cascabeles en... para gato y para fortificaciones.

IV

A mediados de Febrero del año actual, llegó el general Santodomingo á Cartagena procedente de Colon y Panamá, en el vapor «Alene», de la compañía inglesa «Atlas» de New-York.

Al par que puso la plaza en sus más idóneas condiciones de defensa, organizó las fuerzas militares, servicio, instrucción, táctica y disciplina, y se impuso á las pasiones y encontrados sentimientos políticos.

Interrumpidas completamente las relaciones con la capital y gobierno supremo de la república, asumió todas las facultades militares, políticas, administrativas y civiles del territorio libre, y el presidente del estado y demás autoridades locales se convirtieron en sombras que vagaron al rededor de su esclarecida personalidad.

En su decreto fecha 22 del susodicho mes, dispuso que todos los ciudadanos de 18 años á 60 se inscribieran para el servicio de armas en el estado mayor, debiendo ser conducidos por la fuerza á los cuarteles, en caso de omisión, todos los útiles y no impedidos, y dispensando á los que resultasen muy perjudicados, siempre que pagáran una cuota de 50 pesos fuertes y presentasen un sustituto *útil* y *no pernicioso*; y que las personas conocidamente hostiles al gobierno nacional ó del estado se prepararán para salir pasa-

portadles de la ciudad al extranjero, ó para el campamento de sus simpatías mediante *una fianza á satisfacción del general en jefe de operaciones de que habían de alistarse en el campamento enemigo.*

¿Qué objeto encerraba la última parte de ese decreto?

Es muy rara é incomprensible aún considerada como un lazo, y, por cierto, no produjo resultado alguno.

Ese decreto fué únicamente practicable y cumplido en lo relativo al reclutamiento, y, en su consecuencia, todo colombiano útil, y hasta meno de 18 años, tomó las armas, y con ellos se formaron y agregaron á los dos batallones 4.° y 8.° de línea, el 1.° de Bolívar y el «Libres de Cartagena».

Alguna noticia alarmante, como la de que fuerzas radicales se habían presentado en Arjona, pueblo á siete leguas, dió por resultado la clausura de la plaza.

No se dispuso el envío de una pequeña fuerza militar de reconocimiento, para el aviso á la plaza de la marcha, situación, número aproximado, y demás detalles importantes y convenientes.

Se dejaron abandonados los castillos de San Felipe y de la Popa, error militar imperdonable, pues especialmente el primero, situado en un monte próximo al recinto amurallado de la plaza, la dominaba completamente, y podían desde allí los sitiadores ocasionar graves daños.

No se hizo provisión de reses, víveres y demás sub-

sistencias que una previsora prudencia en tales casos reclama.

No se procuró dar salida á los extranjeros, ancianos, familias y demás inutilidades y estorbos, sinó que, por el contrario, sé impidió en absoluto la marcha de todos los que trataron de efectuarlo.

No se sustrajo del dominio particular la pólvora, y demás sustancias inflamables, para su depósito en sitio aislado y seguro.

No se ganaron y compraron espías, campesinos ó mujeres de los pueblos próximos, para que hubiesen proporcionado noticias á la ciudad.

No se convocó, en fin, una junta de comerciantes, presidida por el gobernador ó el alcalde, para acordar la proporcionalidad de precios y circunstancias probables sucesivas, con el plausible objeto de evitar el acaparamiento y el monopolio.

El servicio militar se organizó por guardias, retenes, rondas mayores y menores y patrullas.

Los centinelas y vigilantes de los sitios interiores y de confianza debieron recibir la consigna de no menudear tanto los *altos* y *quien vive*, convenientes sólo para grupos de más de tres, á fin de evitar la consiguiente confusión y vocerío, que perturban el útil silencio de la noche, y que distráen la delicada y trascendental atención de los de puestos más importantes y peligrosos.

Debió haberse hecho prudencial y conveniente dotación de cajas de cápsulas á los comandantes de puesto, con encargo de presentar diariamente, ó

cuando las circunstancias lo hubiesen permitido, relaciones numéricas y respaldadas de las distribuidas, de las gastadas y de las últimas totalidades de existencia, á fin de evitar los consumos lujosos é improcedentes, ó la pérdida por abandono é irresponsabilidad.

No debieron, en fin, entregarse por completo y para tenerlas en el domicilio, mucho ménos en aquellas circunstancias de revolución y diversidad de opiniones, las armas á los particulares, sinó durante el limitado tiempo de su servicio, y con encargo de recogerlas nuevamente y depositarlas en las guardias mas próximas á los barrios y domicilios respectivos.

Cerradas, pues, todas sus puertas é interrumpidas las comunicaciones, Cartagena quedó sitiada desde fines de Febrero.

V

El 3 de Marzo, después de evacuar las ciudades de Santa Marta y de la Ciénaga. del estado del Magdalena, y hechos venir por el general Santodomingo, llegaron á Cartagena en el vapor inglés «Legislator» 400 soldados al mando del coronel Ortega, con cuyo erefurzo la plaza contó para su defensa 1,400 hombres, armados de remington, con abundatísima provisión de cápsulas.

El general en jefe fué al muelle á recibirles con una música militar, y les dirigió la arenga siguiente:

« Magdalenenses!:

» Os saludo con entusiasmo y con gratitud. Con entusiasmo, porque el espíritu se espande cuando en situaciones como la presente, en que tantas decepciones tenemos que lamentar, podemos contemplar que aún existen brazos fuertes y corazones templados, que ocurren presurosos á los llamamientos del deber; y con gratitud, porque Cartagena os agradece que vengais á compartir con sus hijos las penalidades de la lucha con que se la amenaza, y también las glorias que habrán de conquistarse sobre sus muros, tintos en sangre derramada tantas veces en defensa de la libertad.

» Magdalenenses!:

» El invasor afortunado protegido por la traición de unos y la imprudencia de otros, en su demencia se ha considerado poderoso para amenazar estos muros, testigos del titánico esfuerzo de sus valerosos hijos.

» Magdalenenses!:

» A vuestro lado y convencido de vuestro valor y decisión, yo os ofrezco la victoria.

» Dentro de poco nuestra condición de sitiados se convertirá en la de sitiadores, y el resultado será la pacificación de la república y el restablecimiento del órden constitucional.

» ¡Vivan los valerosos y nobles hijos del Magdalena! ¡Viva su presidente constitucional! »

Mientras que en tal acto se hallaba ocupada la

general atención, y contemplaban todos con la curiosidad y entusiasmo naturales el desfile de los recien venidos, una mujer introducía en la ciudad, probablemente por alguna canoa de la bahía y oculta bajo sus cabellos, la siguiente proclama del otro campo, que el que escribe estas líneas logró copiar, por simple curiosidad, con lápiz y letra muy pequeña al respaldo de una de sus targetas:

» Cartageneros :

» La opinión pública y la ley dan á mis soldados la pujanza del que vence siempre, y la generosidad del que, en vez de castigar, corrige.

» Ese es el gran secreto de triunfos providenciales que corresponden más á mis compañeros de armas, que al humilde conductor de héroes.

» Recientemente aquí se ha visto como se humilla á la soberbia, y como se moderan, hasta el silencio completo, los entusiasmos de gloriosa victoria.

» Obligados á buscar otros campos donde reivindicar el derecho, vamos á los inmortales muros de la heróica Cartagena; y si es posible que allí, como aquí, haga víctimas el extravío, es seguro que sus fortalezas no detendrán á los que vuelan siempre á las alturas de la santa libertad, adonde no alcanzan los físicos obstáculos.

» De allí.... iremos en alas de esa misma diosa adonde el oprimido gima, por que la misión de este ejército de ciudadanos no tiene el límite que el egoismo marca,

5

sinó los extensos horizontes de una noble confraternidad.

» Cartageneros, vuestros hermanos os llaman. Abrid los brazos á los que se acercan á las formidables murallas, trayéndoos vuestros legítimos gobernantes, y el ámplio goce de vuestros derechos.

» Viva la conciliación liberal!

» Dado en el cuartel general de Barranquilla á 21 de Febrero de 1885—Ricardo Gaitan. »

VI

Santodomingo revelaba ser un hombre de experiencia y de desengaños políticos, de vacilaciones, de incertidumbre, de altivéz y de brusquedad ágria; el que tal vez inconscientemente pensaba á lo Maquiavelo, que la humanidad, sometida al influjo de los astros, gira en un círculo inevitable del bien al mal y vice-versa; el que hacía preguntas al presentado de un campo enemigo, y por ser las respuestas vagas y de poca luz le prescribía cien palos; el que fué, en fin, á Cartagena, el que salió de ella, y el que volvió, apoyados estos diversos actos en las mismas razones y en idéntico fundamento.

Gaitan era el entusiasmo glorioso del jóven, la contemplación de la libertad en forma de águila cerniéndose en la inmensidad azul del cielo; el que miraba las hojas de la historia de su país movidas por el

viento; los elevados sentimientos humanitarios hasta el punto de desprenderse de su propia bolsa, siempre que pasase à las descarnadas manos de la desgracia, ó de sus soldados; la simpatía, en fin, para los extranjeros, y el encanto de las bellas por su arrogante figura.

El uno, el caudillo sitiado.

El otro, el caudillo sitiador.

CAPÍTULO VI

Sitiadores y Sitiados

I

Una mañana apareció en Cartagena un pequeño vapor con la bandera blanca de parlamento.

En atención á las circunstancias porque se atravesaba produjo una gran curiosidad al pueblo, que llenó las calles y punto de desembarque.

Con las formalidades correspondientes de vendársele los ojos y ser conducido por una guardia, se vió un hombre aún jóven, rubio, de aspecto más bien extranjero que del país, y vestido con aseo aunque sin saco ó chaqueta.

El comisionado esperó algunos momentos en una sala del cuartel de San Juan de Dios, adonde se le condujo, hasta que se abrió paso el general Santodomingo seguido de su ayudante Velez y del corneta de órdenes, todos á caballo, por entre las filas de la curiosa muchedumbre.

Dicho comisionado procedía de Barranquilla, de

donde había sido enviado á Cartagena para intimar la rendicion de la plaza.

El general contestó al comisionado de referencia, como Leónidas á Jerjes cuando éste le pidió entregara las armas; que fuera á tomarlas, perdonándose la comparación.

No agradó mucho á Santodomingo Vila le enviáran un comisionado vestido tan á la *negligé*, en manga de camisa y sin botas de montar, alejando con tal traje la formalidad y el prestigio de un acto de tanta ceremonia y trascendencia.

Y tanto fué así, que, en entrevistas sucesivas con el mismo comisionado, el general en jefe de la heróica le manifestó, que no volvería á recibir agentes de tan poco pelo y de tan descuidada *toilette.*

II

El 4 de Marzo por la mañana se vieron ya las primeras fuerzas sitiadoras, las cuales, como era de esperarse, se posesionaron seguidamente de los importantes puntos de la Popa y cerro de San Felipe.

Esta última fortaleza habia costado á la nación española 11 millones de pesos.

Se encuentra situada como á medio kilómetro de la ciudad, por la puerta de la Media Luna, y domina completamente la población y la bahía, para cuya especial defensa se construyó.

Es muy sólida, tiene magníficos caminos cubiertos y muy profundos algibes, y aunque muy abandonada y deteriorada, todavía podría valer mucho con algun cuidado.

No había en dicha fortaleza ningun cañon utilizable.

Faltos en absoluto los sitiadores de artillería de sitio, áun de la antígua misma, registraron tambien los contornos como los sitiados y lograron montar unas cuantas y deficientes piezas, con más un pequeño cañón Armstróng de unos ocho centímetros, llevado del parque de Baranquilla, con una dotación de 200 á 300 granadas cilindro-cónicas, proyectiles que excitaron bastante la atención de los Cartageneros, por no haberlos visto jamás, y que los distinguieron por su forma con el nombre de «botellas explosivas», llamando igualmente á los sitiadores, que las arrojaban, *botellistas*.

El cañón referido, pues, fué el héroe de la fiesta, y se nombró «el vigilante», por haber servido anteriormente en un pequeño buque guardacostas

III

Pronto la vieja fortaleza sintió dentro de su seno la vida y el movimiento que la imprimieron sus nuevos poseedores.

Se remozó algun tanto, y se hizo una plebeya y humilde *toilette*, que pudiera decirse de mantón y pañuelo en la cabeza.

Sus antíguas, rasguñadas y empolvadas paredes ofrecieron su capa de cal al lápiz de las nuevas impresiones. Dibujos, cálculos, versos, nombres patronímicos; el carácter, en una palabra, combinando y meditando esos elementos dispersos de signos é inscripciones, se estampó seguidamente allí.

En la pared interior de una garita se leía la frase latina, que también reprodujeron los girondinos en el fondo de su calabozo en vísperas de ser gillotinados, *potius mori quam foedari*, «antes morir que envilecerse».

En otra se leía este verso de Horacio: *Dulce et decorum est pro patria mori.*

Por otro lado esta reflexión filosófica, de la cosecha de su autor, que la firmaba: «En la lucha del espíritu y la materia es raro el caso en que ésta no salga vencedora; lo contrario es una excepción.—Guillén».

Por debajo, con su demostración, la igualdad aritmética del cuadrado de la suma indicada de dos números: $(a + b)^2 = a^2 + 2\,a\,b + b^2$.

A otra parte, una série de individuos nombrados de guardia, con la especificación de sus respectivos cuartos de vigilancia.

Después, duros calificativos á los cartageneros, tratándoles de godos, retrógrados, perros fieles y serviles; recuerdos históricos de las rebeliones y motines de que habían sido causa, ó tomado parte, los generales y jefes de la plaza, y recriminaciones y amenazas, en fin, al actual presidente de la nación por dilapidación, mala inversion de fondos, traiciones al partido liberal, aspiraciones á dictadura y prosecusión de las huellas de Guzman Blancó, el *ilustre americano* de la república hermana de Venezuela, que tantas estátuas se habia levantado en vida y que habia grabado su nombre, con letras doradas, en tantos mármoles y monumentos.

En el resquebrajado piso del castillo se observaron esparcidas hojas del tratado de derecho romano por Heinecio, de libros de terapéutica, de obras de Michelet, y de novelas de Paul de Koc.

Se construyeron contra el sol techos de zinc, de lienzo, y de hojas de palma, en las planicies superiores de la fortaleza, y en los huecos de algunas cañoneras se improvisaron pabellones de oficial, que pronto tomaron un marcado olor á agua de Florida, á pastillas de jabón de Violet y á pomadas y aceitillos de Legrand.

El convento y edificio de la Popa, algo más separado, sobre elevado monte que domina largas distancias, como ya se ha dicho, á unos 2.000 piés sobre el

nivel del mar, y en perfecto estado de conservación por los cuidados del actual presidente Nuñez, se destinó al estado mayor, oficina de telégrafos y cuartel de reservas.

Ese edificio, que, como tambien se ha manifestado, descubre admirables perspectivas, los mares de la bahía á una y otra parte de la ciudad, ésta misma con los caseríos de los alrededores á vista de pájaro, y las ciénagas, ensenadas y culebreos que forma el océano, contiene una linda capilla de Nuestra Señora de la Candelaria, gran devota y protectora del pueblo de Cartagena, cuya espléndida fiesta celebra el 2 de Febrero.

¡Qué ingratitud de los cartageneros al encerrarse en sus murallas dejando en descubierto el edificio de su excelsa patrona!

Una pesada plaga de pulgas armadas de bayoneta y de moscas campestres de repugnante zumbido y molestos revoloteos de ataques y falsas retiradas, *sitiaron* á poco á los sitiadores.

En un ladrillo del piso del patio principal se vé grabada esta fecha: «15 de Diciembre de 1787», que tal vez indica la terminación del edificio, ó alguna reparación sucesiva, pues fué fundado en 1608.

El monte es árido, se vé salpicado de vegetaciones silvestres con abundancia de aromos de ramas espinosas, odoríferas flores de borlas amarillas y fruto de legumbres oscuras y encorvadas, y, por su vereda poligonal y atajos de tierra rojiza, se sube en media hora y se baja en diez minutos.

IV

En la deplorable y destructora revolucion última ha habido un aluvión de distinguidos generales de la República, capitalistas, propietarios de alguna conveniencia, vástagos de familias decentes y elevadas, poetas, doctores, estudiantes de la universidad de Santa Fé y alumnos del colegio militar.

Su causa ha sido considerada por ellos, con la más profunda convicción y sinceridad, como la salvación de las libertades políticas de su país, demasiado latas por cierto, pues proclaman hasta el derecho de la insurrección y de los frecuentes trastornos.

Muchos de esos soldados ó voluntarios del movimiento se han sostenido en la lucha con sus propios recursos.

El vendaval revolucionario, característico de Colombia, arrancó del árbol de la patria esa multitud de hojas y flores, para levantarla en agitado torbellino hasta las nubes, y hacerla caer después al suelo convertida en conjunto de secas aristas.

Sin el desastroso incendio de Colón, que hízo fruncir el ceño á Europa y al mundo civilizado, la conducta de la última revolución ha sido generalmente mesurada, más tal vez de lo que en todas partes puede esperarse de cualquier partido que se levanta en armas, abandonando la tribuna, la prensa, la pro-

paganda particular en las colectividades electorales y cambiando por los sacudimientos bruscos y antisociales la tranquila transformación de la opinión pública, y la mina hábil y más ó ménos lenta de los poderes constituidos, siempre que éstos procediesen de una manera manifiestamente impolítica é improcedente.

La huella que han dejado en las ciudades y territorios de su paso han sido las de la simpatía y el buen recuerdo, ya que nó por sus ideas políticas ó sistema perturbador, por su carácter, ilustradas individualidades y conducta particular seguida.

Ha sido cuestión de ambiciones, como siempre y en todas partes, y de recelos y escrúpulos de todo pueblo quisquilloso y soñador, que si es en Europa se alarma con la palabra *tirano*, aplicada á los monarcas constitucionales, y en América con la de *dictador*, lanzada á los presidentes de República

Los que venimos del viejo mundo, educados en sus sociedades y modo de ser político, no podemos comprender fácilmente las frecuentes revoluciones de las repúblicas americanas, en las que nadie aspira nunca á monarquías, pergaminos nobiliarios ni exclusivismos de clase, y en las que existe, por el contrario, una exagerada democracia hasta la admisión en los puestos gubernamentales de individuos de la raza etiópica, y unos períodos bastante cortos en la duración de los mandos supremos.

En Europa donde, pudiera decirse, hay más motivos para reclamaciones populares, se vé que van

haciéndose cada vez más raras y tardías, en el sentido de revoluciones de violencia y fuerza.

En la profunda noche de las contiendas políticas, hay pueblos americanos que efectúan sus revoluciones en estado de sonambulismo.

Las dos grandes bases del rico y gigantesco progreso del Nuevo Mundo son el trabajo de todos y para todos y la paz inquebrantable.

Las escuelas filosóficas modernas, la de Krause, por ejemplo, y hasta el mismo sentimiento íntimo de los pueblos rechazan ya esa manera brusca y violenta de abrir paso á las fuentes del progreso y al bienestar político de las sociedades.

V

Entre los revolucionarios sitiadores de Cartagena había bastantes hijos de la misma ciudad, y cuyas honradas y distinguidas familias estaban dentro.

La misma pasión ó sonambulismo político les cegaba hasta el punto de arrojar sus balas al sitio en que estaban sus propias madres.

El general en jefe Santodomingo Vila tenía enfrente otro jefe Santodomingo Navas, pariente muy próximo.

Y en igual circunstancia se encontraba el general Palacios, de dentro, con parientes suyos de Barranquilla, que también lo sitiaban.

La noticia de la derrota sufrida en aquella ciudad

se explotó en Cartagena para enagenar toda clase de simpatías á los revolucionarios.

La astucia estuvo, pues, en propalar por la ciudad y hasta publicarlo en hoja suelta, que los revolucionarios vencedores de Barranquilla el 11 de Febrero habían cometido en la misma multitud de actos de bandidaje y salvagismo, desmantelando propiedades, asesinando ancianos, mujeres y niños, violando doncellas y saqueando todo.

Para las personas sensatas y de recto criterio, esas aseveraciones debieron dar lugar á sérias dudas, considerando solamente, que la mayor parte de los actores del sangriento y desolador cuadro eran honrados y distinguidos hijos de la ciudad aludida, que de ninguna manera, por estar en ello interesadas hasta sus propias familias, podían efectuar, ni mirar con indiferencia, desmanes de tal género.

Posteriormente, tan atroz é incalificable conducta ha sido desmentida por todos los cónsules y extranjeros residentes.

Esa especie de sistema empleado en muchas partes para calificar á los revolucionarios es inadmisible en la esfera de la filosofía, porque podría indicar que serían dignos de disculpa y de otros miramientos si procedieran con honradez y caballerosidad. La verdadera filosofía del progreso moderno rechaza toda clase de revoluciones y disturbios bruscos, aunque se efectuáran de rodillas y con una cruz en la mano, ó vestidos los causantes de las muertes y del trastorno de guantes blancos y frac.

Los sitiadores de Cartagena eran, pues, considerados como bandidos y piratas.

Es graciosa la inveterada costumbre de los ciudadanos de la heróica, que aparece hasta en sus mismos historiadores, de calificar de piratas á todos los que la sitiáran, desde Roberto Baal hasta el moderno Gaitan, incluyendo al célebre almirante de Isabel de Inglaterra, Drake, á Vernon, y á ingleses y franceses.

El mismo presidente de la república ha declarado piratas todos los vapores y buques de la última revolución, y en los siguientes versos, fechados en Bogotá á 8 de Abril del año 1885, con la firma al pié «Rafael Nuñez,» y publicados en Cartagena en hoja suelta, se puede ver la manera de caracterizar á los revolucionarios:

VI

«Á CARTAGENA, CERCADA POR BANDIDOS:»

«Ellos, los viles, de botin sediento
como turba de lobos han osado
acercarse á tu umbral, cara matrona,
cuyo alcázar son grandes monumentos
que sagrado laurel viste y corona;
ellos que la maldad aún no ha saciado
intentan imprimir su inmunda planta
donde nació Bolívar á la gloria,
do un pueblo entero agradecido canta
himnos de admiración á su memoria.

Ellos se atreven con fusil mezquino
á disparar sobre los santos muros
donde el cañon inglés no halló camino,
que el íbero encontró después más duros,
que sólo se han abierto á la corriente
de las grandes ideas,
que cual del pensador la egrégia frente
surcos ostentan de su fé preseas.
Ellos, los viles, que la infamia alienta,
cacos que invocan liberal doctrina
miéntras roba su mano y asesina,
y el mismo Crímen aterrado cuenta
de cada paso la siguiente ruina....
¡Ah! tú también ¡oh Cristo! por la humana
salud y redención sufriste ultraje
de turba más que delincuente insana;
tú apuraste también ese brevaje
que á la verdad propina
el impotente error, imaginando
que la antorcha que enciende luz divina
puede apagarla resoplido infando.»

A más de ciertos descuidos en las comas, impropios de una pluma tan correcta cual la suya, y de ciertas asonancias entre versos consonantes próximos, como *corona* y *gloria*, *preseas* y *alienta*, consonantes en *ando*, etc., el considerar lo ridículo que pudiera ser, que todo un supremo magistrado de una república de 4 millones y de un extenso territorio, de los años, experiencia y sensatéz del aludido ocupára su precioso tiempo en hacer versos, y de semejante índole, parece, á la verdad, una cosa muy poco probable.

¿No será su autor algun moderno Tirteo, que con himnos, quiso animar al combate á los espartanos de Cartagena?

. . . .

VII

Entre los sitiados, podría decirse que había de todo, como generalmente sucede en idénticos casos, cuando no es asedíada una plaza por ejércitos extranjeros, sinó por un partido político de su misma nacionalidad.

En esos sitios de plazas amuralladas es frecuente encontrar extrañas barreduras de la escoba del destino, remolinos de hojas secas, papeles sueltos y virutas producidas por el cepillo de la casualidad, que el viento empuja y esparce por las calles, y que acaban geueralmente por formar cualquier montón.

—¿Por qué ha venido usted aquí?

—¿De dónde es usted?

—¿A dónde, pues, se encamina?

—¿Y por qué, al dirigirse á tal punto no tomó el otro camino ó la otra línea?

—¡No hubiera usted venido!

Tales son, ordinariamente, las preguntas y conclusiones que recáen sobre las lamentaciones y quejas del forastero que, de paso, esperaba en los hoteles

vapor para seguir á otra parte; del extranjero que sólo trató de realizar un negocio de pocos dias; de otro que hubo de quedarse por un sarampión que le acometió; de otro que se había enamorado de la vecinita de enfrente; de otro que se *ocupaba* en la honrada tarea de buscar ocupación; y de otros, en fin, que eran limpiabotas, vendedores ambulantes de baratijas, ó napolitanos que tocaban en las esquinas el arpa y el organillo.

¿Quién tuvo la culpa de aquel malhadado percance?

Segun ellos, aquella intransigente ciudad.

Segun la generalidad, ellos mismos, ó su aciago destino.

VIII

En Cartagena tuvieron principalmente la culpa los jefes militares superiores con sus disposiciones y medidas viciosamente restrictivas, y su poca deferencia y galantería para con los extranjeros.

En vez de procurar echar de la plaza, como se ha manifestado, toda la gente inútil é innecesaria, se pusieron, por el contrario, grandes trabas y cortapisas.

¿No era más provechoso que marcháran para producir ménos complicación y estorbos, y consumir un número menor de raciones el dia que escaseasen?

¿Qué idea llevó el general Santodomingo con tales prohibiciones?

¿El impedir que pudieran alistarse en las filas enemigas, ó darles noticias de la plaza?

Si lo primero, no debió temer la deserción de unos pocos, y mucho menos de los extranjeros; y si creyó que pudiéran ser muchos, al tenerles por la fuerza bajo el látigo de su mando, debió haber comprendido entonces que no estaba la opinión pública con él, ni con su causa: si lo segundo, no debieron producirle cuidado esas noticias, en la satisfacción de tenerlo todo bién dispuesto, hasta el punto de haber prohibido la subida á la torre de la Catedral y miradores.

Un dia se presentó al general jefe de estado mayor un sacerdote francés, paisano de Napoleon I por más señas.

—Señor, le dijo el sacerdote, venía á ver si usted tenía la amabilidad de concederme un pasaporte para marchar en el vapor que acaba de entrar en bahía.

—Nó, señor, le contestó secamente el general.

—Pues.... por mi carácter de sacerdote, señor, indefenso é inofensivo y ajeno á toda cuestión política; por mi condición de extranjero, y por los instintos naturales de conservación del individuo, desearía se me dejase marchar.

—Todas esas razones son muy atendibles, contestó severamente el general; pero yo soy aquí quién mando, y dispongo que no salga usted, ni nadie.

IX

Había en Cartagena cuatro generales: Santodomingo, Palacios, Rodriguez y Ortega.

El joven presidente de aquel estado, siempre de levita cerrada ó redingote y sombrero alto, á pesar del calor sofocante, y con el cordon de oro de los quevedos tras de la oreja, paseaba con frecuencia la plaza de la Aduana y meditaba bajo sus cláustros.

No así el gobernador y el alcalde, honrosos individuos de la raza etiópica, los cuales desplegaban con todos gran arrogancia de mando, que seguramente hubiéra dejado algo atrás á los vireyes españoles, los de la ominosa y tiránica dominación, cuya sacudida había costado tanto mártires.

El obispo monseñor Biff, era la más sobresaliente joya de Cartagena.

Bastante encanecido ya, su figura y su semblante eran altamente simpáticos.

Italiano de nación, de ilustración muy vasta, hablaba con toda perfección cuatro lenguas vivas.

Cierto esplendor de bondad que á distancia se notaba en su fisonomía, y su lenguaje dulce, conciliador y persuasivo, inspiraban desde luego un profundo cariño y un invariable respeto.

Los dos sentimientos de religión y de humanidad, se mezclaban admirablemente en él, como el brillo de la luz y el reflejo del metal en la lámpara de oro de los templos.

X

Además de una bién regida casa de huéspedes de unas señoras francesas, con una hermosa huerta y los mejores baños de la ciudad; á más también de un cafetin en la plaza de la Aduana y otros tres de comidas en la de la Inquisición había dos hoteles, el de Bolívar, el más caro y de más tono, y el Central, bastante mal servido.

Abundaban las tiendas y puestos de bebidas alcohólicas, de las que se hacía un gran consumo. El rom nunca escaseó ni cambió de precio.

Las embriagueces eran muy frecuentes, y hasta pasaban como de moda. Se hablaba mucho, y se barbarizaba poco menos. Fraternalmente se daban la mano la ignorancia más oscura, la intolerancia más rígida y la obsecación más tosca.

Se pronunciaban en esos cafetines brindis y discursos bastante disparatados, primero en favor del general Santodomingo, y secundariamente del presidente Nuñez, y se producían litigiosos alardes sobre cual había sido y era más adicto partidario del uno y del otro.

Habia, en cambio, algunos buenos oficiales ilustrados y entusiastas por la causa del gobierno constituido, pertenecientes á la guardia colombiana y muchos otros de los recientemente creados entre los voluntarios y jóvenes de Cartagena.

El ilustrado jóven de Bogotá don Guillermo Sam-

per, que acababa de terminar su esmerada educación en París y New-York, á la temprana edad de 23 años, y cuando le sonreía un porvenir brillante, murió víctima de la fiebre amarilla, muy pocos dias antes del sitio formal y efectivo.

XI

Otro de los más notables era el jóven don Eduardo Vargas Reyes.

Acababa de terminar sus estudios de medicina en la universidad de Paris, donde habia pasado su adolescencia y parte de la juventud.

Regresaba á Santa-Fé para ver y abrazar á su distinguida familia, cuando la revolución le detuvo, como á tantos otros, en la ciudad de Cartagena.

De unos 26 años de edad, de simpática presencia aunque algún tanto bajo de estatura, de mirada inteligente, de ojos de un verde azulado como el agua de ciertos mares, de cabellos espesos y sedosos color castaño oscuro, de una blancura de mármol y, sobre todo, de una boca lindísima y esmeradamente cuidada, en la que vagaba casi siempre una sonrisa picaresca y graciosa, se habia hecho á poco querer y estimar de todos.

Le llamaban cariñosamente el doctor *Varguitas*, por su pequeña estatura y por la simpatía que inspiraba.

Partidario por convicción de los gobiernos constituidos y del progreso gradual, mesurado y tranquilo de las naciones, el fué de los primeros en alistarse entre los defensores de la ciudad, amenazada por la revolūción.

Tomó la carabina del soldado con entera satisfacción y se opuso á empuñar desde luego la espada del oficial, alegando no haber hecho méritos para ello, hasta que después de varios servicios prestados y teniendo en cuenta su brillante ilustración, su valor irreprochable, su entusiasmo por la milicia y sus buenas y relevantes dotes de mando, el gobierno de Cartagena le nombró capitan y ayudante del general Rodriguez.

Tenía el defecto, ajeno á los militares veteranos y característico de la oficialidad nueva y sin experiencia, de buscar siempre y caprichosamente los puestos de más peligro y procurar tomar parte en todas las operaciones militares.

Acostumbrado á la vida de una inmensidad como Paris, á los pocos dias de su llegada á Cartagena todo lo habia registrado, y ya todo lo conocía: casinos, cafés, casas de las más notables bellezas femeniles, garitos y escondrijos.

Le agradaba la vida extraordinaria y tranquila de la noche, que en las altas sociedades es de gran efecto y entraba generalmente á su aposento del hotel escalando las rejas de las ventanas y baláustres de su balcón, en los repetidos casos de olvidársele la llave.

Vestía con la más escrupulosa pulcritud, y le esta-

ba bien su uniforme de pantalón y levita negros con dos filas de botones dorados, sus tres galones de oro en la bocamanga y su képis con funda blanca y vicera de carey.

Con pasión amaba estas tres clases de flores, como él decia: la de los sonidos, ó sea la música, la de la naturaleza, ó las flores propiamente dichas y la de la humanidad, ó séase las muchachas.

XII

Como muchos otros de su profesión, á quienes ocupan cuotidianamente y abstraen las ciencias exáctas y el contínuo estudio de órganos, funciones, materia y fuerza vital, tenía algunas pepueñas tendencias materialistas.

¡La naturaleza y sus fenómenos físicos...! ¡la materia y las fuerzas!

Dios es quién lanza la ráfaga sobre la vela del barco, el rayo de sol en el calabozo del prisionero, la semilla en el pico del pájaro y el pan en la boca del hombre.

¡Desgraciado de aquel que no merezca una mirada suya!

PARTE SEGUNDA

LO FATAL

Un jour de larmes consume plus de force qu' un an de travail.

LAMARTINE.

PARTE SEGUNDA

LO FATAL

CAPÍTULO VII

Hostilidades

I

Con 600 hombres armados de remington y peabody, con un cañon armstrong de ocho centímetros, dos vapores remolcadores y una diminuta goleta de vela, el general revolucionario Gaitan puso sitio á la ciudad de Heredia, de don Blas de Lesso, de Amador y de Castillo, y del gobernador Torres, á la ciudad de los sangrientos y tan disputados muros.

Un sitio con tan escasos elementos era una gran osadía del general Gaitan, y un demérito y hasta una burla para la ciudad heróica.

Ese asedio era como si los chicos le tirasen de la levita y le arrojasen piedras á un achacoso é ilustre veterano, en las calles de la ciudad de su retiro.

Desde 1831, desde aquel sitio del general colombiano Luque con su única goleta «Julia,» el achicamiento parecía que sumaba y seguía.

Ambos pueden muy bien colocarse en fila y numerarse.

Transcurrió el dia 4 de Marzo.

Reinaba en la plaza gran ansiedad y cierto susto como el que siente un colegial antes del exámen; pero no hubo novedad alguna hasta prima noche, que se oyeron dos ó tres disparos de fusil.

La confusión que produjeron fué grande: carreras, atropellos, voces y cierres de puerta.

II

En los dias siguientes, nada de notable ocurrió, pues solo hubo ligeros tiroteos de uno y otro lado.

Los dos remolcadores, el *Córdoba* y el *Camacho-Roldan* comenzaron á llenar su cometido en la bahía, estableciendo el bloqueo.

Los tres vapores de los sitiados, el *Nuñez*, el *Unión* y el *Lebrija*, se movían poco y á cortas distancias, hasta donde alcanzaban las últimas avanzadas de la ciudad.

Una tarde se apareció un nuevo vaporcito por la parte Noroeste de la bahía; cruzó el mar no lejos de las murallas y se dirigió al istmo del Cabrero, donde los sitiadores tenían sus trincheras más avanzadas.

Venía muy pesado á juzgar por lo poco que sobresalía su borda de la línea de flotación.

Se rompió sobre él un vivo y prolongado fuego de cañon y fusilería; pero el remolcador de referencia no se daba por aludido: tomaba rumbo hácia fuera, y á poco volvía hácia el punto de su interés.

Se paseaba de ese modo como si aguardase las sombras de la noche para descargar algo.

Ese remolcador, llamado por los sitiadores el «General Gaitan,» traía de Barranquilla granadas cilindro-cónicas para el cañon *vigilante* y cajas de cápsulas para la fusilería.

Con el fin de impedir tal operación, se mandó de la plaza una fuerza de unos 150 hombres con un coronel, la cual se lanzó de la muralla y se dirigió hácia el istmo de referencia; pero un nutrido fuego de la trinchera y del mismo remolcador les hizo retirarse seguidamente con algunas pérdidas, entre ellas la del cartagenero Caravallo, cuyo cadáver quedó en el campo enemigo.

Entonces fué cuando las murallas recibieron su nuevo bautismo de sangre, con las gotas y rastros que en ellas imprimieron los heridos.

La noche llegó, y no se supo más del remolcador dentro de la plaza.

En cambio, al dia siguiente se notaron los efectos de su descarga.

Desde el castillo de San Felipe se hizo sobre la ciudad bastante fuego de fusilería y de cañon, especialmente de aquellas botellas diabólicas, que tanto molestaban y alarmaban la imaginación de los cartageneros.

Una de ellas atravesó las dos caras de tabla de un tinglado de los baluartes; otra prendió ó incendió un depósito de pólvora en casa particular de la plaza de Santo Toribio, produciendo ocho muertos, aunque luego se aseguró haber provenido el desastre de una cola de cigarro; otra resquebrajó el caballete de un tejado, y varias más señalaron de viruelas la muralla contígua á la puerta de comunicación con el barrio de Jetsemaní.

Esa puerta y el trayecto necesario é ineludible de la grande y muy dominada plaza de los Mártires llegaron á hacerse respetables.

Desde las garitas de San Felipe se estableció una cacería diaria sobre tales puntos.

Las balas de la fusilería dejaban oir su estridente silbido y muchas caían en las inmediaciones de la puerta y trayecto mencionado.

Con una de ellas, de carabina remington y aguzada con un cortaplumas, hizo el que esto escribe un creyon para el lapicero de su cartera, y anotó las fechas y datos que han servido de base á este humilde opúsculo.

Era gracioso ver correr por allí las mujeres y los niños, y algunos hombres también.

Felizmente no hubo que lamentar daño alguno en tantos dias y con tantas balas, muchas al parecer bién dirigidas, efecto tal vez de providencial casualidad, ó de la ménos ventajosa puntería de alto abajo.

III

Los dias pasaban, sin ninguna novedad militar notable.

Unos en profunda calma, otros en frecuentes, inmotivados y lujosos tiroteos, especialmente por parte de la plaza, cuyo lastimoso derroche significaba un gasto inútil á la nación.

La atención de los sitiadores y sitiados se iba fijando con especialidad en los puntos de la bahía.

Fuerzas revolucionarias habían logrado cruzar al otro lado y alojarse en los pueblos de Bocachica y del Loro, con la visible intención de estrechar más el bloqueo y cortar los pocos recursos alimenticios que aún proporcionaban á la ciudad, no obstante continuar guarnecidos los castillos de San Fernando y del Angel, y el llamado «Grande,» vis á vis este último del Manzanillo, fortaleza de buena posición en la bahía, á la parte de los sitiadores, que éstos se habían apresurado á ocupar al observarla abandonada.

El general Santodomingo comprendió lo importante que era dejar bién expedita aquella parte y combinó varias operaciones con sus tres vapores y con fuerzas de tierra, que se podían muy bién dirigir á aquellos puntos por el istmo del Limbo.

Como que toda la molestia marítima la producían solamente los dos pequeños remolcadores «Córdoba y

Camacho-Roldan, contra los que no se consideraban ventajosos los tres vapores de que se disponía, se trató y efectuó la compra por la cantidad de 8000 pesos del bric-barca mercante danés, «Beatrice Bernard de Santhomas,» servible aún, aunque algo viejo, el cual se hallaba anclado en bahía.

Esa barca, aderezada y artillada con tres cañones, los mejores y más idóneos de la plaza, aunque de poco calibre, y bautizada nuevamente con el nombre de «Colombia,» se avistó el 29 de Marzo con los dos remolcadores dentro de la bahía y hácia la parte de Bocachica, auxiliada por los dos vapores «Núñez» y «Unión».

El remolcador revolucionario «Córdoba» arrojó y aseguró un cabo á la barca, para lanzarse al abordage; pero fué cortado, y una bala de cañon que luego le dirigió la «Colombia» produjo la voladura de su santa-bárbara, ocasionándole varios muertos y heridos, entre éstos el coronel Santodomingo Navas, primo carnal del general en jefe de la sitiada plaza de Cartagena.

La «Colombia» pudo entónces aprovechar la ocasión para apoderarse del remolcador; pero tanto éste como el otro se retiraron hácia el lado opuesto y caserío de Pasacaballos, guarnecido por los sitiadores.

Ese triunfo, que no fué en realidad más que una simple escaramuza, produjo gran entusiasmo entre los sitiados, que lo celebraron con cohetes y música, y hasta trataron de solemnizarlo con una medalla conmemorativa.

El referido incidente, y la operación que por tierra practicaron las fuerzas destacadas de la plaza por el general Santodomingo, y conducidas en los dias subsiguientes en los vapores, desde Castillo Grande á la isla de Tierrabomba, separada ésta por un canal que traslada á los mares del oeste y cegado aún desde la dominacion española cuando la defensa contra Vernon, produjeron sin duda algunas ventajas á los sitiados, militarmente, y para atraer algunas provisiones, que ya escaseaban en la ciudad.

El 2 de Abril, el capitan Vargas, que formaba parte de una fuerzas enviadas al pueblo de Bocachica, practicó un reconocimiento con 22 soldados, y situó una avanzada hácia el punto más conveniente.

Cuando regresó y volvió la vista atrás, algunas colnmnas de humo se alzaban en los aires.

Percibió ese ruido confuso de voces, risas, imprecaciones, golpes y pisadas, que produce una columna que entra en un pueblo y se desbanda.

Las familias y demás habitantes del caserío se habian alejado también, lo mismo que los revolucionarios.

El pueblo de Bocachica había sido encontrado en la mayor soledad.

Aquel humo y aquel vocerío eran efectos del saqueo y del incendio.

Una parte del caserío se redujo á cenizas.

Algunos soldados de la guardia colombiana, penetrados de espíritu religioso, sacaron de la iglesia los santos para salvarlos en los vapores.

IV

Las fuerzas revolucionarias del Loro y Bocachica se replegaron otra vez y sin que nadie las molestara, al otro lado de la bahía.

La suerte sonreía al parecer á los sitiados.

En cambio, por un vapor de la Mala Real Inglesa se recibieron tristes y desagradables noticias acerca de la situación que atravesaba el vecino estado de Panamá, del cual era legítimo presidente el general Santodomingo.

Se supo el deplorable suceso del incendio de Colon por los revolucionarios.

Hé aquí un extracto de cómo daba la noticia el *Diario de la Guaira*. de la próxima república de Venezuela, y que está en un todo conforme con relatos de fugitivos, testigos presenciales del hecho, emigrados á la referida república.

El 30 de Marzo llegaron á Colón 300 revolucionarios para tomar de un vapor americano las armas, que habían encargado á los Estados-Unidos. A consecuencia de haberse negado á entregarlas, fueron presos por el jefe Prestan el capitan del buque y el cónsul de dicha nación. Puestos luego en libertad bajo promesa de entregarlas, se embarcaron ambos, el vapor se alejó del muelle, y ocupó su sitio otro de guerra de la misma nacionalidad, el cual avisó á la

autoridad legítima de Panamá de la existencia de las armas y de la situación de los revolucionarios. El 31 fueron estos hostilizados por las fuerzas del gobierno y, vencidos, ya, incendiaron con petróleo por diversas partes la ciudad, al grito de «¡Venganza y muerte á los americanos!» Hubo unas 300 víctimas, y las pérdidas se calculan en 47 millones de pesos. La tripulación echó á tierra fuerzas de infantería de marina y ocupó la población.

El telégrafo enteró al mundo de la desastrosa noticia.

Hasta en la última esquina y más recóndito café de las ciudades de Europa se habrá exclamado: ¡que barbaridad!

Muchos actos de bandidage se cometieron allí.

Mientras que las llamas devoraban con imponente chisporroteo el caserío de la ciudad, casi en su totalidad de tabla, y mientras que los ardores de aquel sol de fuego aumentaban los de las mismas llamas; en aquellos momentos angustiosos en que ensordecían el aire los gritos y los ayes de tantas víctimas que perecían en el más terrible de los suplicios, muchos séres humanos, avivada su sed de oro por el mismo calor de la catástrofe, indivíduos de diversas nacionalidades á quienes la fatalidad, del crímen tal vez, arrojára de sus respectivos países, esos feroces y sombríos pescadores, en fin, del rio revuelto se ocupaban en fracturar las cajas del dinero, en asesinar y robar.

Cuando uno estaba apoderándose del objeto codiciado, otro le asesinaba por detrás con cuchillo ó

rewólver, para apropiárselo á la vez, y luego un tercero, hasta el punto de encontrarse seis ó siete cadáveres al pié de cualquiera de esas ambicionadas cajas.

Los detalles que refieren todos los testigos son horribles.

El repugnante tizne de ese incendio debe haber producido una gran mancha de tinta de China en el blanco y delicado tegido de la civilización moderna.

¿Qué ocasionó el incendio?

El despecho político ó de partido al verse reducidos á la impotencia, y la intervención extranjera, razonable indudablemente, pero irritante quizá, del extraño que se ingiere en la casa ajena, con especialidad cuando hay pleito entre la familia y se encuentran los ánimos excitados.

Aplicada á la individualidad hay una circunstancia atenuante en el código de los países civilizados, que es la de haber precedido inmediatamente provocación ó amenaza adecuada por parte del ofendido.

Los revolucionarios de Colón incendiaron la ciudad dando un grito que se ha anotado más arriba, para lanzar sus cenizas á la potencia extranjera, que con buena fé seguramente, pero de una manera muy desgraciada, acababa de intervenir, ofendiéndoles, en sus cuestiones políticas.

Eran impotentes para incendiar el buque de guerra, ó sea aquella casa ajena, y quemaron en su ofuscación la suya para arder todos.

El mismo Prestán, ordenador del incendio, sacrificó sus propias casas é intereses.

Hay otra, que es la de haber obrado por estímulos tan poderosos, que naturalmente produjéran arrebato y obcecación.

Y relativamente á los crímenes de detalle, de robos, asesinatos, etc., ya se han indicado sus autores.

Colón, con motivo del canal de Panamá, era el multiplicadísimo hormiguero de la emigración de todos los países.

Pero.... de cualquier modo que se examine el hecho, ha sido y será siempre un miserable atentado contra la humanidad y contra toda civilización.

La Inquisición quemaba antes un hereje; las revoluciones hacen todavía más: arrojan á la hoguera á un pueblo entero.

Esas oscuras y violentas ráfagas, con el nombre de la *Commune*, soplan en París sobre bellísimos y seculares edificios; en Colombia, sobre una rústica ciudad de tablas.

¡Que borrón para la rica, feliz y espléndida América!

V

La barca «Colombia» había salido de Bocachica, mar á fuera, para aproximarse lo más posible á Cartagena por sus murallas del Noroeste.

Se esperaban con la mayor ansiedad las tropas del interior, que el gobierno había enviado en socorro de la plaza; pero los dias pasaban, sin que aquellas llegasen.

El general Santodomingo pensó entonces en atacar sériamente á las sitiadores en su propia línea.

Concibió un gran proyecto militar, que, hábilmente ejecutado, debía producir resultados ventajosos.

La escuadrilla de los tres vapores iría, por el interior de la bahía á llamar la atención del enemigo y molestar sus fuerzas en la ensenada y alrededores de Pasacaballos, mientras que él mismo, en la barca «Colombia» con 300 hombres, les atacaría enérgicamente hácia la parte Sudoeste, donde se encuentran la isla y pueblecillo de Barú, con su golfo en cuyo fondo está el caño del Estero, así como en los contornos también el canal del Dique, por donde los revolucionarios dirigian sus vapores de rio á Barranquilla.

Esa operación militar, bién practicada, era como dar una peligrosa puñalada al enemigo, nó en el corazon, pero sí en la sién.

Visto además el giro que habían tomado las cosas

y lo extenso de la línea de los sitiadores, con más lo deficiente de sus fuerzas, era de creer, que aquella parte, bastante alejada ya de la ciudad, contára con escasa guarnición.

En su consecuencia, se arregló y aprovisionó la expresada barca lo mejor posible, y una noche, para que los sitiadores no observasen el movimiento, se embarcó en ella el general Santodomingo con su tropa y ayudantes, quedando á cargo de la plaza el general jefe de estado mayor.

Los tres vapores atacaron por su parte prefijada; pero el éxito les fué desfavorable.

Parece que el Unión embarrancó en aquellos puntos, y despues de un combate más ó menos bien sostenido, cayó en poder de los revolucionarios, mientras que los dos restantes se retiraron y llevaron tan desgraciada noticia á Cartagena.

La barca Colombia se habia perdido por el otro lado entre las sombras de la noche.

En Barú echó sus fuerzas á tierra, y éstas subieron una ligera pendiente á cuyo fondo se veian una ó dos casas entre árboles y dos trincheras dispuestas para cruzar sus fuegos.

El combate se trabó seguidamente.

VI

Una mañana se esparcieron por la gran plaza de los Mártires de Cartagena varios soldados bastante deteriorados y cariacontecidos.

Entraron como de costumbre á tomar copas de rom en las tiendas próximas, y refirieron numerosas calamidades que habian pasado escapando por sitios desconocidos para librarse de la derrota sufrida en Barú, donde habian quedado muchos muertos y prisioneros.

—¿Y la barca? se les preguntaba.

—La barca habia desaparecido desde muy pronto con el general, ayudantes y algunos más, casi á poco de haberlos echado á tierra.

Desde entónces las fuerzas se reconcentraron en la plaza; se abandonaron los castillos de Bocachica, y solamente se conservaron como puntos avanzados de la bahía, el fuerte del Pastelillo, sin artillería, cerca de Cartagena por su izquierda, y Castillo Grande, mucho más léjos, por su derecha.

El último fué tambien abandonado á poco, la noche que se siguió á un cañoneo con varios otros vapores que hicieron venir del rio Magdalena los sitiadores.

Estos llegaron, pues, á dominar toda la bahía, y su flotilla se compuso de los vapores «Once de Febrero» «Cristóbal Colón», «Unión» y «Cartagena»; y los remolcadores «Camacho-Roldan», «General Gaitan» y

otro; el «Córdoba» habia sido abandonado en las playas de Pasacaballos ó Barú.

Al mismo tiempo, habian aumentado tambien las fuerzas de tierra con 1500 hombres del general Hernandez, y otros más procedentes de derrotas del interior, segun se dijo, subiendo el número total á unos 3000 hombres.

Las fuerzas de Cartagena quedaron verdaderamente circunscriptas á las murallas, hasta el punto de dejarse quitar por los remolcadores una goleta que habia llegado cargada de víveres, que habia entrado casualmente por el mar del noroeste y logrado colocarse muy cerca, bajo la protección de los fuegos de la muralla.

VII

No se pensó más en aventurar nuevos combates marítimos.

Los dos vapores Nuñez y Lebrija se anclaron frente á la Aduana y junto á las murallas del barrio de Jetsemani, para protegerlos de la artillería del Cerro, quedando como pontones con un destacamento de infantería; y se obstruyó la entrada junto al Pastelillo con una goleta echada á pique y cadenas.

El vijilante continuaba lanzando sus *botellas*, especialmente por las tardes y primas noches.

Raro era el vecino de Cartagena que no conservase

uno de aquellos cascos ahumados por la pólvora, que eran examinados con la mayor curiosidad.

Cada cual aseguraba que tal ó cual granada le había caido muy cerca, aunque se hubiera encontrado realmente á un kilómetro; y es muy probable que al desvestirse para dormir saltara tambien del traje algun ferruginoso fragmento.

Hubo tambien ciertas noches de luna de una profunda calma, en que por una y otra parte se adormecian tal vez las armas al influjo benéfico del tranquilo sueño de la naturaleza.

Parecía entonces que no existía tal sitio.

La ciudad se asemejaba en ese estado á algunas personas que cierran un momento los ojos, no para dormirse, sinó para mejor meditar.

CAPÍTULO VIII

Complicaciones exteriores

I

Los apuros de la ciudad sitiada crecían.

Ya principiaba á sentirse, aunque muy ligeramente la presión en los ánimos del fatalismo de la heroicidad.

Las fuerzas auxiliares del interior eran esperadas todos los dias, pero nunca llegaban. En las hojas sueltas de los boletines, única publicación que se hacía, se hablaba siempre de la presentación de esas fuerzas en puntos más ó menos próximos, en Ayapel ó Cincelejo, cuyas noticias se recibian por un posta, que nadie veía nunca.

Era obligatorio creer esas noticias y *cablegramas.*

Todos aquellos boletines acababan generalmente con las siguientes palabras:

«¡Cartageneros!, unos cuantos dias más de prueba y habreis añadido una página más de gloria al inmortal libro de vuestra historia gloriosa; el nombre de vuestra heróica ciudad se reproducirá otra vez con nueva tinta en la cúspide de la gloria».

Tanta ansiedad y tanto aguardar aquellas tropas hacian pensar en lo que sufririan los sitiados del tiempo del gobernador Torres, durante 14 largos meses, al esperar también para su socorro aquella expedicion que les auxiliára de España, y aquel Riego que luego fué fusilado en la plaza de la Cebada de Madrid y que hoy es recordado con un himno.

Otra gran esperanza hubo entre los sitiados de Cartagena; la de que viniera Santodomingo Vila en la barca con refuerzos de Panamá y víveres, que ya tanto escaseaban, y con los remolcadores enemigos capturados.

Se miraba el horizonte del noroeste, que era el mas fácil y expedito para efectuar la entrada, y cualquiera blanca nubecilla ó espuma del mar creíase fuera la barca tan apetecida.

El dia tan anhelado llegó.

No por el mar exterior sinó por el de la bahía apareció la barca Colombia con su casco verde y faja negra, sus tres esbeltos palos, sus grandes gavias y todo su hermoso aparejo.

Avanzaba majestuosamente y venía conducida por el remolcador enemigo «General Gaitan» para anclarla junto á la fortaleza del Manzanillo, que estaba en poder de los revolucionarios, como ya se manifestó.

Habia caido, pues, en poder de aquellos piratas.

II

En la bahía de Cartagena habian fondeado desde el sitio dos fragatas inglesas, la Canadá y la Lily, dos americanas, la Aliance y la Powathan, una francesa que sólo se detuvo tres ó cuatro dias, otra goleta inglesa de tres palos, el aviso español «Fernando el Católico» y otra fragata americana la Tenesse, todos de guerra y á vapor.

La Canadá, con su comandante Curtis, y la Powathan habian sido las dos primeras en presentarse en aquellas aguas, y ésta, la última que levó anclas.

El carácter quisquilloso y susceptible tal vez de los cartageneros miró con desagrado, que las canoas de los buques ingleses se dirigieran con frecuencia á las posiciones de los revolucionarios.

La misma conducta siguieron sucesivamente los demás buques, puesto que las provisiones necesarias para las tripulaciones respectivas no podian tomarlas de Cartagena, y habia que adquirirlas de los otros puntos, donde existía abundancia de víveres, con más la atendible circunstancia de que el norte de esos buques debia ser la más estrícta neutralidad.

Creían los cartageneros que dichos buques no debian comunicar sinó con la plaza donde estaban ellos y el gobierno legítimo de su general Santodomingo, pues así únicamente explicaban la neutralidad; y en sus

delírantes celos llegaron á creer y asegurar, que la Canadá facilitaba á los revolucionarios cañones y granadas, y que el general Gaitan almorzaba abordo, así como el comandante de los buques ingleses lo efectuaba á su vez en tierra.

Y lo que sucede cuando la imaginación se halla predispuesta en tal ó cual sentido, si alguna granada de San Felipe hacia en Cartagena mejor blanco, lo atribuian á la diferencia de proyectiles, y solían decir:

—¿Lo ven ustedes?.... pues ésta es ya harina de otro costal.

Estaba claro.

Eran los proyectiles y hasta cañones que los ingleses facilitaban á los revolucionarios en simpatía de los almuerzos juntos y demás actos de fraternidad, sin reflexionar sobre las ningunas facultades que el comandante de un buque de guerra tiene para disponer á su antojo de todo lo que en él existe, que habrá de entregar en su dia, bajo la más estrecha responsabilidad y mediante relaciones inventariadas.

Un dia sucedió, que el comandante de un fuerte de Bocachica hizo fuego de fusil sobre la lancha á vapor de los buques ingleses, aunque sin daño alguno.

Una nota del comandante Curtis sobre esta detalle, y el de que si dicho comandante había establecido en la bahía una *zona neutral*, dieron origen á la siguiente comunicación del general Santodomingo, publicada desde luego en hoja volante del Boletin oficial:

III

«Señor Comandante del buque de guerra inglés *Canadá*.—En la bahía.

«Está en mi poder la nota de usted, fecha de ayer, dirigida, según su contenido, á solicitar que se prevenga á las fuerzas á mis órdenes, destacadas en Castillo Grande, que suspendan sus fuegos en el caso que alguna lancha de las del buque de guerra que usted comanda, quiera aproximarse al «Manzanillo», posición despoblada de los rebeldes que amenazan esta plaza, y tal solicitud se me hace después que las lanchas del buque de usted han estado en constante comunicación con los rebeldes, sin avisarme préviamente que tal comunicación debía verificarse.

No obstante la conducta observada por usted desde su llegada á la bahía, que me permito considerar poco amistosa hácia el Gobierno Nacional legítimo, de quien en la actualidad soy representante *en los Estados del Atlántico*, me había limitado hasta ahora á dar cuenta á mi Gobierno de los hechos que me autorizaban para así considerar semejante conducta. Mas, ante los hechos que acaban de cumplirse, en relación con el vapor mercante *Alene*, que habiendo embarcado á su bordo, en Colón, fuerzas Nacionales para ser trasportadas á esta plaza, se le ha impedido

por usted el desembarque en determinada zona y prohibido á dicho buque toda comunicación con las autoridades legítimas de esta plaza, el desembarque de la correspondencia consular para la Aduana, del Correo y de numerosos pasajeros, etc., so pretexto de que tenía usted acordado un campo neutral con el jefe de los rebeldes, campo neutral que ha resultado estar apoyado y defendido por los cañones del buque que usted comanda, hecho que convierte al buque de guerra inglés, á órdenes de usted, en bloqueador de esta plaza en beneficio de los rebeldes, con quienes ha celebrado usted, según parece, determinados convenios, como el de fijar Zonas neutrales en la bahía; en vista de todo esto, repito, debo ser más explícito. Los hechos que dejo enumerados, y que tengo el deber imprescindible de calificar como manifiesta hostilidad al Gobierno legítimo de Colombia y á sus Agentes en esta ciudad, me ponen en el caso de protestar, como solemnemente protesto, para ante las naciones civilizadas del mundo, á las que se dirigirá en oportunidad el correspondiente y comprobado manifiesto contra la conducta de usted, cuya presencia en nuestro puerto, léjos de ser amparo, garantía y confianza de nacionales, miembros de un gobierno amigo, y de súbditos británicos á quienes debiera proteger el pabellón que flamea en el buque de usted, ha venido á convertirse en fuerza moral alentadora de los rebeldes, á quienes sin embargo de la que usted ha tenido á bien establecer como Zona neutral, se ha permitido conducir gruesa artillería y otros elementos de guer-

ra y desembarcarlos tranquilamente en un punto despoblado de nuestra bahía á ciencia y paciencia de usted mismo.

Esta conducta de parte del señor Comandante del buque *Canadá* es tanto más extraña, cuanto que no han sufrido la menor alteracion por parte nuestra, al menos, las buenas y amigables relaciones que han existido entre la Gran Bretaña y el Gobierno Legítimo de Colombia, al frente del cual se halla el Presidente Constitucional, señor doctor Rafael Nuñez.

Y todavía es más sorprendente esa conducta si se consideran estas dos circunstancias verdaderamente notables:

1.° Que el puerto de Cartagena no puede considerarse *bloqueado* puesto que no tienen los rebeldes una fuerza efectiva para cercarlo ó impedir la entrada á él por todos sus puntos; y lo demuestra así, la tranquila entrada del vapor *Alene* á cuya descarga es el señor Comandante quien ha puesto insuperables dificultades.

2.° Que el puerto de Cartagena tampoco puede reputarse clausurado, porque como debe saber el ilustre señor Comandante el *régimen y la Administración del Comercio interior, de cabotaje y costanero, etc., etc.* es uno de los asuntos que, conforme al inciso 5.° artículo 17 de nuestra Constitución política, ha sido delegado por los Estados al Gobierno de la Unión, de manera que ni al Presidente legítimo ni al Presidente rebelde de un Estado compete la facultad

de clausurar ó abrir nuestros puertos al comercio exterior.

Ninguna autoridad nacional ha declarado hasta ahora la clausura de este puerto; nuestros ministros y cónsules en Inglaterra no lo pueden haber notificado á las autoridades de aquel país, quien no les ha desconocido su carácter público, y no comprendo por lo tanto, en qué principios ó reglas se habrá apoyado el señor Comandante para adoptar un procedimiento contrario.

Excito á Vd. por consiguiente, de la manera más formal, á que se digne decirme si usted considera bloqueado y clausurado *legítimamente el puerto de Cartagena* para que estas declaratorias, si el Gobierno de usted las aprueba, sirvan de precedente en nuestras relaciones con aquella nación.

Sea como fuere, cuando falta la fuerza material que oponer á la fuerza que violenta, resta sólo la protesta con que la justicia arma al vulnerado derecho del débil, y por segunda vez protesto, *ante Dios y los pueblos civilizados de la tierra,* contra la conducta que usted viene observando con el Gobierno legítimo de mi noble patria en las circunstancias en que actualmente se encuentra.

Sírvase usted tomar nota de lo que dejo expuesto y aceptar las consideraciones con que me suscribo de usted atento y seguro servidor. — *R. Santo Domingo Vila.*»

Tal lenguaje parece demasiado altivo tratándose de

una potencia amiga y poderosa, por simples quisquillas y en aquellas difíciles circunstancias en que todo aconsejaba una delicada prudencia.

La alusión de haber dado cuenta á *su gobierno*, cuando se estaba sitiado y bloqueado, parecía algun tanto ridícula.

Aquel asunto, por su delicadeza y gravedad, debió haberse tratado primeramente en comunicaciones reservadas, y no publicarlo y vulgarizarlo tan inoportunamente.

IV

Esta otra es la contestación que el comandante Curtis dió á la destemplada nota:

«SEÑOR:—Tengo el honor de acusar recibo de su carta fechada ayer.

En aquella comunicación me hace usted sérios cargos que carecen de fundamento.

En respuesta á mi petición de que ordenase á la guarnición de «Castillo Grande» que suspendiese los fuegos en caso de que yo creyese necesario comunicar con «Manzanillo», hace usted la siguiente observación: «y se solicita de mí aquella órden después «de que los botes á las órdenes de usted habian esta«do en *constante comunicación* con los rebeldes sin «que me hubiese avisado préviamente, que tal comu-

«nicación iba á tener lugar». Mi respuesta á este cargo es: que *sólo un bote* se ha enviado á «Manzanillo», desde que está ocupado por las fuerzas sitiadoras, y ese fué enviado después de que supliqué al Vice-Cónsul inglés, por conducto del Vice-Cónsul Americano, que visitase á usted sobre el asunto; y yo anticipaba como seguro que usted accedería á mis deseos.

No he dirigido carta sobre asunto alguno á ninguna persona conexionada con las fuerzas que atacan la ciudad.

He retenido la respuesta al general Gaitán que deseaba enviar, hasta que recibiese la de usted. No dice usted en ella si ha dado órden á la guarnición de «Castillo Grande», conforme á mis deseos, lo que agradecería si usted tuviese la bondad de hacerlo.

Con relación al vapor *Alene,* incluyo una cópia de las órdenes enviadas á bordo de aquel buque antes de que anclase, y es de acuerdo con ella que su capitán obró. El estaba en perfecta libertad de pasar la punta de «Manzanillo», si quería tomar sobre sí la responsabilidad de cualquier daño que sufriese su buque por las balas, etc.

Me hace usted el cargo de que por arreglos hechos con el general de las fuerzas sitiadoras, he establecido una «Zona neutral», que ha sido sostenida y defendida por los cañones del buque de guerra de S. M. que yo comando. Tampoco hay fundamento de ninguna especie en este cargo, porque yo no había

tenido comunicación alguna con el general de las fuerzas atacadoras sobre semejante asunto.

El capitán del *Alene* comprendió bien que el último acápite de mis órdenes significaba que tenía perfecta libertad de acción excepto en la inmediata proximidad del buque de S. M.

Se refiere usted luego al bloqueo del puerto de Cartagena, y dice que el puerto no puede ser bloqueado á ménos que haya una fuerza efectiva que impida la entrada al puerto. Esto está de acuerdo con mis opiniones expresadas en mi carta fecha del 26 de Febrero y he reconocido ámpliamente que el bloqueo era nulo y sin efecto desde que el *Córdoba*, dejó de estar permanentemente al frente de la entrada del puerto, y ya había manifestado yo que el bloqueo habia dejado de existir; pero la ciudad de Cartagena está sitiada y las fuerzas sitiadoras tienen perfecto derecho para hacer fuego á cualquier buque que se aproxime á la ciudad.

En conclusión, sólo me resta añadir que usted ha debido ser extremadamente mal informado con respecto á mis acciones y motivos, los que desde la entrada de este buque al puerto, han sido guiados por el deseo de mantener extricta neutralidad é impedir por todos los medios á mi alcance cualquier desacuerdo en las relaciones que felizmente existen hasta el presente entre los Estados Unidos de Colombia y la Gran Bretaña.

Creo tambien que habiendo usted publicado su carta á mí en la *Gaceta Oficial*, hallará justo que desee

que se sirva dar órden de que sea conocida también mi respuesta.

Tengo el honor de ser, señor, su obsecuente servidor. (Firmado).—*A. Curtis*, capitán.

—

Cópia de las órdenes del Teniente que debe ir á bordo de todos los vapores ingleses:

Buque de guerra de S. M. «Canadá» en Cartagena, Marzo 11 *de* 1885.

Informar al capitán que la punta de Manzanillo está ocupada por las fuerzas sitiadoras y que se me ha comunicado que se hará fuego sobre todos los vapores que pasen por allí. Aconsejo que el buque se fondee cerca del *Canadá* y que si se deciden á seguir adelante, lo harán bajo su propia responsabilidad sin que yo pueda protegerlos Si el capitán decidiere fondearse cerca del *Canadá* no se permitirá la ruptura de la neutralidad, miéntras ocupe aquella posición.—(Firmado).—*A. Curtis*, capitán».

Puede verse, pues, la gran diferencia de tono, de política y de tacto diplomático entre la una y la otra nota.

En otra comunicación del general Santodomingo, de las mismas formas que la primera, se prescribía al referido comandante el separarse de la bahía, lo que no cumplió por improcedente, tratándose de aguas en que apenas tenía ya jurisdicción el que lo ordenaba,

y por haberse debido hacer extensivo al americano «Powathan,» que era el otro buque extranjero que también estaba entonces en bahía.

V

¡Cuánto alarde y retintin de gobierno legítimo, de autoridad legítima y de representante legítimo!

¿Y en qué consistía aquella legitimidad?

Únicamente en defender la causa legítima, ó del gobierno nacional constituido.

Por lo demás, el general Santodomingo era autoridad legítima en su estado de Panamá, de donde no debió separarse sinó en virtud de órden de su gobierno, para salvar así, por otro lado, las graves responsabilidades de abandono de puesto en los terribles y desastrosos acontecimientos de Panamá y Colón, que acaecieron posteriormente, y que él hubiera evitado, de seguro, con su autoridad, su natural energía y su reconocido prestigio.

A Cartagena pudo dar todos los auxilios necesarios ó convenientes, pedidos y sin pedir, menos el de su ilustre y distinguida persona, que tenía señalado el más importante, complicado y valioso puesto de toda la república, como era Panamá por su gigantesca obra del istmo y por los grandes intereses de diversidad de naciones.

Hubiera sido más legítimo en Cartagena, en aquella

ocasión de hallarse cortadas con el gobierno supremo las relaciones, el nombramiento del general Rodriguez, por ejemplo, con sujeción en lo político, administrativo y civil al presidente ó autoridad superior constituida dentro del propio estado de Bolívar, del cual es capital la ciudad de referencia, cuyo general habría desempeñado su cometido militar seguramente con el talento, lealtad y buenas cualidades que todos le reconocían.

¡Oh!, si tal cosa hubiera acontecido, Colombia no hubiera tenido que llorar el inolvidable desastre de Colón, ni se hubiera lanzado al rostro de la civilizacion actual ese puñado de cenizas y de tizne.

VI

Era á la sazón cónsul de S. M. Británica en Cartagena el señor Stevenson, quién, aunque vió con disgusto aquellas quisquillas y complicaciones con el gobierno de su nación, se mantuvo siempre en una actitud de neutralidad elevada y digna para con los partidos beligerantes.

No obstante esto, el apasionamiento y ofuscación de las inteligencias dentro de Cartagena le tachaban bruscamente de radical.

En cambio, el señor Smith, de los Estados-Unidos, era objeto de las mayores simpatías, llamándosele «el cónsul americano cartagenero».

No cabían, pues, en aquella ciudad los términos medios ó sea la neutralidad, consecuencia tal vez del mismo carácter; eran mirados con frialdad y hasta con malas maneras los extranjeros, como podría acontecer en China, y no había otro camino por donde pasar entre altos y bajos, que proclamar al general Santodomingo Vila, y pronunciar retumbantes bríndes en obsequio suyo sobre una dorada copa de viejo ron.

Después de la desaparición de dicho general de Cartagena, su sucesor siguió las mismas reglas de conducta.

En los últimos dias de Abril fondeó en la bahía el aviso de guerra español «Fernando el Católico.»

Vapor pequeño, de espolón, con una hermosa colisa á proa en torre giratoria, que podía lanzar á seis kilómetros granadas de 75 libras, y otras dos de á 25 á los costados, recientemente pintado su casco de blanco, con su hermosa y nueva bandera de oro y grana de la antígua madre á popa, pareció sobre el cristal azul del mar, mas bién que cosa de guerra y de extragos, una paloma de paz, que trajera en su pico el olivo de la concordia.

Su misión especial era proteger á los súbditos españoles y asilarlos á bordo miéntras durara el sitio.

Así lo efectuó con algunos, entre ellos el que esto escribe; pero apercibido el general Palacios prohibió terminantemente el embarque sucesivo de varias familias españolas, sin ninguna otra razón que la que dió al sacerdote de Córcega.

El distinguido y sensato comandante del buque y

demás brillante y simpática oficialidad guardaron la neutralidad más estricta; pero por haberse comunicado con los rebeldes, cosa inevitable y más entonces que estos tenían dominado hasta el último palmo de la bahía, el buque español, como los ingleses, fué considerado afecto á los revolucionarios, no obstante haberse prestado su médico, con la mayor generosidad, á curar los heridos de una y otra parte.

Los achaques de los años y sus pasadas glorias habían convertido á Cartagena en una señora ridícula, quisquillosa, exigente, gruñidora y estafermа, difícil de contentar y de sufrir.

VII

Hácia la otra parte, ó sea de los sitiadores y partido radical, se oscurecían más y más cada vez las relaciones con los buques de guerra norte-americanos.

Además de lo de Colón, en lo que no. habían hecho estos más que obedecer á bases legales anteriormente establecidas y que representaban sagrados intereses, los norte-americanos les habían apresado en alta mar con toda la tripulación, por no encontrar la patente en regla, el bergantin goleta á vela «Ambrose Light,» que aquellos tenían armado en guerra.

Algunas otras dificultades análogas habían excitado contra los norte-americanos la odiosidad revolucionaria.

CAPÍTULO IX

Summum jus summa injuria

I

El general Santodomingo había efectuado desde un principio numerosas prisiones en Cartagena.

La mayor parte, entre los que había muy honradas y distinguidas personas, tanto de aquella ciudad como de otras de la república y todo por significación política de partido, habían ocupado el húmedo y sombrío local de las bóvedas de la fortificación entre barriles de pólvora; el resto habían sido colocados en la cárcel pública, que era un sitio más cómodo y preferente.

Vagaba el autor de estas líneas cierta noche por las solitarias y oscuras calles de la ciudad, sin rumbo fijo y al acaso, cuando percibió un grupo de hombres decentemente vestidos, conducidos por otros armados.

Una mujer seguía en pos de ellos á cierta distancia.

—Buena mujer, ¿podría usted decir qué gente es esa?

La mujer nos examinó desde la cabeza á los piés.

—¿Es usted extranjero, por lo visto, y recien llegado? contestó; pues esos son unos presos que llevan á las bóvedas por cuestión de partidos. Hoy está aquí toda la gente dividida: unos son *muñistas* y otros *radicales*, los primeros están dentro de la población y los segundos fuera.

Si mañana entran *los otros* sacarán é esos de las bóvedas, y entónces pondrán presos á *los otros*.

II

Aquellas bóvedas construidas por los españoles, los de la Inquisición, fusilamientos, procesos, intolerancias y tiranías en años anteriores á 1821, eran, pues, aprovechadas por los allegados de los destructores de cadenas y libertadores del mundo hispano-americano, por los hijos de la democracia moderna, de la igualdad y de todas las libertades.

Aquellos desgraciados presos quedaban entre barriles de pólvora, á la sombra de los históricos muros «tintos en sangre derramada tantas veces en defensa de la libertad,» como había dicho el mismo general Santodomingo en su proclama á los soldados magdalenenses.

Pocos dias después de aquellas prisiones y de una limpia general, Santodomingo Vila promulgó en el «Boletin Oficial» la disposición siguiente:

«Decreto número 17 de 1885. — El general en jefe»

jefe de operaciones en los estados del Atlántico, considerando: Que se tiene conocimiento que los enemigos del gobierno, residentes en esta plaza, están en comunicación con los invasores para interrumpir los movimientos de los encargados de defenderla, decreta:—Artículo 1.º: Se dará garantía de la vida á toda persona conocida como enemiga del gobierno siempre que se presente, durante el dia de hoy, al Estado Mayor General de la columna de operaciones. Las que no lo verificáren así, serán tratados como parte de la fuerza invasora y se les hará fuego sin excepción de ningun género.—Artículo 2.º: Publíquese por bando y en hoja volante. — Dado en el Cuartel General en Cartagena, á 2 de Marzo de 1885 — Ramón Santodomingo Vila. — El 1.er Ayudante General Secretario: Isidoro Burgos.»

III

—¿En qué consistirá, decía á otra la niña de una escuela, que los gatos y los pájaros usan la misma ropa en invierno que en verano, y no tienen calor ni frio?

—Pues.... consiste, contestó la interpelada, en que esos animales esponjan ó abren el pelo y las plumas en verano, para que les entre fresco, y los estrechan y aprietan en invierno, para que les produzca calor.

Las dos lindas niñas quedaron con tal explicación tranquilas y satisfechas.

Lo mismo que esos pájaros y gatos hacen las libertades de algunos países.

Se esponjan ó aprietan segun las circunstancias.

El despotismo de ciertas monarquías de Europa ha sido un tigre.

Y un buitre la libertad de algunas repúblicas de América.

La diferencia es, pues, cuestion de pelo y plumas.

. . . .

IV

Aquel sanguinario decreto pregonaba el asesinato por las calles.

Después de las prisiones y la limpia verificada en la ciudad, ¿quiénes eran aquellos enemigos del Gobierno, residentes en la plaza, que pudieran estar en relación con los invasores, para interrumpir la defensa, cuando había una completa incomunicación?

Sin juicio, ni más exámen, ni formalidad alguna, se les haría fuego *sin excepción de ningun género.*

Ese decreto era la legalización del asesinato.

¿A qué criterio, y á quién ó quiénes se sujetaría aquello de toda persona *conocida como enemiga del Gobierno*? ¿Al de los muchos negros y borrachos que circulaban por las calles?

Si Morillo hubiese podido despertar de su eterno sueño habría lanzado una carcajada y dicho:

—¡Hola!.. ¿cómo así?... ¡vosotros también! Yo fusilé el 24 de Febrero de 1816, con 69 años menos de la civilización que hoy se disfruta, vuestros nueve mártires en la hermosa plaza que ha tomado tal nombre; pero lo hice prévio un consejo de guerra, que los declaró traidores á la patria y al rey, conforme á las ideas de las naciones monárquicas, como *allá* fusilaron á aquel Riego por motivos análogos. Pero... ¿y vosotros; ¿qué es lo que haceis ahora?

Y los aludidos nueve mártires, cuyas cenizas se ha llevado el viento y no conserva su memoria ni la más humilde estátua, si tambien hubieran podido despertar habrían dicho:

—La sangre de todos los mártires ha fertilizado las ideas y modos de ser del porvenir; pero la nuestra.... ¡oh que sangre más estéril é infecunda!

Felizmente, el cartagenero es honrado, decente y de buen natural, por lo que tan estrepitoso decreto no produjo efectos ni de presentación, ni de muertes, que se sepa al menos.

V

A un indivíduo se le suministraron cien palos á causa de una rencorosa denuncia.

A otro, igual número por haber contestado á un interrogatorio del general, vaga y oscuramente.

A una mujer se le propinaron también unos cuantos por una carta que se le encontró oculta en una media.

A unos doctores, coroneles, etc., se les guardó en las bóvedas largo tiempo, por haber subido al mirador del hotel cierta tarde. Se comprendió que desde allí harían señas al enemigo.

Un extranjero, de buena posición, ya de barba cana y muy respetable, fué encarcelado por el etiópico alcalde, á causa de haberse negado á llevar por sí mismo unas libras de carne á la Aduana, no obstante haber prometido pagar un sirviente que efectuase aquella, para él repugnante é inusitada tarea.

VI

La situación se había hecho ya muy penosa por la escasez de provisiones.

Hacía tiempo que no había carne, ni para los enfermos del hospital.

Algun dia que otro, que por casualidad la hubo, se vendía la libra á tres pesos fuertes.

Una gallina costaba diez pesos.

Una libra de chivo, que parecía más bien carne falsificada con la de perro, dos pesos.

La de cerdo, tres pesos.

Una lata de sardinas un peso.

Un huevo de gallina seis reales.

Y á este tenor los demás artículos.

Se comía generalmente el tubérculo llamado *ñame* acompañado de arroz y *coco*, cuya última semilla estrechaba la garganta por sus propiedades astringentes, y después de tal banquete, chocolate con queso, lo mismo para el almuerzo que para la comida.

Los soldados destacados en el vapor Nuñez se comieron catorce gatos.

Se introdujo esa moda, y valió cada indivíduo de la raza felina seis reales.

Algunos indivíduos se ponían á pescar desde las murallas menos amenazadas, y después de mucha

9

paciencia y poca suerte arrojaban la caña exclamando:

—¡Hasta estos pícaros peces nos quieren sitiar! Son tan listos que pican, se llevan la carnada y luego se van riendo al otro campo. ¡Qué traidores!...

El dinero se volatilizaba y desaparecía como el humo sin ventajas ni goces de ningun género, y hasta con menos excepciones que el decreto del *fuego sin excepción*.

En cambio, el ron suplía, y hasta perfeccionaba, la falta de alimentos.

Se repetía con frecuencia el caso de detener un borracho, rewólver en mano, á cualquier transeunte y, aplicándole dicha arma al pecho, gritar con voz ronca y balbuciente:

—¡Viva... el... presidente Nuñez!

VII

—¿Y cuándo atacará esa gente?

—¿Y cuándo vendrán las fuerzas del interior?

—¿Cuándo terminará este enredo?

Tales eran las preguntas que se dirigían todos.

—Las guerras de los demás países, decían algunos extranjeros, son de destruccion; esta de aquí es de conservacion, puesto que ni los unos atacan ni los otros salen.

Ciertas noches se sentía en las murallas de la ciu

dad y en la fortaleza enemiga de San Felipe un tiroteo estrepitoso, que parecía un desquiciamiento general.

—¿Qué pasó anoche? se preguntaba á los que debían estar enterados.

—Pues.... nada, contestaban.

El sitio iba ya largo y pesado.

¡Qué lástima de mes de Mayo transcurriendo de aquel modo!

Todo estaba tibio, sereno y apacible, la tierra, el mar y los cielos.

En las grietas del oscuro granito de las murallas abrían su corola al sol las margaritas, los espinosos cardos y otras flores amarillas, á cuya miel acudían los himenópteros llenos de avidéz.

Los pájaros cantaban con entusiasmo en los *marañones* y ciruelos cuyo fruto principiaba á sazonar; las ondas deshacían su franja de espuma en los blancos caracoles de la playa, y en la profunda diafanidad de la atmósfera se observaban á una gran elevación preciosos *cirrus*.

Parecía que arañas invisibles hubiesen tejido aquellas blancas y delicadas telas sobre el azul purísimo del cielo.

CAPÍTULO X

El ataque

I

Era el 7 de Mayo, como á las diez de la noche.

En el vapor Nuñez, en su pequeño salon cuyas puertas de cristal se veían destrozadas y todo él acribillado á balazos, se encontraba un escogido grupo de oficiales que se habían buscado allí su punto de reunión y de tertulia, desde que el buque había quedado atracado al abrigo de las murallas.

Jóvenes todos, alegres y dispuestos siempre á sacar partido favorable hasta de lo calamitoso de las circunstancias, se divertían bebiendo y riendo, y ajenos á los peligros que les rodeaban.

Habían pronunciado varios bríndis alusivos á la cuestión política palpitante, habían improvisado graciosos y agudos versos y se había hablado un poco de todo.

En esas reuniones de la juventud colombiana es donde mejor se pueden apreciar los asombrosos vuelos de su fecunda imaginación.

—El dinero, había dicho uno, es el pentágrama en que están inscritas las notas de la felicidad humana.

—El amor es el cristal del cielo, repuso otro.

—Un amor sin dinero es una bugía que se apaga.

—Las mujeres, añadió otro al parecer más práctico y desengañado, son como un chubasco de verano; mojan y refrescan en un principio y enfangan luego.

El cabo de cuarto vino á interrumpir la alegre tertulia con el aviso de que parecía sentirse algun ruido hácia el manglar de enfrente, como en dirección á la muralla de San Javier, á cuyo momento todos se levantaron.

El doctor Vargas, que también estaba entre ellos, salió cantando á media voz la popular marcha francesa *des volontaires*.

II

Poco después se oyeron unos tiros de fusil que salían de la muralla que mira al istmo y manglar que comunica con Castillo-Grande, ó sea en la de San Javier.

Un tiroteo ya llamaba poco la atención en la ciudad, en fuerza de lo mucho que se repetían, sin novedad la mayor parte de las veces.

En los 65 dias que habían transcurrido ya del sitio, solamente se habían tenido que contar alguno que

otro herido de la clase de tropa en las murallas, y en las calles un ayudante.

El cañón *vigilante* había ocasionado más daños en el caserío y en los ánimos de las personas, que en las personas mismas.

Era de muy poco calibre para sitiar una plaza amurallada, y además único.

El tiroteo se iba formalizando, pues parecia ir en aumento.

La noche estaba bastante oscura y favorable, por consiguiente, á los sitiadores, que podrían aproximarse algo más á la plaza sin ser vistos.

A pesar de esa oscuridad, la luz de los faroles del alumbrado público, especialmente de los más próximos á las murallas, se derramaba por los contornos y producía algunos reflejos en el mar.

Un centinela de buena vista y de profunda atención podía observar algo de movimiento en la parte de la sombra.

El tiempo pasaba, y léjos de terminar el fuego ó aminorarse, como había sucedido en los frecuentes tiroteos sostenidos por la plaza, que eran cosa de momentos y hasta que se conociera la causa mínima que los produjese, se avivaba y arreciaba cada vez más.

La artillería había también tomado parte, y se oían sus disparos, entre los graneados de la fusilería, hácia San Javier y el Cabrero, precisamente hácia los dos istmos que unen la pequeña península de Cartagena con el resto de las costas de la bahía, por donde no

hay foso, y por donde era, por consiguiente, más probable y posible un asalto y una entrada.

Aquello era ya el ataque sério y decisivo de la ciudad.

III

A las tres de la mañana del 8 se observó un foco de luz eléctrica, que fué como una señal, en el elevado monte de la Popa, en las inmediaciones del edificio.

En el baluarte de la ciudad que mira al Cabrero, á su caserío de fuera é istmo, punto considerado como muy sospechoso y por donde más se habían esperado los ataques, se había también colocado una luz eléctrica desde hacía algunas noches, que alumbrara aquellas peligrosas soledades.

Por allí habían sorprendido, noches atrás, á un oficial de los sitiadores con cartuchos de dinamita para volar la muralla.

El ataque se hizo general, por todas partes tenaz y reñido.

El nutridísimo y casi confuso fuego de una y otra parte llegó á hacerse imponente.

La barca «Colombia,» mandada por el capitan norte-americano Ecker, al servicio de la causa revolucionaria, había salido desde las ocho de la noche del interior de la bahía y ensenada del Manzanillo mar á fuera por Bocachica, remolcada del vapor

«Camacho-Roldan,» y había anclado en la otra bahía del Noroeste muy cerca de las murallas, cuanto su calado había permitido aproximarse.

Con ella formaron línea de combate los vapores «Cristóbal Colón,» el remolcador referido y el «General Gaitán;» mientras que en el interior de la principal bahía y acercándose bastante al fuerte del Pastelillo tomaron puesto de combate el «Once de Febrero» y el «Cartagena,» quedándose éste un poco á retaguardia, á causa de haber varado en los bajos de la costa.

Como unos mil hombres de infantería, y á pecho descubierto, amenazaban ya obstinadamente las murallas por tres partes: por el istmo del Limbo, frente á la muralla de San Javier, hácia el flanco izquierdo de los últimos expresados vapores, y apoyados al mismo tiempo por el fuego de cañón y de fusilería que hacían del otro lado del mar la «Colombia» y demás vapores; por el istmo del Cabrero hasta donde llegaba la línea de combate de estos buques, ensanchándose bastante para apoyar también esas otras fuerzas y eslabonar la gran cadena envolvente formada por los sitiadores; y por las vertientes de San Felipe, planicie y puentes que dan acceso á la puerta de la Media-Luna, cuyo último puente había sido cortado por los sitiados para dejar el foso libre, y hasta el cual llegó un carro de madera con rellenos de algodon en rama y blindado por planchas de hierro tras del que se escudaron aquéllos.

Desde su dominante altura, la fortaleza de San

Felipe lanzó sus granadas á diversos puntos de la ciudad, especialmente á la boca del puente interior de Jetsemaní y recinto amurallado de aquella parte.

IV

La empresa era asaz árdua y titánica para los sitiadores.

Sin artillería de sitio, sin arietes, trincheras portátiles, buenas escalas, puentes ligeros de foso, ni ninguno de los elementos necesarios en todo sitio formal, el éxito completo de su empresa estaba únicamente en un golpe de mano astuto y enérgico, en una sorpresa solapada y atrevida sobre el punto comprendido como más accesible ó fácil por lo inesperado é imprevisto.

La hora de las tres de la mañana en las noches más sombrías y de niebla, si ésta se presenta, es la más aparente para efectuar operaciones de tal género.

A esa hora pesa en los cerebros, con su más violenta presion, todo el sueño reconcentrado y compacto de la larga noche. Precisamente á tal hora, con el mismo influjo de la proximidad del dia ó sea del despertar, el desfallecimiento del insomnio reclama en el cuerpo lo que por naturaleza le corresponde, sueño, y es entonces cuando éste se presenta acumulado como especie de gran ola que sumerge, ó como deforme y cenicienta nube que se posa sobre los ojos.

Es la hora de los centinelas y vigilantes del último cuarto de servicio, á quienes se ha roto bruscamente la cadena de su descanso y sueño, y en que sus húmedos y pegadizos párpados dan torpemente paso á la débil luz, así como su córnea trasparente, cristalino, retina, nervio óptico y demás organismo de su cámara visual, por efecto de las mismas tinieblas del sueño, se enojan á los primeros efluvios luminosos.

A era hora también las rondas mayores y menores y patrullas están cansadas de recorrer los diversos puestos, y sienten el atractivo de fijarse eu cualquier cuerpo de guardia para sentarse y reposar un poco, precipitándoseles tras ese descanso de los piés el sueño de la cabeza, aunque no sea sinó en su manera más simple, ó sea el adormecimiento.

V

Cartagena había tomado el aspecto de un guerrero de la edad media con casco, yelmo, coraza, peto, espaldar y demás piezas defensivas.

Tenía aquellas formidables murallas que la habían hecho hasta hace poco la primera plaza fuerte del Nuevo-Mundo, sus anchos y dilatados fosos por donde culebrea el mar, su misma posición geográfica aislada; y luego sus parapetos postizos de sacos de tierra sobre el plano de fuegos del muro, sus cubrecabezas de tablas, sus techos volantes y tinglados, sus dos

vapores apontonados en lo más interno y próximo, su goleta echada á pique á la entrada y sus cadenas de obstruccion, sus trampas de alambre de púas con cascabeles, sus fardos ó empaques de tabaco y cuero sustraidos de la Aduana, sus puertas todas forradas de piedras y sacos y apuntaladas, sus puentes cortados, y la luz eléctrica, por último, con las otras de los faroles, que eran una especie de lentes de présbita para distinguir mejor todo lo que se aproximase.

Aquel formidable empalletamiento de la ciudad heróica era, por otra parte, una honra de fortificación y defensa para lo que pudiera ser cualquier dia en una guerra extranjera.

La lucha, pues, era terrible y extremadamente desigual.

Era la pelea de un gato y una tortuga.

¡Ya podrían las uñas rasguñar cuanto quisieran la dura corteza!

VI

El fuego continuaba por todas partes muy vivo y bien sostenido.

Era aquello una tromba devastadora: barca, vapores, remolcadores, cañones, fusilería, fuerzas agresoras, baterías y ametralladora de la plaza; ayes é imprecaciones de los caídos y punzados en los alambres, gritos de rendición, vacilaciones y apresuramientos; la muerte que muestra á todos su oscura perspectiva, las casualidades y los destinos en su más rápida realización, toda esa feroz y bárbara confusión de las guerras, esa fatalidad por su faz más oscura, esa influencia maléfica, en fin, de apartada estrella que ha movido los pasos de la pobre humanidad desde su primitiva infancia.

La vieja Europa, por sus mismos antecedentes históricos, tal vez necesite todavía para poner en actividad sus complicados organismos políticos los grandes choques de sus ejércitos formidables, bien armados, disciplinados, uniformados y enteramente á la altura de su sobresaliente arte militar.

El numeroso hormiguero de allá, que se oprime y sofoca ya dentro de sus laberintos, casi podría decirse necesita ese algo de destrucción y aniquilamiento.

La rica América, con sus inmensas extensiones de fértil territorio, con su escasa población, su democra-

cia y su sol, tiene más bien la misión benéfica de estrechar más y más el abrazo de la fraternidad universal.

VII

Las horas pasaban afanosas en aquella tempestad de tiros, de pólvora y de sangre.

Eran las cinco de la mañana del dia 8 de Mayo.

Desde un buque en las aguas neutrales de la bahía, á 6066 metros de distancia, calculada aproximadamente por la multiplicación de 18 segundos, que tardaba en oirse la detonación despues del fogonazo y los 337 metros que el sonido recorre en cada una de aquellas fracciones de tiempo, se observaba un espectáculo apacible ó imponente á la vez.

Principiaba á esparcirse por el cielo la claridad del crepúsculo, y sobre aquel horizonte de los primeros resplandores se perfilaban las torres, miradores, blanco caserío y grupos de palmas de Cartagena.

Parecía una ciudad de marfil cincelada de relieve sobre el borde inferior de una gran concha de nácar.

El fuego del combate duraba todavía, y el rápido brillo de los fogonazos se asemejaba al chisporroteo eléctrico producido por nudillos de manos de colegial en la máquina de un gabinete de física.

El mar, profundamente tranquilo y silencioso y aún en la sombra, apenas prestaba al cuadro en su parte baja el ribete azul confuso de sus orillas

La mano de la Naturaleza mojaba las rosadas yemas de sus dedos en el cristalino lago de la aurora, y los sacudía con suavidad sobre los contornos, produciendo delicada lluvia de perlas.

Se había ido extinguiendo la brillante y elevada luz de la Popa.

El sol pasó pronto el límite de 18 grados de los crepúsculos para lanzar sus vivas claridades.

A poco, pues, pudieron notarse y adivinarse los efectos de la lucha.

Todos los buques de la escuadrilla del noroeste se retiraban en silencio y con cierto aspecto de desolación; alguno llevaba la bandera á media asta en señal de luto.

El «Once de Febrero», que había avanzado valientemente por la otra parte, hasta colocarse entre los fuegos cruzados de los baluartes y vapores de la plaza, hacía fuego en su puesto todavía.

Él fué el último en retirarse.

Su compañero de lugar, el «Cartagena», habíа varádose en los bajo-fondos de la costa de la derecha, como se dijo, de donde pudo salir con algun trabajo.

Se notaba aún, con auxilio de bióculo, la blanca ráfaga de humo de algunos disparos de fusil en una torre de San Juan de Dios, próxima al ángulo de murallas de San Javier, sitio el más atacado y disputado.

En todo el perfil de la ciudad no se descubría más

bandera que la listada de los Estados Unidos en un elevado mirador.

No se izaba la blanca cruzada de rojo, distintivo de los radicales.

Por este detalle, y por la total separación de los buques, podía adivinarse su derrota.

Habían sufrido, en efecto, un gran desastre.

VIII

Pasadas algunas horas, cuando Cartagena tuvo tiempo de frotarse bien los ojos y coordinar los detalles de su horrible pesadilla de la noche anterior, apareció la realidad manifiesta é indubitable.

El campo fuera de murallas se veía regado de cadáveres.

También había habido algunos dentro de murallas que se habían retirado seguidamente.

Se podian calcular las bajas de los sitiadores en 800, de los cuales 250 fueron muertos, 350 heridos y 200 prisioneros; miéntras que los sitiados solamente sufrieron como unas 40 bajas de las tres clases.

Los muros de Cartagena resultaban una vez más victoriosos.

El valor de los revolucionarios se habia estrellado contra ellos.

Habían muerto varias personas notables de ámbas artes.

El último balazo de cañon de la plaza, con la última pólvora que quedaba, había destrozado el pecho al capitan Ecker en la barca «Colombia». Esta, de malas condiciones marineras para maniobrar, y anclada además demasiado cerca de las murallas, habia sufrido bastantes desperfectos. Malamente empalletada su obra muerta, otro balazo de cañon se la habia astillado. Mostraba otros dos ó tres agujeros en su casco, uno casi en la misma línea de flotación.

Los vapores habian experimentado menos bajas y daños.

A poca distancia del pié de la muralla de San Javier había muerto el anciano general Cabeza, de los revolucionarios, uno de los más distinguidos de la República y á quien los habitantes de la histórica ciudad lloraron con muchas lágrimas, á pesar de la efervescencia de pasiones políticas.

Treinta de los sitiadores lograron escalar la muralla de la Cruz, que mira al mar del noroeste, que no tiene foso y cuya altura es solamente de tres metros.

Ese era el punto flaco de la plaza, porque estando al lado opuesto de los sitiadores y con la proximidad del abierto mar del noroeste no era de esperar por allí ninguna tentativa, por lo que dicha parte estaba casi del todo abandonada.

Si esos 30 hombres, bien unidos y ordenados recorren la muralla por su flanco derecho hasta llegar al baluarte de San Javier, que estaba cerca y donde se disputaba, puede decirse, la victoria, es muy de con-

siderar el efecto que habrian producido en los defensores al verse atacados entonces por el frente é inesperadamente por un flanco. En la oscuridad de la noche no hubiera sido tampoco fácil contar el pequeño número. Pero se recogieron á un viejo y abandonado edificio próximo con un oficial de dentro que hicieron prisionero, y fueron desalojados y parte aprisionados por fuerzas á las órdenes del general Ortega, de la guardia colombiana.

El coronel Arana, de los sitiadores, habia atravesado con sus fuerzas un largo trayecto de mar, casi con el agua hasta los hombros. Un centinela de las murallas les habia descubierto al reflejo de un farol, y á pesar del nutrido fuego que se les hizo y haber fracasado su plan de emboscada no retrocedieron.

El coronel Sarmiento, de los sitiadores también, hallándose ya sobre la muralla, pero desarmado, se abrazó con un defensor y se arrojó afuera desde la altura, haciéndolo prisionero.

De este mismo modo cayeron prisioneros otros dos ó tres de los sitiados, que luego fueron presentados en Barranquilla.

Entre los sitiados pudo elogiarse, además de su fría y bien calculada resistencia, la de no haberse contado en aquella lucha de partidos ningun traidor.

El plan de ataque fracasó, pues.

Lo que se habia fijado para las tres de la mañana y que debió haber sido puramente golpe de sorpresa, sin disparar tiro alguno (que todo tiro de abajo era inútil y de perder tiempo), se convirtió desde las once

de la noche en ataque formal, para conseguir de tal modo lo que era de esperarse, un mal gasto de valor y de fuerzas.

No es solamente con el valor del hombre que se practican esas difíciles operaciones militares; se necesita además ser soldados en la significación que Europa da á esta palabra, es decir de instrucción militar, astucia, táctica y conocimiento del arte de la guerra.

En Europa, á fuerza de trabajo diario y de aprovechamiento apenas se puede formar un buen soldado en el espacio de un año.

En el plan de ataque encontrado en un bolsillo del cadáver del general Cabeza, y que al final de este opúsculo se acompaña en nota, se observaba, además de otros, un gran defecto de detalle, pero de suma trascendencia, como era prescribir en aquella operación de sorpresa el fuego lento en un principio, y vivo y vigoroso después, cuando sus más favorables probabilidades de éxito habrían estribado en un silencio profundo y en lo brusco é inesperado del ataque.

Aquellas tres columnas, que sumaban diez batallones con 65 cajas de cápsulas y 150 tiros de cañon, tenían en contra suya la misma oscuridad de la noche, que en otra forma hubiera sido su mayor ventaja.

IX

Como á las seis de la mañana, á los últimos momentos de la lucha, el jóven capitan Vargas, terminadas ya las municiones en el vapor Nuñez, saltó de él á tierra, atravesó la entonces mucho más peligrosa que nunca plaza de los Mártires, y se dirigió por la puerta del recinto interior á la tan atacada y reñida muralla de San Javier.

En esos mismos momentos avanzaba también hácia el mismo punto por la parte de afuera de murallas y para asaltarlas el anciano general Cabeza.

Los dos cayeron muertos casi al mismo instante.

El uno arriba, el otro abajo en el campo exterior.

El jóven y el anciano; dos glorias de Colombia, la una que principiaba y la otra que acababa.

Uno murió instantáneamente atravesado por una bala, regando con su sangre las playas de su propia ciudad.

Otro, junto á un cañon aún humeante, al acabar de treparse sobre la línea de fuegos del parapeto para descubrir mejor el campo del ataque, atravesado el corazon de otra bala, y salpicando con su sangre aquellos muros de una ciudad que apenas conocía y que le habia detenido en su marcha.

Probablemente rige una ley de atracción en nuestros corazones, entre nuestra voluntad y lo fatal, parecida á la del imán y el acero.

CAPÍTULO XI

La retirada

I

No por aquel desastre quedó libre Cartagena de su cada vez más pesado asedio.

Los sitiadores continuaron en sus posiciones y bloqueo, y los sitiados dentro de sus opresoras murallas.

La contrariedad del ocho de Mayo no habia sido aún una derrota. Lo sería el dia que Cartagena se viese libre.

En los sitios de plazas, rara vez se consigue hacer la entrada desde el primer ataque. Estos se repiten con más ó ménos intervalo.

Cartagena, pues, no disfrutó todavía de su victoria. Continuó la misma escaséz, la misma hambre.

No es fácil concebir los apuros que ciertas familias pobres pasarian para proveerse de lo más indispensable, atendida la gran carestía de precios, y cuando hasta los mismos poseedores de dinero, y gastando

mucho, estaban malísimamente alimentados y sintiendo una gran debilidad.

Probablemente de algunos se diría que habian muerto de tal ó cual enfermedad; pero en realidad sería de hambre ó deficiencia de alimentos.

Y lo peor era que aquella enfermedad aumentaba en progresión geométrica, sin que pudiera vérsele otro remedio, que la retirada voluntaria de los sitiadores, ó la tan anhelada venida de las tropas auxiliares del interior.

¡Pobres sitiados de 1885!

¡Pobres también aquellos de 1821, que asediados por Montilla durante 14 meses esperaron en balde!

En la historia, los acontecimientos se imitan ó remedan, las épocas se copian unas á otras con diferencia de detalles, y el porvenir es un plagiario del pasado. En Inglaterra hay una revolucion en el siglo XVII con la muerte de un rey, Cárlos 1.°, y la aparición de un Cronwell; en Francia la hay también un siglo después con la muerte de Luis XVI y la venida al mundo de la historia de un Napoleón 1.°

Véase, pues, como las piezas del esqueleto son muy parecidas.

II

Pasáronse cinco dias al señalado é inolvidable del ataque.

En la noche del 13 de mayo se notaba gran movimiento de buques por la parte de Bocachica.

Estaban fondeados en dicha entrada de la bahía de Cartagena, á dos leguas de ésta, cuatro buques de guerra extranjeros: las fragatas americanas «Tenessée», «Aliance» y «Powathan», y el aviso español «Fernando el Católico».

Dichos buques, con los vapores y escuadrilla del general Gaitan, daban á la bahía un aspecto muy lucido.

Se veían por muchas partes diversidad de farolillos de colores, verdes y rojos, y lanchas que cruzaban de unos á otros buques.

En la fragata almirante «Tenessée» ejecutaba una banda de música la marcha real española, sonidos que de seguro no habrían vuelto á oirse en aquel mar, por lo menos desde hacía unos 64 años; á más de otras piezas escogidas de su repertorio.

Esa música era ocasionada por las visitas de estilo de los comandantes de los buques de diversa nacionalidad.

El jóven general Gaitan, con la cabeza baja y algun tanto meditabundo, había cruzado hácia Bocachica

en una lancha á vapor, acompañado de sus ayudantes.

En la madrugada del 14, toda la escuadrilla sitiadora de Cartagena, llevando en sí las tropas radicales salía de Bocachica, mar afuera, y se dirigia nuevamente á Barranquilla.

Era que se retiraban ya de aquella ciudad y de aquellos parajes donde quedaban enterrados tantos compañeros suyos.

Habian llegado con mil ilusiones, habian trabajado con valor y tesón, habian sido precedidos de una aureola de victoria; pero sobre todo esto estaba ese nudo invisible en lo alto de los destinos, que no se puede desatar ni cortar, ni resolver de manera alguna, el nudo de la fatalidad.

Aquellos dos mil hombres (número aproximado), marchaban á otras ilusiones, á otros acontecimientos, y á otra muerte tal vez.

El viento que impulsaba las blancas velas de su barca sobre la superficie azul del mar y difundía en el cielo el humo de sus vapores, era del mismo que en todas partes sopla sobre todos, del que ha arrojado al puerto de paz ó al escollo, á los naufragios ó á las tranquilidades y salvaciones.

III

La noticia del levantamiento del sitio fué llevada á Cartagena por el médico del buque de guerra español, que, como se dijo, habia curado filantrópicamente las heridas de uno y otro campo.

La antigua madre habia visto vertida su propia sangre y tratado de contenerla y restañarla generosamente en las venas de los que habian sido sus hijos y eran aún sus descendientes legítimos en segundo ó tercer grado de consanguinidad.

Una noticia tan importante dada por el oficial de una marina extranjera, absolutamente neutral, produjo en Cartagena el efecto consiguiente.

No sería, pues, un falso movimiento de retirada de los sitiadores para intentar la toma de la plaza con su confianza de puertas abiertas, ó cualquier otro daño análogo, sinó que era una retirada real y efectiva.

Algunos dias durante el asédio, en que se habia guardado silencio absoluto en el campo sitiador, se habia dicho en la plaza alegremente:

—¡Se han marchado!

Pero el cañon *vigilante* habia llevado otra vez el desencanto al ánimo con la explosión de sus botellas.

Ahora..... ¡era ya seguro!

IV

Se abrieron, pues, con alborozo las puertas de Cartagena, aquellas puertas que habian estado cerradas 75 largos dias, contando unos tres ántes del 4 de marzo, fecha del sitio formal: dos meses y medio, pues, de reclusión, ansiedades, hambre y *botellazos*.

Pronto se produjo una gran corriente de abundancia por la puerta de la Media Luna, en el barrio de Jetsemaní.

Aquella era su más fecunda arteria de prosperidad, por las abundantes provisiones que la venian de Turbaco, Arjona y demás pueblos próximos del interior.

A los dos dias de levantado el sitio, ó sea el 17 de mayo, la carne estaba en Cartagena á real y medio libra, los huevos de gallina á cuatro por un real, los pollos á tres, una gallina á cinco, y la abundancia de toda clase de verduras y frutas era asombrosa.

¡Qué diferencia tan notable y súbita!

Las mañanas siguientes fueron en extremo satisfactorias y plácidas.

Todo el pequeño hormiguero de la ciudad salió á calentarse al sol y desentumecerse de la clausura de aquellos dos meses y medio de nublado y tempestuoso invierno de balas y peligros.

Por los claustros del mercado se veían pasearse

muchas señoritas, cuyos bellos rostros no se habian podido contemplar hasta entonces.

A la triste soledad y vacío de los puestos habían sustituido los llenos canastos de legumbres de todas especies, y frutas como el dulce *marañon*, de semilla agregada; el rico y filamentoso *mango*, que tiene la forma de un corazón y limpia la dentadura; el pequeño y sonrosado *icaco*, del que se hace un delicado dulce; el fresco *coco*, que recoge dentro de su abultada y dura semilla algunas cantidades de agua tomadas á hurtadillas tal vez de las fuentes del cielo; la pequeña ciruela por dentro amarillenta y por su película exterior casi color chocolate; la rica piña de América, coronada por la misma naturaleza como la reina de las frutas; el dulce *anon*, blanco ovario de pequeñas semillas negras y lustrosas; el blanco y suave *aguacate*, de color verde claro, con grande y duro embrión desasido de su pulpa; y los apetecibles plátanos ó bananas, en fin, de poblados y fecundos racimos, aunque de formas algun tanto incorrectas, satírica lubricidad de la naturaleza.

Al lado de tan abundantes acopios se veían animados y graciosos semblantes femeninos del color de la misma semilla de alguna de las frutas á la venta, ó, por lo ménos, del de un grano de café tostado.

A un profundo y desconsolador silencio habia sustituido una alegre algarabía.

V

Toda la muchedumbre de compradores, paseantes y curiosos se ensanchaba y extendía luego por la puerta de la boca del puente hácia la bella y clara plaza de los Mártires, para visitar en la orilla de la bahía las canoas cargadas también de comestibles, á cuyos precios más módicos recurrían todos en queja ó apelación, de los del mercado de dentro ó principal.

Ya habia perdido aquel lugar su enojoso peligro; ya no estaba el cañon *vigilante* en San Felipe para arrojar allí sus explosivas granadas cilindro-cónicas, ni había quién se entretuviera desde lo alto de sus garitas en cazar con fusiles remington á las personas.

Cartagena había recobrado el sol, la tranquilidad y el fresco de su dilatada plaza, y podía ya salir allí á esparcirse y desimpresionarse.

También volvían algunas familias á recorrer el pintoresco paseo de las históricas y curiosas murallas; las cuales cambiarían, dentro de poco, su aspecto de guerra, de extrago y de sangre por el de la poesía y de la soledad nocturna, y por el de ciertas escenas amorosas demasiado libres, favorecidas por la misma estratégica posición y respetable sombra.

La curiosidad lanzó á muchos por la puerta de la Media Luna para ver y escudriñar las posiciones ene-

migas, estudiar sus detalles, leér en las paredes letreros de lápiz y de rasguñadura, y observar con gran atención los rastros y huellas de sangre.

Se podía ya subir por las mañanas al elevado monte de la Popa, á respirar allí una brisa pura y perfumada por las algas marinas, á contemplar perspectivas deliciosas, y á darle el *bon jour y la bonne santé* á Nuestra Señora de la Candelaria, á la que no se había podido visitar en tanto tiempo.

Los cartageneros podían, en fin, efectuar sus alegres expediciones campestres á caballo hasta el divertido pueblo de Turbaco, el de las muchachas bonitas, sus paseos en canoa por la bahía hácia los caseríos de Bocachica y Pasacaballos, y representar en su teatro, por aficionados, bonitas comedias y zarzuelas, entre éstas la muy graciosa de «Música clásica».

Varios vapores de diversas nacionalidades fondearon á poco en el puerto, pusieron á Cartagena en contacto con el resto del mundo, con sus noticias políticas y comerciales, invenciones, modas, etc., y abrieron, en una palabra, las acatarradas y obstruidas ventanas de su naríz al aire de la respiración del progreso universal.

VI

Después de levantado el sitio apareció una noche en Cartagena cierta especie de canoa fugitiva.

Venía de la Sabana, del Sinú, ó de cualquiera otra parte.

De la pequeña embarcación saltaron al muelle algunos militares con el uniforme algun tanto deteriorado y otros vestigios de haber sufrido algunas contrariedades.

Una música militar hizo oir sus alegres sones por junto á la plaza de la Aduana.

Había regresado el general Santodomingo de su fatal expedición á Barú.

No pudo concurrir al espinoso lance del ataque de la ciudad, pero había sido el organizador, el que sentára las principales bases, el que dictára con acierto el prólogo y capítulos más importantes de la obra, el agente más poderoso del resultado militar obtenido.

Su firma no aparecía en el epílogo, pero se observaba estampada en la portada principal, plan y cubiertas de todas las entregas, y el estilo peculiar de la obra era exclusivamente el suyo.

Era un libro trabajado en su totalidad por él y fechado y rubricado por su escribiente.

Las vacilaciones en ciertas operaciones militares

del general Santodomingo, su ida de Panamá á Cartagena, su salida transitoria de esta última y su regreso infecundo, deben mirarse á travezés del prisma de lo difícil de su situación personal y particular.

Cuando tomaba gran incremento la revolución y se le llamaba á la amenazada ciudad de Cartagena, cuya ocupación era de gran ventaja militar y política en la república, ciudad natal además del magistrado supremo, cuya autoridad se contendía, aquel general tendría que luchar interiormente entre su verdadero puesto, que era Panamá, y el punto más amenazado.

Quedarse en su estado hubiera sido para él lo más asequible y ménos penoso; pero el no corresponder al llamamiento, especialmente en caso de un desastre para el partido legítimo, habría atraido seguramente sobre su persona cierta responsabilidad del mal suceso, cierta murmuración y desdén general.

¿Podía él entonces soñar siquiera el desastre de Colón?

Y posteriormente, dentro de Cartagena, el conocimiento de tan punible hecho tenía que producir un efecto martirizante y tempestuoso en su espíritu.

De ahí todo, refiriéndose exclusivamente á su conducta militar.

VII

El 31 de mayo por la mañana entró también en Cartagena el general en jefe de las fuerzas esperadas, con una escolta de caballería de unos 60 lanceros.

Por fin se vieron aquellas fuerzas tan largo tiempo apetecidas, y que ya algunos incrédulos las consideraban como al rey don Sebastian de los portugueses.

A la caida de la tarde de aquel mismo dia, una columna de unos tres mil hombres en marcha de flanco de á dos y con las carabinas terciadas describía una diagonal un poco torcida, desde el principio de la calle de la Media Luna hasta la puerta de la boca del puente en la plaza de los Mártires.

Cartagena se había salvado por completo.

CAPÍTULO XII

Huellas

I

Sopla en las naciones el huracán revolucionario.

¿Qué dirección lleva?

¿Cuál es su punto en el horizonte?

En ciertos países mala y falsamente constituidos, de caractéres susceptibles y levantiscos, de exclusivas aspiraciones al medro gubernamental, de repetidos y reincidentes trastornos, y de revoluciones crónicas, ese viento está en todas direcciones.

La diversidad de partidos, sin diferencia alguna de matices, proporciona al país las mismas consecuencias.

—¿Quién hace hoy una revolución tan sangrienta?

—El partido X.

—¿Quién la hizo ayer?

—El Z.

—¿Y el otro día?

—El X y el Z juntos, que no se habían fraccionado.

—¿Y contra quién la hicieron, pues?

—Contra el nombrado H.

—¿De modo que éste será el único sin revolución?

—Tampoco, y aunque en realidad no la hubiese hecho, se prepararía para efectuarla en su dia.

—¡Está bien!... ¿y quién la hará mañana?

—Cualquiera. Precisamente es eso lo que no puede saberse.

En los países, pues, donde esto suceda, por los puntos tan diversos del soplar, y por las frecuentes tempestades, la política no es tan sólo una rosa de los vientos.

Es, más bien, la rosa de los huracanes.

Tal general es hoy de la autoridad legítima y del gobierno legítimo.

Ayer fué revolucionario.

Mañana, si así le conviene, volverá á serlo.

Es sólo cuestión de aspiraciones y de fechas.

Esas legitimidades, especialmente en ciertos países republicanos en que no rige en el fondo otra ley, que la de las mayorías, dependen únicamente de su llegada al poder.

La revolución de hoy, triunfante, es el gobierno legítimo de mañana.

Y el partido del gobierno caído pasará á ser entonces la revolución del porvenir.

Corolario: la inestabilidad, el desbarajuste más ó menos continuado, la frecuente revolución, un progreso político de paso al frente y de paso atrás y otro, en cambio, material muy escaso, nada fijo ni seguro,

el desierto de Sahara con sus montecillos de arena que unas veces los deja el Simoun en un lado y otras en otro, el edificio que nunca se concluye porque cada mano lo quiere hacer á su manera y con arreglo á distinto órden de arquitectura, una torre de Babel, en fin, aplicada á la política.

Se oye hablar de santa causa, de idea noble, de espíritu liberal, de libertad á fuerza de sangre conquistada, de legalidad y órden, de progreso moderno; todos los partidos, en sus múltiples y diversas aspiraciones, créen lo mismo relativamente á sí y pronuncian las mismas palabras.

Estas son como las cucharas, que no necesitan ajustarse ni medirse al fabricarlas, para que quepan igualmente en las bocas de todos.

¿Y que hacer, pues, para remediar el grave mal en vista de tal historia?

Nada, absolutamente nada.

Si hubiera posibilidad, encargar únicamente un gobierno á la luna, y una administración tan completa, en que hasta los tinteros y las plumas fueran de allá; ó tal vez, que la Providencia arrojase un culebron, como el de las ranas de la fábula.

En tales países, irremediablemente, habría que darle á Hobbes la razón.

II

Un huracán limpia la atmósfera de miasmas deletéreos y la tierra de inmundicias.

Un huracán también destroza árboles, arruina edificios y hace naufragar buques.

La naturaleza tiene tempestades y la humanidad pestes, guerras y revoluciones.

¿No sería mejor, ya que no es posible el buen tiempo del barómetro en las diversas estaciones de la primera, la tranquilidad ó calma en las también diversas épocas de la última?

La tempestad, tanto en las pasiones humanas como en lo natural, produce extragos, confusión, nubes de polvo que ciegan, horribles silbidos, cielos cenicientos, relámpagos, la sombra profunda.

La calma que al fin tiene que sobrevenir; la luna que generalmente alumbra después, muestra á la vista los efectos palpables, el árbol tronchado, el edificio hecho ruinas, el cadáver inerte, la realidad.

Y sobre esa sombra y sobre esa realidad está después otra sombra en medio de la cual abrimos mucho los ojos para no ver nada positivo, lo fatal.

Esa sombra lo envuelve todo.

. . . .

III

Los cadáveres fueron en Cartagena sepultados, unos fuera y ctros dentro.

Algunos también en lo profundo del mar, en el olvido absoluto, donde no es posible poner nunca epitaflos, ni más lápida que la de la ola y las espumas.

La tranquilidad más ó menos efímera, que antes no pudieron alcanzar, la tienen ahora eterna.

En alguno que otro punto de la costa se notaba la tierra removida recientemente y formando un pequeño relieve convexo y ovalado, como si hubiera sido la sobrante después de haber colocado algo, un cadáver por ejemplo, en el hueco que quedára de la extraccion de la misma.

Así reposarán probablemente todos aquellos desgraciados séres de las revoluciones, á quienes la suerte, triunfen ó no aquellas, solamente les reserva el perder, el continuar siendo átomos en la oscuridad de la vida, ó pasar á serlo, desde luego, en la tierra de la sepultura.

En el caserío que hay al pié de la Popa, cerca de la orilla del mar, en un terreno árido, pedregoso y malamente cubierto de espinos y vegetaciones silvestres, y al cual se aproxima mucho la alta marea, se veían también varias tumbas análogas con otras más esme-

radas en su apisonamiento y con cruces hechas de las mismas ramas próximas.

Estas últimas eran, probablemente, de jefes y personas de distinción.

IV

Como que el blanco y lindo cementerio de Cartagena queda fuera de murallas, los cadáveres de los que murieron durante el sitio fueron inhumados en los átrios y exedras de la iglesias, especialmente en la de la Trinidad.

En el patio de Santo Domingo, no muy lejos de la muralla de San Javier, fueron enterrados casi todos los que murieron en aquella muralla en el ataque del dia 8.

Frente á un grupo de palmas, cuyo pié viste una pobre y escasa yerba, y junto á la tapia del expresado patio, se veían como dos líneas ó séries de sepulturas, que seguían la misma dirección del ángulo de paredes; unas á un lado y otras al otro.

Entre las primeras que se encontraban, ó las más próximas á la puerta, había dos, una con una cruz negra, inscripción de letras blancas y una corona de laurel, y otra á continuación sin ningun otro distintivo que una pequeña rama seca.

La primera, la del anciano general Cabezas

La segunda, la del joven capitan Vargas.

Sobre la modesta sepultura del último, que por carecer de inscripción era necesario para visitarla, que algún testigo de su inhumación la señalase, un amigo arrojó una tarde de aquel mismo mes de Mayo un ramillete de siemprevivas y prendió con un alfiler, de la rama seca, un papel que contenía unos humildes versos.

El viento de la noche arrancaría y extraviaría el papel, probablemente; pero los versos fueron trascritos á nuestra cartera, para eterno recuerdo suyo.

V

SOBRE UNA TUMBA

—Por todas partes te busco.
¿ Dónde estás que no te hallo ?
¿ qué te has hecho, adonde fuiste ?...
Tus huellas sigo.... y me canso.
Junto á un muro denegrido
por el soplo de los años,
al lado un cañon de hierro
qué, después de cien disparos,
todavía el denso humo
lo cubre con velo blanco,
unas manchas hay de sangre....
¡ No lo creo, cielo santo !
¿ Esa sangre será suya ?
—De él es, murmura un soldado;
una bala entró en su pecho
y quedó muerto en el acto.

—¡ Oh, mi amigo muy querido !
¿ Porqué el destino nefando
cortó de tu hermosa vida
el hilo, de tan temprano ?
¡ Oh, fatalidad perversa !
¡ Influjo maldito de astros !
¿ Ignorábais vosotros ?...
¿ No sabías acaso,
que su vida hermosa y jóven
valiera infinitos tantos ?

. . . .

¡ Oh, mi cariñoso amigo !;
creo verte aún á mi lado.
Adorabas la milicia
y el derecho soberano,
y la música y las rosas,
y, trás muro solitario,
la adelfa de flor rojiza....
y el cielo tíbio de Mayo.
Junto á columna de un templo,
en los cláustros perfumados
por el pebete y la cera,
en esos momentos sácros
fuera de las ceremonias...
sin concurrencias ni cantos,
y en que lámpara de plata
tranquila alumbra el santuario,
en tí pensaré mil veces,
y al cielo te irá mi llanto.
Una farsa es esta vida,
este mundo es un engaño.
Yo también morir quisiera
para volar á tu lado
desde esta tierra angustiosa

de miseria y desencantos,
á esos cielos infinitos
en que el espíritu, ámplio,
fuera de la vil materia
se esparce y agranda tanto
en soñadas claridades...
y es estrella en los espacios.
Allí se vé un sol perpétuo,
sus rayos son sólo un rayo;
y todos somos eflúvios,
gotas de inmortales astros,
lluvia de oro silenciosa
en la inmensidad del lago
que el gran Dios sólo... limita
en el hueco de su mano.

. . . .

VI

La tumba.. ¡realidad amarga para muchos!

Una tumba es el punto final de las ambiciones humanas.

Sobre ese último y oscuro escondrijo, que oculta á nuestra vergüenza la miseria y fetidez de eso en que venimos á parar, se pueden meditar muchas cosas muy útiles, como se analiza, reflexiona, esclarece el pensamiento religioso, y todo lo que haya de más espiritual y divino, sobre una biblia.

Una tumba es la elocuente biblia de la materia.

VII

Meditemos, pues, volviendo á las otras conclusiones:

Un dia de revolución ocasiona más perjuicios que un año de mal gobierno, así como ***un dia de lágrimas consume más fuerzas que un año de trabajo.***

PARTE TERCERA

EL PORVENIR

....la République Argentine est entrée dans une voie de progrès indéfini, que par les agitations politiques peuvent seules instant compromettre.

AMÉDÉE GASQUET.
(Géographie générale.)

PARTE TERCERA

EL PORVENIR

CAPÍTULO XIII

Barranquilla y Colón

I

Después del sitio de Cartagena, las tropas del gobierno, en número de unos cuatro mil hombres, mandadas por el general Mateus, tomaron posiciones á orillas del rio Magdalena, en el pueblo de Calamar; mientras que los revolucionarios, ya bastante diezmados por la guerra y las enfermedades, se hiciéron fuertes con sus vapores en una pequeña isla próxima, con la intención de disputar tenazmente el avance sobre Barranquilla.

Ambos ejércitos se sostuvieron en sus respectivas posiciones durante muchos dias.

La revolución de Colombia, con una duración ya de ocho largos meses, iba produciendo en todos cierto enrarecimiento de aire.

—¡No se puede ya vivir así!....

Tal era la voz general, sin diferencia de matices políticos.

Ocurrió la sangrienta acción de la Gloria ó del Hobo en la cual murieron siete generales revolucionarios, cincuenta y nueve oficiales y un crecido número de individuos de tropa en un ejército de apénas dos mil hombres; al par que las tropas del gobierno, á más de muchas otras pérdidas, dejaron en poder de aquellos trescientos prisioneros.

Esos sangrientos y encarnizados combates, examinados militarmente, dan motivo á admirar el brillante y nunca desmentido valor colombiano, y la ausencia, por otra parte, de los principios de la táctica moderna, en la que el valor personal, favorecido por los fusiles de retrocarga, es un agente secundario del cálculo, de la astucia, de la estratégia y de la pericia en el arte de la guerra.

Tales encuentros son, más bién que batallas, avalanchas de hombres que ruedan unas sobre otras impulsadas por el soplo del aniquilamiento.

II

El 22 de julio de aquel aciago año de 1885, por la noche, las autoridades radicales con pequeñas fuerzas evacuaron á Barranquilla para dirigirse al mar, á la salvación.

Esa noche, de una luna espléndida que se reflejaba sobre las blancas y movedizas arenas del piso de la ciudad, todo quedó en ella abandonado á sí misma, sin guardias, sin policía, sin autoridad, ni nadie que sostuviese el órden, y sin que se alterase.

Sus graciosos y alegres edificios, muchos de ellos cobijados con paja de palma, se veían cerrados desde muy temprano, y sus largas y rectas calles casi desiertas.

Barranquilla es una ciudad de 25 mil habitantes, la más importante de Colombia por su riqueza y comercio, en las costas de Atlántico.

Situada en la desembocadura del rio Magdalena es la llave y el antepuerto de la capital, y está unida á la costa y caserío de Salgar por una vía férrea.

Los arrastres del expresado rio han cubierto de finísima arena la llanura sobre la cual se extiende la población.

La mayor parte de sus casas tienen hermosas huertas, y las brisas refrescan cuotidianamente su temperamento cálido.

Por su posición geográfica y por sus especiales condiciones está llamada á ser una importante ciudad. Sus habitantes, de carácter franco, espansivo y hospitalario, acogieron con el mayor entusiasmo la causa revolucionaria.

La bandera blanca con cruz roja flotó por algunos meses en una de las elevadas torres de su parroquia principal.

En la tarde siguiente á la fecha antes indicada, entraron en Barranquilla las tropas del gobierno á causa de haber abandonado las fuerzas revolucionarias sus posiciones frente á Calamar.

¿Adónde marcharon, con su jóven general Gaitan, esas fuerzas? Cometieron el gran desacierto de dirigirse en sus vapores rio arriba, internándose. Ellos mismos dieron lugar, con tan anti-militar movimiento, á que los contrarios les cortasen la retirada.

Pudieron haberse replegado tranquilamente á Barranquilla, ya que aquel abandono de posiciones no era obligado por ningun combate, y en el próximo puerto de Salgar haber ganado tierras extranjeras.

Con la ocupación de la expresada ciudad por las tropas del gobierno podía darse por terminada la revolución.

No muchos dias después, el general Gaitan, la gran figura del movimiento de 1885, era conducido á Cartagena, donde, sujeto á un consejo de guerra, fué condenado á diez años de reclusión. Y muchos de los complicados fueron desterrados de la patria, marchando á ejercer sus profesiones é industrias á las is-

las próximas de Curazao, Jamaica, San Thomas, etc., que siempre han recogido en su seno á los fugitivos de las repúblicas vecinas, y donde también se han tramado, generalmente, apoyadas por el filibusterismo, las revoluciones que luego las afligen.

III

El 17 del expresado mes de Julio circuló por Barranquilla, procedente de Cartagena, el siguiente manifiesto ó memorial dirigido al presidente de la república:

«Tiempo de rigor inflexible ha llegado para Colombia.» Ciudadano Presidente de la República:

»Los infrascritos ciudadanos colombianos, adictos y leales defensores del gobierno legítimo que ha tratado de derrocar una turba de insensatos y malos hijos de la patria, ante Vos acuden por medio del presente Memorial para pediros un acto de extricta justicia y de desagravio para nuestra nación ultrajada.

No son, ciudadano Presidente, los crueles sufrimientos que hemos padecido y que nos ha ocasionado esta cruel é injustificable guerra los que nos mueven á haceros esta petición, sinó la dignidad herida como colombianos, y el irrespeto y burla que se ha intentado cometer y se ha cometido contra nuestra patria por hombres llamados á respetarla por mil motivos y hasta amarla como segunda patria.

Nuestras instituciones sobradamente liberales para los hijos de naciones extranjeras se han extendido á veces, prescindiendo de las consideraciones naturales de nuestra índole, hasta hacerlos de mejor condicion que á los naturales del país, y han gozado y gozan de garantías de toda naturaleza que acaso nosotros no llegaríamos á gozar en sus respectivas naciones.

Semejante conducta de parte de nuestro Gobierno y de los colombianos en generál, parece que lógicamente nos autorizaba á esperar de ellos justa reciprocidad, y que al agradecimiento que naturalmente debieran sentir al verse acogidos como hermanos, debía unirse el respeto hácia un país cuyas leyes los protegen de un modo franco y leal.

Mas, por desgracia, no siempre sucede así, y en cambio de nuestra generosidad y de nuestra nobleza de carácter, venimos á recibir crueles decepciones y terribles engaños.

Y si de los extranjeros, en su condición particular de tales, tenemos sobrado derecho par esperar gratitud y consideraciones, con mucha mayor razón tenemos perfecto derecho para esperarla de todos aquellos que hayan sido investidos de algun carácter oficial por los gobiernos de sus respectivos países.

Graves, gravísimos males nos ha causado y nos causará la nefanda guerra que torpe y ferozmente desencadenó contra nosotros una fracción criminal, sin razón justificativa y sin un fin honorable y aparte de las inmensas charcas de sangre que han inundado á la nación entera, fuera del número inmenso de in-

fortunados hijos que hemos visto morir y están muriendo, y sin contar el número infinito de huérfanos y viudas, de padres desgraciados y de inválidos que quedarán sin pan y sin hogar, hemos tenido y tenemos hambre y desnudez, pobreza en fin.

Estas calamidades que en países cultos han movido á compasión á los representantes de las potencias extranjeras, quienes se han apresurado á nombre de sus respectivos gobiernos á iufluir y mediar para que ellas cesáran y hacer brillar en el más breve tiempo el esplendoroso sol de la paz, no han conmovido en la presente guerra de nuestro pobre y desventurado país á la mayor parte de esos represntantes, que han hallado hospitalario techo y aun han formado su hogar en nuestra patria.

Y lo que es peor aún, lo que es escandaloso é inaudito, lo que es criminal é imperdonable, es que muchos de ellos han contribuido á aumentar nuestras desgracias apoyando de cuantos modos han podido á los rebeldes, y acaso haciendo causa común con ellos.

No ignoraréis vos, Señor, la conducta que á este respecto han observado todos los señores cónsules residentes en Barranquilla, así como muchos extranjeros, haciéndose más notable entre aquéllos, por su marcada hostilidad al Gobierno legítimo, el Sr. Cónsul de su Majestad Británica, el Sr. Cónsul Austro Húngaro, el Sr. Cónsul de los Estados Unidos de América y también el Sr. Cónsul del Imperio Aleman; pero especialísimamente los dos primeros. El de su Majestad Británica llegó hasta extralimitar sus facultades,

á lo que entendemos, enviando órdenes á buques de guerra surtos en este puerto para que intimáran á los buques de su nacion que se retirasen sin descargar ni siquiera provisiones en momentos de angustia por causa del sitio en que nos tenían las fuerzas de los rebeldes.

Sabemos también que los Sres cónsules de aquella ciudad prohibieron á los buques de sus respectivas naciones que tocáran en nuestro puerto, haciéndolo aparecer como bloqueado desde fines del mes de febrero, y tenemos cartas fechadas en Curazao el dia 4 de marzo, fecha precisa en que se presentaron las primeras fuerzas enemigas al frente de la ciudad, y que fueron pocas por cierto, en que se anunció que allí se había dejado la carga que el vapor aleman del mes de febrero traía para este puerto, después de haber tocado en Barranquilla.

No porque sea débil nuestro país y carezca de elementos suficientes para hacerse respetar por la fuerza, de los países que esos cónsules representan, debemos tolerar tamaña audacia y tan inmerecidos ultrajes, y nuestra ofendida dignidad y nuestro amor patrio exigen una cumplida reparación y un acto de rigurosa justicia.

Por lo tanto, os pedimos respetuosamente que haciendo investigar con minuciosidad esos hechos por medios más acertados, y evitando emplear para ello hombres que pudieran doblegar su altivez republicana, retiréis de hecho el *exequatur* á los cónsules que hayan pretendido burlar las leyes de nuestro país y

que hayan sido de cualquier modo hostiles al Gobierno legítimo y una vez efectuado ese retiro los hagais salir fuera del país en justo castigo de la afrenta que hayan pretendido inferirnos así como á los extranjeros que hayan sido reconocidamente hostiles.

Ciudadano Presidente.

Cartagena, Julio 15 de 1885.»

(*Siguen* 340 *firmas.*)

IV

Como se habrá podido ver en el anterior memorial, la cuestión hace referencia á los extranjeros y representantes diplomáticos de varias naciones, *residentes en Barranquilla;* así como en Cartagena, durante el sitio, había sido objeto de idénticas apreciaciones el vice-cónsul inglés Mr. Stevenson, el cual procedió de conformidad con el comandante Curtis, de la fragata de guerra «Canadá» de la expresada nación.

En Colombia no han existido, ni existen hoy, las numerosas emigraciones y fecunda afluencia de extranjeros que impulsan poderosa y rápidamente el progreso de estas repúblicas del Plata, donde se ha sentado la base indiscutible de que *progresar es poblar.*

El elemento extranjero en aquella otra república es muy poco numeroso (exceptuado el istmo de Panamá por la colosal obra que allí se lleva á cabo), relativamente á las otras naciones americanas.

Acuden principalmente á Colombia holandeses de Curazao, norteamericanos, italianos y muy pocos españoles, procedentes de Cuba y en su mayor parte desertores del ejército.

La mayoría de este elemento extranjero se dedica al comercio en pequeña escala.

En su consecuencia, la generalidad de esos comerciantes extranjeros que tenían que salir, como han salido, muy perjudicados en sus intereses, pues el producto de sus sudores en muchos años lo destruye luego una revolución, simpatizaría de seguro con uno ú otro de los partidos contendientes, con el que más garantías y ventajas les ofreciera para el porvenir.

En Cartagena, como se ha visto, fueron detenidos, durante aquel angustioso sitio, por las autoridades legítimas, los extranjeros llegados accidentalmente y que tuvieron que consumir sus recursos; al paso que el general revolucionario y sitiador, con perjuicio de sus operaciones militares, concedía un armisticio para que aquéllos salieran libremente.

De todos modos, el número de extranjeros en armas afiliados á la revolución no llegaría á media docena; mientras que en las filas del Gobierno se batieron algunos más.

El pensamiento principal del manifiesto es muy justo y atendible bajo el punto de vista del común sentir y de lo que debe ser; pero impolítico é improcedente á través del prisma de la diplomacia.

Ejemplo de esto, la cuestión con Italia en Buenaventura, puerto de Colombia en el Pacífico.

Respecto á los cónsules que se citan, precisamente de naciones las más poderosas é ilustradas, hay que considerar su situación, la de estar en una ciudad revolucionaria en su mayoría y guarnecida por fuerzas armadas. El cargo que se hace al cónsul de S. M. Británica, de haber enviado órdenes á los buques de guerra ingleses, surtos en Cartagena, para que se retiráran los mercantes de la misma bandera sin descargar *ni siquiera provisiones*, estando bloqueada y sitiada la plaza, es infundado y ridículo.

¿Hubiéran sido neutrales si, por el contrario, hubiesen facilitado esos tan deseados víveres?

V

Pocos dias después de la entrada de las tropas en Barranquilla, varios soldados detuvieron á un hombre que se dirigía en una canóa hácia los caseríos de la Ciénaga y Santa Marta.

Conducido á la cárcel de Barranquilla, la gente le rodeaba y le seguía por las calles contemplándole con la mayor curiosidad.

Era el célebre Prestan, el autor del monstruoso incendio de Colón, cuyo nombre había dado á conocer el telégrafo á todos los pueblos del mundo.

Entre una inmensa muchedumbre, en su mayoría extranjeros, y desde lo alto de un wagon de carga situado en la vía férrea que cruza la calle de Bolivar

en Colón, fué ahorcado á poco de su captura, vestido de negro con chaqué y sombrero hongo, que conservó en la cabeza aún despues de su salto y muerte.

Pronunció algunas palabras pronosticando nuevas catástrofes á la ciudad de Colón.

El cadálso es el más alto escalón de la elocuencia, porque todos los que desgraciadamente lo suben se vuelven oradores.

Colón había sido reedificada en tres ó cuatro meses. Su posición á la entrada del canal que constituirá otra gloria de Mr. Lesseps, su asombroso movimiento comercial, los innumerables vapores que fondean en en su cómoda bahía y el torrente de emigraciones que recibe del mundo entero, hacían imperiosa aquella rápida reconstrucción, levantándose instantáneamente una ciudad viva sobre la ciudad muerta.

Colón es una población de tablas sobre un fétido fangal. Sus edificios, cobijados de zinc, están generalmente pintados de color plomo ó chocolate con balcones ó ventanas verdes, al estilo de las poblaciones yankees.

Sobre aquel fango y entre aquellas tablas han circulado y retorcídose grandes corrientes de oro.

Su terrible clima y sus mortíferas enfermedades hacen problemática la pronta realización de ese canal, que algun dia lejano unirá dos importantes mares.

La lluvia es allí continua; el fango, la basura, la putrefacción, los miasmas pestilentos, las nubes de mosquitos, los sapos, todas las calamidades de la atmósfera y de la tierra se vén allí. No hay naturaleza

humana por fuerte que sea, que pueda resistir mucho tiempo aquel clima. La fiebre del oro alimenta y sostiene en dicho punto muchos hombres contra esa otra peligrosa fiebre que los lleva á la sepultura á centenares.

Los cuadros que allí se contemplan son pavorosos. Por todas las calles se encuentran ataudes, y en medio de las ruinas que en diversas partes han quedado del incendio anterior, pueden observarse hombres cloróticos y muribundos acostados sobre una miserable tabla, entre cascos de botellas, latas vácías y basura, invadidos, aún en vida, por los gusanos. Jefes de la compañía francesa han llegado de Europa á relevar á otros, y la muerte ni siquiera les ha dado tiempo para hacerse entrega de la documentación y utensilio.

Colón, con el cebo de su oro, es una peligrosa ratonera humana.

Nada se produce allí; todo le llega del exterior.

Algunos grupos de palmeras y espesuras silvestres adornan los contornos de aquel poblado caserío, cuyos tejados de zinc relucen al sol.

VI

Terminó al fin, despues de unos once meses, la desastrosa revolución de Colombia.

¡Cuántos millones gastados improductivamente, cuánto trabajo interrumpido, cuántas vidas perdidas! Y aquella es la tierra de los grandes talentos, de las asombrosas imaginaciones, de los fecundísimos poetas! Además de su feraz suelo, de la gran extensión de su territorio, de sus ricas minas de oro y de sus costas á dos importantes mares, es patrimonio de Colombia el génio de sus hijos, manifestado brillantemente en el poeta, en el orador y en el guerrero.

¡Malditas revoluciones!... Para llegar á su ilustrada capital, Bogotá, hay que viajar tres ó cuatro dias en mula, como en los tiempos bíblicos, por penosos desriscaderos, después de otros diez de navegación á vapor por el Magdalena hasta Honda.

El pueblo colombiano es honrado por inclinación natural; tiene relevantes dotes.

Le falta solamente dejar un vicio, el de la embriaguez de sus motines y revueltas políticas.

Tiene un corazón de oro, y su cabeza se trastorna únicamente con la espumante copa de sus revoluciones.

Hay que estrellar esa nociva copa para siempre.

CAPÍTULO XIV

Venezuela

I

Siguiendo desde Barranquilla las costas hácia el Este en los vapores de cualquiera de las líneas que enlazan aquellos países, el primer punto que se encuentra es Puerto-Cabello.

Se nota una diversa fisonomía de ciudades. En las fortalezas y buques de guerra se observa la misma bandera amarilla, azul y roja, pues la diferencia de la venezolana á la colombiana consiste solamente en que esas tres listas horizontales son del mismo ancho, al paso que en la segunda es la lista superior, ó sea la amarilla, de más latitud que las otras dos, con más las estrellas de los departamentos nacionales que en la primera son también diversas, detalles estos que no todos distinguen á primera vista, de no estar anteriormente prevenidos.

Puerto-Cabello, con su mar siempre tanquilo como un lago, sus muelles de madera á los que atracan los vapores, su linda plaza-jardin á la entrada, sus

calles largas, rectas y limpias y sus reformas y construcciones, es una bonita ciudad.

Cuando esté unida por vía-férrea á Valencia, en el interior y la segundad ciuda de la república, se aumentará considerablemente su comercio é importancia.

Como á unas seis horas de vapor y siguiendo las costas de Venezuela se encuentra La Guaira, puerto el más comercial de aquella república y unido á la capital por vìa-férrea.

Su puerto es de lo peor.

Los vientos del Norte encrespan las olas furiosamente, haciendo zozobrar con frecuencia las lanchas de descarga. Hoy se construye una gran obra de cantería de forma angular, ó sea un tajamar que contrarreste el ímpetu de esas olas, á fin de que los buques puedan acercarse á la población y fondear ó atracar á su abrigo.

Es muy notable el génio y valor de los venezolanos en el mar. Multitud de pailebots y balandras favorecen el comercio y enlazan todos los pueblos de extensas costas, en aquellos mares tan agitados y peligrosos.

La Guaira es una ciudad pequeña y muy fea, y nunca podrá ser mucho mejor á causa de lo accidentado de su suelo. Enormes y escarpadas montañas rojizas, de vertientes casi verticales la ahogan por su espalda. El pensamiento se oprime y la imaginación se oscurece al contemplar aquella inmensa marejada de tierra y granito que parece echarse sobre la ciudad para sepultarla. No le queda á la vista otro horizonte libre que el del mar, de olas también tempestuosas,

pues éstas son generalmente mansas y suaves en las playas dilatadas, y al contrario en las costas escarpadas y altivas.

La vía-férrea que la une á la capital y á la que se vá en dos horas en trenes de mañana y tarde, ha costado un inmenso trabajo. La vía forma mil rodeos y vá siempre ascendiendo por inclinadas vertientes y precipicios. Es el progreso atravesando y venciendo una gran tempestad de montañas.

Se llega á la capital casi mareado, á una altura de 922 metros sobre el nivel del mar, donde se disfruta, por término medio, de una temperatura de 21 grados centígrados, y donde las montañas rodean la llanura formando una especie de golfo.

II

Caracas, es una bellísima ciudad, toda ella á la moderna y á los últimos adelantos, con unos setenta mil habitantes.

Sus calles rectas, largas, bién empedradas ó adoquinadas con anchas aceras á prensa hidráulica, muy limpias y bién alumbradas de noche, tiene una suave y graciosa inclinación próximamente de Norte á Sud. Se vén rotuladas y numeradas según la dirección que llevan á los diversos puntos del horizonte: Norte 1, 2, 3; Este 1, 2, etc.

Entre sus hermosas plazas sobresale la de Bolívar,

con la estátua ecuestre del gran libertador y lindos jardines; y entre sus paseos, el de Calvario en una colina próxima, con glorietas de rosales y otra multitud de flores, y desde el cual, á vista de pájaro, se observa la dilatada perspectiva de la ciudad con sus azoteas, tejados rojizos y verdura de sus huertas; así como también el paseo del Puente de Hierro sobre el pintoresco rio Guaire, que es al que más concurre la elegancia y la belleza femenil, muy abundante esta última en Caracas.

Encierra, además, lujosos edificios públicos y privados y magníficos templos modernos.

Las grandes reformas y belleza actual de Caracas se deben á Guzman Blanco, hoy la gran figura de Venezuela, el *Ilustre Americano*, el *Regenerador* etc., cuyas estátuas ecuestres en bronce se observan en los puntos más culminantes, y su nombre grabado en todos los mármoles y granitos de los monumentos.

Después de mil trastornos y revueltas políticas, ese hombre se impuso á las diversas y opuestas voluntades, proporcionando á su país tiempos de órden, de paz y de regularidad.

Los pueblos tratan de realizar soñados ideales de libertad y de reformas políticas, y agradecen después el que se les saque de su desbarajuste, colocándoles con mano severa y fuerte en otra situación más circunscrita, que la que ocasionó sus desaciertos y revoluciones.

La prensa respira allí muy poco el aire de la libertad. Las sombrías bóvedas que dejó en 1821 el des-

potismo español, se vén hoy más utilizadas que entonces.

Ese pueblo, arrepentido de sus anteriores extravíos, agradece la tranquilidad y el órden que se le proporciona, baja con humildad su frente ante el cerrado é impetuoso puño de su afortunado gobernante, y le erige, aún en vida, soberbias estátuas.

Guzman Blanco, más afortunado en esto que el mismo Napoléon el grande, ha logrado cobrar así un siglo anticipado á la Historia.

III

Guzman Blanco (1) es descendiente de una distinguida é histórica familia de Caracas. Su abuelo, de orígen español muy reciente, fué Teniente de Rey de aquella ciudad en 1816. Después de las derrotas del ejército integrista, especialmente de la de Boyacá, marchó á Puerto-Rico, desde donde envió á educarse á Madrid á su hijo Antonio Leocadio, el cual regresó á dicha isla en 1823 y luego á Venezuela. En 1827 casó éste con la ilustre dama caraqueña doña Carlota Blanco, después de haber desempeñado una honrosa comisión en Lima junto al libertador Bolívar, y haber sido á su regreso de ella nombrado oficial mayor de la Secretaría de Gobierno.

(1) *Los Ilustres*, por el general colombiano don Manuel Briceño.

El 28 de Febrero de 1829 nació en Caracas el actual don Antonio Guzman Blanco.

Recibióse de abogado en la universidad de aquella capital, y el primer destino público que desempeñó fué el de cónsul en Filadelfia y luego en Nueva-York.

En 1859 marchó á la isla danesa de San Thomas donde se mezcló en la revolución contra el gobierno que en el año anterior había derrocado el poder del general Monagas, principiando, pues, su carrera política á la edad de 30 años.

Relacionado en la expresada isla con el general revolucionario Falcón, desembarcó á sus órdenes en Barquisimeto, puerto de Venezuela, y fué nombrado coronel, secretario, auditor de guerra y director del periódico *El Eco del Ejército.*

Derrotado Falcón en el combate de Coplé, y nombrado presidente de la república don Manuel Felipe Tovar, aquél y Guzman Blanco marcharon á la capital de Colombia.

A consecuencia de las contínuas revueltas y sacudidas del país, dimitió Tovar en 1861, sucediéndole en el supremo cargo don Pedro Gual y luego el dictador general Paez.

Apoyado por Colombia, desembarcó nuevamente en Coro, de Venezuela, el general Falcón con su secretario aludido, el cual fué enviado á Caracas como delegado para ajustar paz, despues de varias peripecias desfavorables.

No habiendo quedado acordes, ganó en unión [illegible] los generales revolucionarios Salazar y M[illegible]

combates de Quebrada-Seca, de Agua-Blanca y de los Altos.

El 22 de Mayo de 1863 se celebró en Caracas un convenio entre Guzman Blanco y Rojas, secretarios respectivamente de los generales Falcon y Paez. Se reunió la asamblea en la Victoria, y fueron proclamados aquél presidente y su secretario vice-presidente.

Principia entonces la fortuna pecuniaria de Guzman con el empréstito en Lóndres de un millon y medio de libras esterlinas, de cuya cantidad le correspondió el 5 $_0/^0$ ó sean 75,000, y ha sido la base de su fortuna actual calculada en treinta millones de pesos.

A causa de haberse enfermado el general Falcon, quedó Guzman Blanco de presidente; y, curado aquél, fué éste nombrado ministro plenipotenciario en Lóndres y París.

Se efectuaron entonces los movimientos revolucionarios de los generales Rojas y Mendoza, que fueron sucesivamente sofocados, y luego el de los *Azules*. Falcon y Guzman se retiraron á Paris, destituído éste de su destino de ministro plenipotenciario.

Vuelto el general Monagas al poder dió una amnistía, á la cual se acogió Guzman Blanco regresando á Venezuela y publicando el periódico de los *Amarillos*, *La Union Liberal*. Sus esfuerzos fueron en vano, pues vencieron en las elecciones los Azules.

El 14 de Agosto de 1869 preparó en su casa un

espléndido baile, al que invitó á las más altas autoridades, al cuerpo diplomático y principales familias de la capital. La muchedumbre llenó la calle, prorrumpió en silbidos, apedreó la casa, y se hubiera apoderado de su persona, si Guzman Blanco no hubiese logrado ocultarse sigilosamente en la legación de los Estados-Unidos, desde donde pudo ganar el puerto de La Guaira y la isla de Curazao.

El 14 de Febrero de 1870 desembarcó nuevamente en Caramichate (Venezuela) y se unió á las fuerzas revolucionarias del general Colina, y vencidos en las calles de Caracas los Azules, asumió la dictadura.

Por espacio de dos años siguió aún la enconada lucha entre amarillos y azules, y, en la campaña del Apure, Guzman Blanco logró batir á orillas de dicho rio á los últimos, tomando la ciudad de San Fernando. El general Salazar que se levantó contra él fué fusilado en Tinaquillo, y la misma suerte alcanzó al general Machado, que fué vencido y muerto. El arzobispo de Caracas señor Guevara fué preso y desterrado por haberse negado á cantar el *Te-Deum.*

Después de la dictadura fué Guzman Blanco nombrado presidente constitucional. El congreso le decretó el título de *Ilustre Americano, Regenerador de Venezuela,* y acordó erigirle la primera estátua ecuestre, que es precisamente una de las varias que existen hoy, y en cuyo pedestal se lée esta dedicatoria: «Al Ilustre Americano, Regenerador de Venezuela, General Antonio Guzman Blanco, la gratitud nacional—1873».

Ese afortunado y enérgico hombre tuvo en sus manos las riendas del Gobierno desde el 27 de Abril de 1870 hasta Febrero de 1877, á cuyo período de siete años llaman los venezolanos «el septenio de Guzman Blanco».

Marchó éste á Paris, sucediéndole en el mando el general Alcántara, que amnistió á los desterrados, dió libertad á la prensa y murió repentinamente unos meses después en las calles de La Guaira, sucediéndole á su vez el general Gutierrez, y posteriormente Valera, durante cuyo mando en 1878, habiendo el Congreso constituyente decretado la destrucción de las estátuas de Guzman, el pueblo de Caracas se agrupó en la plaza del Capitolio para lanzarlas á tierra, como en efecto sucedió, implantándose en los respectivos sitios la bandera nacional que fué seguidamente saludada á cañonazos.

Antes de su marcha á Paris, en el mensaje de despedida, Guzman Blanco había dicho lo siguiente: «Desde aquella honda sima de humillación y vergüenza en que llegó á caer la patria, la he levantado á esta cumbre de grandeza y dignidad, cuyos sucesivos horizontes constituyen el infinito porvenir de felicidad, poderío y gloria de un pueblo predestinado,» palabras dignas de Oliverio Cromwel.

Pronuncióse en favor de Guzman Blanco el general Cedeño, y habiendo éste vencido al partido contrario volvió Guzman á Venezuela haciendo una entrada triunfal entre vivas y aclamaciones, colocándose nuevamente sus estátuas y asumiendo el mando supremo

como «Pacificador y Regenerador de Venezuela y Supremo Director de la Reivindicación». Se reformaron entonces las constituciones de 1864 y 1874, y la actual rige desde el 20 de Febrero de 1882, en cuya fecha volvió á ser *presidente constitucional.*

Sucesivamente, se levantaron contra él el general Urdaneta, en el referido año, con el vapor «Cántabro» que fué apresado en Colombia; y en Julio del pasado año de 1885, estando en la presidencia su *alter ego* Crespo y aquél de ministro plenipotenciario en Lóndres lo efectuó también el general Pulgar con el vapor «Justicia,» que fué devuelto por las autoridades de Santo Domingo.

De la anterior biografía, puede deducirse la talla de Guzman Blanco.

Es, verdaderamente, un hombre extraordinario, y si le ocurriese cambiar la forma de gobierno creando un imperio parecido á su vecino del Brasil, de seguro que nadie sería capaz de realizar como él tan difícil obra.

Segun los últimos telegramas de la prensa, Guzman Blanco será conducido de Europa á Venezuela en la corbeta de la marina de guerra española «Infanta Isabel,» para hacerse nuevamente cargo de la presidencia de aquella república.

IV

Tal es Guzman Blanco, el actual presidente de Venezuela, el Ilustre Americano, el Pacificador, Regenerador y Reivindicador, cuya fotografía se vé en aquella república en todas partes, desde el salón más aristocrático hasta la mansión más humilde, siempre vestido de militar, con sus facciones correctas, ojos pequeños, pero de mírada inteligente y penetradora, frente espaciosa, cabeza calva, barba cana y continente severo y majestuoso.

El forastero que llega á Venezuela por su principal y más concurrido puerto de La Guaira descubre ante todo y para primera impresión, sobre céspedes recortados á tijera, entre algunos espesillos de adonis de ramilletes morados y suave perfume, á la sombra de algunas palmeras, en la plaza-jardin próxima á los muelles, una estátua ecuestre en bronce sobre un pedestal adornado de medallones y altos relieves.

El ginete, en una posición bastante violenta, saluda con su sombrero de pico en la derecha y refrena con su izquierda el caballo, miéntras que éste todo contraido, hinchadas sus venas y muy pronunciados sus músculos, se yergue fogosamente sobre la limitada peana.

Como si el pedestal fuera de fuego, parece que el caballo se quema en él, y se retuerce y hace tan violentas y contraidas contorsiones para brincar y escapar de allí, lanzando á tierra al que tanto le refrena y contraría en su natural libertad.

CAPÍTULO XV

Colonias europeas

I

Cerca de las costas de Venezuela se encuentra la pequeña isla de Curazao, de los holandeses.

La ciudad, á la cual se entra por una especie de canal, en cuya boca hay dos fortalezas, es de una bella perspectiva con las suaves inclinaciones de sus montes vestidos de yerba, sus bien pintadas casas de tres y cuatro pisos con teja negra ó rojiza y sus rectas calles, por algunas de las cuales entra el mar de las Antillas con todo su azul, su suavidad y sus brisas.

Esta última circunstancia le dá más animación por las numerosas lanchas y vaporcitos que cruzan continuamente de una acera á otra, de un muelle á otro muelle.

Los vapores de las líneas norte-americanas y europeas hacen escala allí, atracan á malecones interiores de ese canal y quedan, por decirlo así, abrigados dentro del mismo seno de la ciudad.

Todo es en ella órden, regularidad, limpieza (la

proverbial de los holandeses), y en los cristales de sus edificios pintados de amarillo, azul ó blanco se reflejan los fulgores de la tarde y las trasparencias del mar.

Relativamente á su pequeñez, hace un gran comercio con las repúblicás próximas de Venezuela y Colombia por numerosas goletas á vela, además de los vapores que la enlazan á los mismos puntos en virtud de las líneas antedichas.

La isla es muy seca, apénas tendrá algun pobre manantial hácia el interior, y la ciudad se surte del agua de sus algibes.

El níspero de los trópicos americanos, muy diferente del de Europa, de elevados y espesos ramajes y fruto de semillas negras y lustrosas y pulpa blanda y dulce como la crema, es el árbol más abundante y que con más esmero se cultiva; entre sus exhuberantes ramas aparecen con gran profusión los célebres nísperos de Curazao, los mejores de América, correctamente esféricos, y cuya película oscura se parece al color de la patata. Pero.... ¡qué diferencia á las de Parmentier!

La mayor parte de los rótulos de sus establecimientos comerciales están en lengua española y pertenecen á la multitud de venezolanos y colombianos que las revoluciones de sus respectivos países arrojan á aquel precioso asilo, á aquel pulcro, apacible y feliz nido holandés, donde al mismo tiempo pueden consolarse del destierro por hallarse frente á las puertas de la suspirada patria.

En cambio, los hijos del país que todos son emprendedores, laboriosos, muy ilustrados y poseedores de tres ó cuatro idiomas, por efecto de la pequeñez y de lo improductivo del suelo, se vén en la necesidad de emigrar á las repúblicas vecinas

II

Si se toma la dirección del noroeste hácia las grandes Antillas se encontrará Jamaica, quitada á los españoles por los ingleses en el siglo XVII, durante el mando del célebre Protector.

Es otra isla pobre, donde, á pesar del órden invariable y de la sábia administracion colonial de Inglaterra, no encuentran sus hijos lo bastante para la satisfacción de sus necesidades y justas aspiraciones.

La raza etiópica es allí muy numerosa, á razón, lo ménos, de diez negros por cada blanco, y hoy, con motivo de las grandes obras del canal de Panamá, acuden á Colón y demás puntos de la línea en grandes masas á convertirse allí, nó en *carne de cañón*, pero sí en cebo de la civilizacion moderna.

Kingston, con buena bahía y unos 16 mil habitantes, es la primera ciudad.

Las calles son largas y rectas, muy empolvadas por tener su piso simplemente de tierra sin empedrar ó adoquinar, y sus casas de un solo piso y de tablas, tanto en sus paredes como en su techo. Sus exten-

sas y numerosas huertas, cuyo cerco forma línea con las casas, aumentan la largura de las calles y les dán sombra en algunas partes con sus palmeras.

Lo principal de la ciudad, donde estaban las mejores casas, se incendió no há mucho tiempo, y aún se observan hoy sus extensas ruinas.

Todos los empleados de policía son negros, de talla escogida y bien uniformados, y, como la raza etiópica es tan numerosa, segun se ha dicho, ese personal escogido de ella misma se atraerá en todo caso la odiosidad por la represión de los desmanes y embriagueces en aquella tierra del célebre rón, quitándola en cambio, de las individualidades europeas dominantes.

Los establecimientos comerciales se cierran desde el oscurecer, y sus dueños, los ingleses, se retiran á hermosas quintas de las afueras, quedando la población casi solitaria y sin más animación que la que produce la afluencia de gentes á los templos protestantes.

III

Después, y á la entrada del golfo de Méjico, se encuentra la señora de todas las islas de América, la opulenta Cuba, último eslabón de la dominación española.

Antes del 10 de Octubre de 1868 en cuyo dia se dió el grito de Yara, de revolución é independencia, hubiera sido muy difícil hallar en el mundo otro país tan rico, tan próspero y tan feliz.

Sobre esa isla de 270 leguas de largo y más de millon y medio de habitantes la mano de Dios se abrió pródigamente para derramar toda clase de bienes, riqueza, belleza, felicidad; inmensos y casi impenetrables bosques, extensas llanuras, elevadas montañas con el pico Turquino de 2374 metros sobre el nivel del mar, hermosos rios como el Cáuto de 60 leguas de curso, magníficos puertos y bahías, como la de Nipe, una de las mayores del mundo, todo ese brillante conjunto de detalles uniéndose á su posición geográfica, en el centro de la América, hacen de esa isla un pais admirablemente privilegiado.

Sus lindas y populosas ciudades como la Habana, Matanzas, Santiago, Cienfuegos, etc., unidas en su mayor parte por vía férrea y enlazadas con líneas de vapores, forman contraste junto á sus numerosos caseríos y poblados de *yaguas*, que entre grupos de esbel-

tas palmeras dibujan sus risueños perfiles sobre horízontes de nácar y záfiro.

Ese era el país del oro, de la abundancia prodigiosa, de las grandes libertades, de la felicidad contínua, del rico café, del suave y fragante tabaco, de las lindísimas mujeres, del baile, de la música, de la poesía y de las sonrisas; esa era la tierra admirable de la hospitalidad más verdadera y eficaz.

Quizá no se encuentre en toda la redondéz del globo un hombre más desprendido, más generoso ni más servicial que el cubano. Su mismo carácter, costumbres pacíficas y relevante sociabilidad hacía de aquel excepcional país una íntima y envidiable república á la dilatada sombra de la secular monarquía española.

Todo era allí paz, libertad, riqueza, dicha, naturaleza sonriente y horizontes espléndidos. Después... el cambio ha sido muy notorio.

El ejemplo de las otras repúblicas, en las que se necesitará el progreso de muchos años para poder disfrutar de las ventajas y felicidad que Cuba atesoraba entonces, y el mismo ejemplo también que la Metrópoli dió echando á tierra el trono de doña Isabel II, impulsó aquel grito subversivo, que ha producido una sangrienta y devastadora guerra de once años.

¡Cuántos crímenes se han cometido por una y otra parte en aquellos campos otras veces tan apacibles y risueños!

En las inmediaciones del pueblo de Alto-Songo, en

el departamento oriental de la isla, existía una vereda llamada del *Guayabar*, sitio sangriento, oscuro y terrorífico. Allí, en aquel solitario paraje y durante la noche, el brigadier integrista Ayuso, ó Abuso, hacía machetear clandestinamente numerosas personas por falsas denuncias, simples sospechas ó verdaderas connivencias con los separatistas. Su célebre guerrilla, nombrada de *Portales* y destinada principalmente para tal servicio, sacó del hogar doméstico muchos padres de familia que nadie volvió á ver más. En los meses de Noviembre y Diciembre de 1879 habian sido ejecutados en esa forma 101 individuos.

En cambio, aconteció por aquella fecha, siendo el autor de estas líneas oficial de la 1.ª compañía del batallón cazadores de San Quintin número 11, que una partida insurrecta aprisionara varios soldados acemileros del ejército en virtud de una sorpresa, y, habiendo salido una columna á perseguirla, fuimos encontrando en las veredas del bosque, por donde dicha partida se batía en retirada, los cadáveres de aquellos infelices completamente desnudos, inhumanamente macheteados y con los órganos genitales cortados y puestos en la boca.

¡Qué sangrienta y satírica profanación!

En aquellos inmensos y lujosos bosques, á través de cuyos espesos ramajes rara vez se vé el cielo, se han cometido muchas atrocidades por una y otra parte, y muchos rasgos de heroismo también, que han quedado ocultos en aquellas mismas verdosas sombras.

Cuba atraviesa hoy una situación precaria; muchas

familias están en la miseria, multitud de cubanos llena las islas y repúblicas vecinas, donde presenciando tal vez más desórdenes y despotismo que el que les aleja de su bella patria, se vén en la necesidad de procurarse trabajosamente el pan.

Ni en 1868, ni hoy mismo, hubiera sido ó sería Cuba feliz constituida en república al estilo de sus vecinas, y especialmente con su medio millón de negros, muchos de los cuales han figurado en la pretendida independencia.

Algún dia lo será, pasando los años, cuando el progreso político del Nuevo Mundo estreche los diversos eslabones de su cadena, cuando los horizontes reflejen por completo la fraternidad universal.

IV

La otra gran Antilla española, la de Puerto Rico, ha estado siempre en paz.

Un poco ménos fértil que la anterior, tiene 80 habitantes por kilómetro cuadrado, de manera que sígue en población á Bélgica, á Holanda, á Inglaterra y á Italia, y en 9.314 kilómetros cuadrados de superficie habitan cerca de 800.000 almas.

Tiene lindas poblaciones como San Juan, Aguadilla, Mayagüez y Ponce, y su territorio está admirablete cultivado.

A pesar de los crecidos impuestos que sobre esa isla

gravitan, no obstante la gran crísis que hoy aqueja á la mayor parte de los países y de la considerable rebaja en el precio de sus azúcares, uno de sus principales productos, está muy lejos de presentar la mezquina y comprometida situación financiera de muchos otros territorios.

Algunos de sus hijos han emigrado á las repúblicas vecinas, y apénas han notado la gran diferencia de prosperidad, paz, recursos y porvenir, sin siquiera establecerse en ellas han regresado apresuradamente al país que dejaban, considerándolo como un paraiso.

V

Muy cerca de la anterior está la pequeña isla de San Thomas, en la que ondea la bandera roja con cruz blanca, de los dinamarqueses.

Difícilmente se encontrará una perspectiva más encantadora que la que su ciudad ofrece desde la bahía.

Sus graciosas y bien pintadas casas, muchas de dos y tres pisos, con sus techos rojos y sus inmensas huertas y artísticos jardines, se elevan y asientan sobre tres colinas vestidas de yerba y arbustos formando toda la poblabión, con la mayor regularidad, tres triángulos equiláteros.

A cierta distancia, parece una ciudad formada por

tres *bouquets* de flores silvestres, entre las que predominasen las margaritas y las amapolas.

Su temperamento es sano, relativamente á los de los países próximos; carece de arroyos ó manantiales, y la ciudad se provée del agua de los cielos recogida en sus algibes.

La honradez y buen trato de sus habitantes son cualides muy notorias; reina en todo el mayor órden, limpieza y regularidad, y el robo es quizá el delito más perseguido y castigado.

Hasta hace poco, por su circunstancia de ser puerto franco, San Thomas era el depósito de las manufacturas y productos europeos y surtía á todas las repúblicas y colonias de aquella parte de la América; pero hoy, en relaciones directas con Europa y los Estados-Unidos todos esos países, la linda y graciosa isla, falta, por otra parte de toda vida propia pues no produce ni aún nísperos como Curazao, marcha con pasos fatales hácia una triste decadencia.

Sus hijos emigran en considerable número á Puerto-Rico y á Panamá.

San Thomas conserva aún, sin embargo, un gran movimiento de vapores de todas las líneas y allí hay que tomar la norte-americana para trasladarse al Brasil y repúblicas del Plata.

VI

Con condiciones ventajosas de territorio y clima, y con órden, regularidad, paz y trabajo, ya sean repúblicas, ya colonias europeas, los países del Nuevo-Mundo prosperan rápidamente.

El lujo de su exhuberante vegetacion se reflejará en su ilimitada democracia, y así como las gallardas palmeras mecen suavemente su copa entre las brisas de los cielos, la prosperidad y la dicha incomparables de sus poblaciones sonreirán admirablemente en la calma.

CAPÍTULO XVI

El «Advance»

I

Se oye un cañonazo en la bahía de San Thomas, señal muy frecuente en tantos vapores de entrada y salida. Es el vapor norte-americano «Advance», de la línea de New-York á Rio-Janeiro, única que puede hoy tomarse, desde aquellos puntos, para dirigirse á las repúblicas del Plata.

Su casco está pintado de negro desde la línea de flotación, su aparejo es de bergantin-goleta sin bauprés, su línea de proa casi vertical, y muestra á ambos costados numerosas ventanas con tragaluces circulares para cerrarlas cuando el mar se observe enfurecido, ó para dar paso á la luz y al aire, levantando las grandes hojas cuadrangulares, cuando aquél esté, por el contrario, en profunda calma.

Es una especie de casa flotante de dos ó tres pisos, con multitud de ventanas al estilo de los edificios de New-York, donde más bien se busca la comodidad, la ventilación y la luz, que la belleza arquitectónica.

La actividad de los que lo tripulan es prodigiosa; parece que no se obedece en él á otra consigna, ni predomina otro pensamiento, que considerar al tiempo como dinero.

En ninguna parte se espera por nada ni por nadie; aunque haya entrado el último en un puerto, sale el primero; su abundante carga, consistente en manufacturas y productos de la gran república, se traslada á tierra á toda prisa, trabajando de dia á la luz del sol, ó de noche con el auxilio de linternas, y duplicando ó triplicando el número de peones si necesario fuese.

Los norte-americanos no conocen esa postura del hombre llamada de *brazos cruzados.*

El servicio de timón, con algunos otros anexos de disparar el cañón de aviso, hacer guardia de escala en los puertos etc., está confiado á jóvenes marinos, perfectamente uniformados, que así comienzan su práctica en el mar.

No hay un momento de ociosidad abordo; en los raros casos en que la marinería no trabaja, se la observa leyendo libros y periódicos.

II

Hay que aprovechar ese hermoso vapor para trasladarse á las repúblicas del Plata.

Es preciso huir de aquellos otros países americanos, donde, además de las prolongadas y frecuentes revueltas políticas que inutilizan toda actividad laboriosa, el cálido clima, las numerosas enfermedades de todo género, las súbitas y pertinaces fiebres, una temperatura de 28 grados Reaumur á la sombra, la transpiración contínua y demás detalles, que si no matan al europeo de pronto, aun ya aclimatado y con apariencias de sólida salud, gastan insensiblemente su naturaleza y su vida, como se deslíe el jabon en el agua.

El tiempo está apacible. Sobre las azuladas ondas del mar huyen los peces voladores, que forman; al caer nuevamente sobre la superficie, pequeños círculos de espuma. La bóveda celeste parece levantarse á mayor altura sobre los topes, para dejar una mayor inmensidad de espacio á la imaginación y á los órganos respiratorios.

El «Advance» corta el ligeramente estriado cristal de las aguas dejando á babor y estribor blancos y delicados tules, mientras que por su popa y hélice, en dilatada estela, señala el rastro ó huella de sus rápidos pasos.

El sol baña pródigamente su cubierta, en la que se

percibe el olor del siempre renovado aceite de la máquina, del carbón de piedra, y de los guisos y platos que se condimentan en las cocinas, y calienta las planchas de hierro, barandas de cuerdas entrelazadas y anudadas y brea de los cabos y aparejos.

Los pasajeros, distribuidos en grupos de amistades anteriores ó de simpatías formadas abordo, sentados en cómodos sillones de regilla à la sombra del toldo y de las paredes de las cámaras, fuman y conversan alegremente.

Se pasan algunas pintorescas islas como las francesas de Guadalupe y Martinica y la inglesa de Barbada, de notable población y ricos cultivos, y se dirige la proa luego á la desembocadura del gigantesco Amazonas y, un poco más abajo, á la bella ciudad de Pará, dei gran imperio del Brasil.

III

En uno de aquellos grupos de viajeros se sostiene la siguiente animada conversación:

—Roma fué eminentemente socialista, y ese elemento combinado con el individualismo de los Germanos ha dado un gran impulso á las sociedades modernas. Hoy, no obstante, se nota cierta acentuación de aquel principio, que se manifiesta en hechos aislados y prácticos, pero de suma trascendencia. Hasta hace poco, los pueblos verificaban una san-

grienta revolución para echar abajo un tirano ó cambiar un órden de cosas; hoy, los *nihilistas*, los *fenianos* y todos los socialistas en general proceden con más cordura y sensatez: se sacrifica á una individualidad determinada y se salva á la sociedad.

Antes, para quitar de en medio á Cárlos 1.° de Inglaterra y á Luis XVI de Francia se sacrificaban, de una y otra parte, miles de víctimas; hoy se quita ese otro estorbo, Alejandro II de Rusia, por ejemplo, salvando á todo un pueblo. Se repite la misma operación con su sucesor á la corona, y llegarán, con tal sistema, á hacerse poco apetecibles los tan ambicionados mandos supremos.

Hasta en la gran república, modelo de tranquilidad y de progreso, mueren un Lincoln y un Garsfield.

Los abogados defensores sostienen después que los asesinos estaban locos, y se estudia con gran interés el cráneo y cerebro de Guitéau.

—¿Y créeis, repuso otro, que ese medio socialista sea el mejor para conseguir el fin político que se desea?

—Naturalmente, en todos los casos, y tratándose de una cuestión como la presente, el estorbo principal, está en un hombre, llámese tirano ó cacique, y, quitándolo de en medio, se evita el fracaso que puede atraer una revolución, la pérdida siempre del crédito nacional y de la buena fama del país, las miles de víctimas de una y otra parte, las lágrimas y luto de las familias, la paralización del trabajo y un gran

gasto de dinero. Es asunto á lo Bentham, puramente utilitario.

—En tal caso, señor mío, nos vendremos á salir con la máxima de Maquiavelo, de que el fin justifica los medios. ¿Podrá ningun corazón honrado admitir un progreso, si así pudiera ser, manchado con un asesinato?

—Esos son, amigo mio, escrúpulos de monja. Y diga usted, ¿prefiere usted entonces el gran desbarajuste de una revolución, que tantos trastornos ocasiona por ambas partes, y que si llega á fracasar, como casi siempre sucede, la opresión y los males serán más fuertes?

—*Ni l' un ni l' autre, mon cher*: yo amo el progreso tranquilo y pacífico de las ideas, las naturales evoluciones del espíritu humano hacia el perfeccionamiento, la silenciosa luz eléctrica dentro de cristalino fanal, en lugar de la rojiza y asquerosa llama incendiaria del hacha de tea, la convicción y el derecho, no la fuerza bruta. Las situaciones políticas nocivas y detestables caen al fin por sí mismas. Hay un tribunal superior, en todas partes, ante el cual se ventila pacificamente tan capital cuestión, la opinión pública, la cual dá al fin su poderoso é irrevocable fallo. La sangre de la civilización universal palpita además, no solamente en las grandes arterias y laberintos de venas, sinó también en los más diminutos é insignificantes vasos capilares. Y las naciones del Nuevo-Mundo son las que menos razones tienen para proceder de una manera tan brusca é impolítica,

puesto que, constituidos sus países democrática y republicanamente, tienen la forma de gobierno más avanzada y la duración de los supremos mandos no es vitalicia ni hereditaria. Contemplemos estos otros horizontes de la feliz América, sus vivos fulgores, sus blancas y encantadoras pinceladas, sus mismas nubes que bañadas y absorbidas, por decirlo así, en la claridad general, sirven, más bién que para oscurecer, para variar y embellecer la salida del sol. Si en nuestro fatigoso camino nos ofusca la vista algun sombrío monte, sigamos tranquila y lentamente, sin forzar ni fatigar nuestros órganos respiratorios, y un poco más tarde, podremos en su cima contemplar las serenas y azuladas lontananzas.

—Apoyado, dijo otro de los viajeros, y hago al mismo tiempo moción para que este cambio de ideas y el triunfo en el porvenir de los principios de cordura y sensatez se solemnicen con algunas botellas. . . .

—De *ginger ale.*

—De cerveza.

—¡Fuera el *ginger ale,* que con su pimienta quema los lábios!

—¡Viva la cerveza, de tranquila espuma; suave, pacífica é inofensiva!

—¡Eh, camarero!

—¡Cama. . . . re. . . . ro ! . . .

Después, aquel alegre grupo de pasajeros de tan diversas procedencias, de tan distintas aspiraciones y de destinos tan diferentes también, cantaba á media voz la escena amatoria del 1.er acto de Lucrecia Borgia,

uniendo aquellos dulces sonidos, á la dulzura del mar, de la brisa y de los horizontes.

IV

El «Advance» llega, con un tiempo inmejorable, á las verdes aguas del Amazonas, á la adelantada y próspera ciudad de Pará, á la pintoresca Maranhao, á Pernambuco, gran emporio de comercio y primer punto de escala de las líneas europeas, á la bella y populosa ciudad de Bahía y á la asombrosa Rio de Janeiro, capital del coloso imperio del Brasil.

Allí está la gran excepción del Nuevo-Mundo en una inmensidad de fertilísimos territorios; allí existe todo un imperio, testas coronadas, títulos de nobleza, privilegios de sangre, etc., entre la ilimitada democracia americana y entre el gran bosque de repúblicas. Y, sin embargo, se observa un indiscutible progreso debido á su paz inquebrantable, á su órden y regularidad.

Tal vez reserve el porvenir á tan gigantesco imperio una disgregación en repúblicas.

¿Quién sabe, si en tiempos no lejanos, el gran imperio, la única y exclusiva excepción, formará un conjunto republicano armónico, entrando en la corriente general de los pueblos americanos con el nombre de *Estados-Unidos del Brasil*?

CAPÍTULO XVII

Otra revolución

I

Nos vemos nuevamente pisando las calles de la bella ciudad de Montevideo.

Cierta tristeza, algo de una melancolía indefinible invade nuestro corazón.

Se observan muchas familias de luto.

El lindo y sonriente semblante de esta joya del Plata se nota con la palidez de la anemia, ó con la extenuación que pudiera producir una hemorragia.

Es que también se ha verificado en la codiciada república una revolución.

¿Nos persiguirá la negra fatalidad de las revoluciones por donde quiera que dirijamos nuestros pasos?

Revolución en Colombia, la del general Gaitan; revolución en Venezuela poco después, la del general Pulgar; revolución últimamente en el Uruguay, la del general Arredondo.

¿Será que la vieja madre, aquella potente é ilustre dama que está al otro lado de las olas, echára desde

su lecho de postración á sus lindas hijas de la América latina la maldición de las revoluciones?

II

Cuatro partidos políticos existen en la república Oriental; el ultramontano ó clerical, el *blanco*, el *principista* y el *colorado*, que está en el poder, los cuales forman una figura geométrica, un trapecio, por ejemplo, en el que los lados paralelos son los dos primeros, ó sea el ultramontano y el *blanco*.

En la revolución de referencia se han coligado los tres contra el último.

Preparado el movimiento en la Argentina, que es, como si dijéramos, tratándose de las otras repúblicas del centro, en Curazao, Jamaica ó San Thomas, unos dos mil hombres al mando del general mencionado penetraron en el territorio oriental por la parte Norte á fines de Marzo último, siendo derrotados, poco después, por las tropas de línea en el sitio llamado el Quebracho.

En esa batalla combatieron la Iglesia, la Aristocracia y la Ciencia contra el valiente y bien disciplinado ejército oriental.

Felizmente, todo terminó en poco tiempo.

Hay que admirar la relevante cultura de este país.

Es el único consuelo que puede quedar después de esos violentos medios que rechazan la filosofía y el progreso actual.

Por ambas partes ha habido la mayor caballerosidad; amnistías y perdones, nada de crueldades y ensañamientos.

El mismo general en Jefe, Capitan General Santos, recomendaba al general Tajes del ejército de operaciones, antes del combate, la economía de sangre, y después el perdón de toda aquella juventud revolucionaria, esperanza y porvenir de la patria, y que el grito de «soy oriental,» fuera el mejor santo y seña para el perdón de la vida y para hacerle acreedor á todo género de consideraciones.

No ha habido, pues, bóvedas, prisiones, decretos sanguinarios, destierros ni confiscaciones de bienes, y sí, en cambio, un generoso decreto de amnistía absoluta.

En una sola acción de guerra se ha decidido noblemente el destino de los unos ó de los otros. Se ha evitado á la patria el extrago, el descrédito y la ruina de las revoluciones interminables.

En España, por ejemplo, su también muy disciplinado y valiente ejército puede temer más un cura Santa-Cruz, un Maceo ó un Agüero, que generales tan brillantes como un Prim y un O'Donnell, cuando se hubieran sublevado.

Contra esa guerra de *partidas*, en terreno propicio, sin aceptar batallas formales y sin tener otro norte que el saqueo, los golpes de sorpresa y las rápidas retiradas, se estrellan el valor, la táctica y todos los recursos del arte militar.

De ahí lo oscuro y prolongado de esas guerras,

cáncer de una nación, que hacen recordar con disgusto sitios como las Amezcoas, Despeñaperros y bosques de Cuba.

III

Ha quedado, pues, muy pronto en su tranquilidad ordinaria Montevideo, esa dulce y linda yema de un huevo de paloma, que, incubado al calor de la civilizacion del Viejo-Mundo y roto que sea su cascarón, dará á luz, en una tíbia y sonriente primavera, un progreso, por decirlo así, de plumas de cisne.

Pocas ciudades habrá en la tierra, relativamente, tan bonitas y encantadoras como Montevideo. Es la llave de oro del rio de la Plata.

«C'est lá, sur des berges élevées, que s'est bâtie la ville récente de Montevideo.—Son plan, quadrillé par les alígnements géomètriques des rues et des places, la fait ressembler á une cité yankee».

Las suaves ondulaciones del terreno la atraen un encanto indefinible. Presenta las atractivas formas de un seno de doncella.

Sus largas y correctas calles se abren en su mayor parte, con delicadas pendientes, al azul del Plata, mientras que por otro se muestra el campo con las bellísimas quintas de sus afueras, sus caprichosos grupos de árboles, sus céspedes y sus flores.

Los *eucaliptus globulus* y los *giganteum,* formando largas calles, muestran á la vista las blancas estrellas de su florecencia y perfuman el aire con el púdico

aroma del alcanfor al lado de los naranjos de dorados frutos, entre cercas de pita de espinas aceradas y elevado tallo y las prolongadas franjas del aloes de espiga color lacre.

Lo grande y lo pequeño, el árbol y el césped, la inmensidad y la molécula, el profundo cielo azul y el mismo palmo de tierra que se pisa, todo es bello, sonriente, encantador.

Junto á bosquecillos de rosales de Alejandría, de *malmaisón*, de *té*, de Santa Elena y de Borbón y del odorífero y estrellado jazmin de Arabia y el del Cabo, que se vén á través de doradas vallas, se presentan las silvestres margaritas, el rústico cardo y la amarga coloquíntida. Con sus humildes flores, que es, como si dijéramos, su moneda de calderilla, contribuyen esas plantas á la suscrición y gasto general de vegetación tan lujosa.

Desde las afueras, y por cualquiera de las numerosas líneas de tranvías que cruzan la ciudad, se observa el ligeramente arqueado piso de sus calles y los simétricos cuarteles del caserío que, en plano topográfico, servirían para jugar al ajedrez.

Situada la ciudad sobre una lengua de tierra, su orilla se dilata hácia el interior de la bahía en una gran curva hasta enlazarse con la colina y pueblecito del Cerro, que está enfrente.

Desde esta última altura presenta, á través de los miles de vapores y buques de vela que frecuentan su bahía, la vista más risueña y deliciosa.

Sobre horizontes de azul y tules parece se recuesta

lujuriosamente esa bella sultana oriental, con los perfiles de sus torres, bellos edificios, miradores y huertas, y, desde tal altura, las ondulaciones del campo de sus afueras se hacen menos perceptibles, se deshacen casi en extensa llanura, como el oleaje del mar que parece algún tanto agitado desde la pequeña lancha, y casi en calma ya en lo alto de un vapor.

¡Cuánta belleza y cuánta gracia!

Entre las otras ciudades americanas, podría decirse que es Montevidéo un delicado y transparente caramelo de rosa.

Para el viajero que llega de Europa, los pliegues de la costa se desenvuelven suavemente, y aquel se encanta, desde léjos, con la blanca perspectiva de la ciudad. La primera vez que la vimos nos produjo el efecto de esas pastillas de jabon de las perfumerías de Paris, las cuales pueden contemplarse realmente, después de la entretenida operación de separar los papeles de encajes y lindas etiquetas en que están envueltas.

Montevideo es una ciudad completamente nueva y á la moderna, cruzada en sus blancas azoteas por numerosos alambres de telégrafos y teléfonos, con filas de árboles en sus anchas calles, alumbrada á luz eléctrica y con unos 150 mil habitantes.

Por su espléndida calle «18 de Julio» y dilatada plaza Independencia pasean sus robustas, esbeltas y elegantes mujeres, las más bellas de la América meridional, especialmente las que proceden de mezcla italiana y del país, y susceptibles de desarrollar en su seno una

generación sana y fuerte, al estilo de aquel tipo esencialmente práctico y útil de que habló Napoleon el grande á la célebre escritora Madame Stäel.

En belleza y atractivos, solamente las Cubanas y Peruanas, podrían disputarlas la primacía.

Es una ciudad eminentemente cosmopolita, de aspecto yankee por la regularidad de sus calles y colorido de los edificios, y en la cual circula la sangre europea, con exclusión de cualquiera otra.

IV

La república Oriental del Uruguay, con sus 7,400 leguas cuadradas de fertilísimo territorio, abundantes minas y envidiable clima va alcanzando un alto grado de prosperidad y de progreso.

Desempeña un gran papel en el movimiento político de esta parte del Nuevo-Mundo, el servir de equilibrio y lazo de conciliación entre dos colosos, la Argentina y el Brasil; por lo cual, lejos de abatirla ó pretender absorberla, sería lo más diplomático, á nuestro humilde juicio, el robustecerla y afianzarla, cosa de mútuo interés para las dos expresadas naciones, las cuales son de suyo demasiado extensas en territorio.

Las tres repúblicas hermanas de la parte de acá de los Andes, la Argentina, Paraguay y Uruguay realizarán mejor los fines de su política existiendo *distin-*

tas y armonizadas entre si por principios comunes, como diría Ahrens.

La unión hace la fuerza, la prosperidad y el progreso.

CAPITULO XVIII

La Argentina

I

Llegamos ya algun tanto desilusionados al término de nuestro análisis, después de haber recorrido el Nuevo-Mundo desde New-York hasta este otro extremo geográfico, fijándonos en aquellos países y puntos que convenian é interesaban á nuestro propósito.

Tenemos, por decirlo así, el punto final, preconcebido para este humilde trabajo, en la pequeña cantidad de tinta que acaba de recoger nuestra pluma, y que no producirá una mancha ó un borrón, por mal escritas que resulten estas líneas, en consideración á ocuparnos de una república como la Argentina de tan brillante progreso.

Encontrándonos en el hotel «Gibraltar», *rue San Hyacinthe*, de Paris, y poco después en el del Recreo, *firstin street*, de New-York, tuvimos ocasión de oir hablar, con el mayor calor y entusiasmo, á personas

ilustradas y competentes, de los progresos de Buenos Aires y de esa república del Plata.

Sucesivamente, en las diversas ciudades y sitios que hemos recorrido, en hoteles, vapores, trenes, etc., cada vez que se ha suscitado la cuestión del progreso de las repúblicas americanas y se ha hecho alusión á la Argentina todos la han prodigado con extremo sobresalientes elogios.

Nos decía cierta vez un ilustrado doctor de Colombia:

—Nunca he estado en ese país. Lo conozco solamente por la geografía y por referencias; pero sí puedo asegurar, que jamás he oido decir, á toda persona que haya estado en él, nada contrario ni desfavorable.

Tales citas y detalles, que podrían parecer de interés escaso á primera vista y en la forma, significan en su fondo la conciencia y común sentir de la mayoría, la opinión pública universal.

En los hoteles de las ciudades que se recorren, en los periódicos de diversas nacionalidades que se leen, en los vapores que enlazan opuestos y lejanos países, es donde, verdaderamente, se verifica el choque eléctrico de las ideas, por las distintas procedencias de los hombres, por su diversidad de caractéres, y, sobre todo, por su práctico modo de conocer las cosas.

II

Hace dos años en mayo de 1884, pudimos también notar personalmente ese progreso de Buenos Aires, hoy asombro de todos, dentro de nuestro más humilde é inferior criterio.

Paseamos por sus rectas é interminables calles, en las que se notan soberbios edificios, por la de Rivadavia, San Martin, Florida, «25 de Mayo», etc., inundadas por las corrientes de su torrente circulatorio de 400.000 habitantes; contemplamos sus espaciosas é imponentes plazas espléndidamente alumbradas durante la noche, como la de la Victoria, de la Concepción, de Monserrat, del «General Lavalle»; y nos recreamos en sus lindos paseos de la calzada de Alvear, de la Recoleta y de Palermo.

Tomando el pulso á toda esa gran nación en su floreciente capital, podría deducirse que existe una fiebre de progreso lo ménos de 60 grados.

Buenos Aires, con su gran riqueza, con su prodigioso comercio, con su notable movimiento intelectual de Universidad, colegios, escuelas, ateneos, teatros, cafés, periódicos y demás ilustradas publicaciones, es el colmo del asombro.

III

La multitud de vapores que la enlazan con las más civilizadas naciones de Europa, conducen á ella gruesas corrientes de emigración.

En cada vapor llegan frecuentemente más de mil personas de todas condiciones y sexos, familias completas, villas, aldeas, barrios, caseríos en masa, que se desprenden de la vieja Europa en virtud de una especie de reproducción gemmípara ó scissípara, para agregarse ó asimilarse á la jóven república.

El hombre, impulsado por nobles aspiraciones y soñados porvenires, dirige la vista en torno de sí, en el país donde la casualidad ó el destino le hizo nacer; nota un círculo de hierro que le oprime, lo infecundo de su trabajo, lo pobre de su cabaña, la escuálida vejetación del árbol que le da sombra, su cielo sombreado por compactos *cúmulus* y *nimbus*, y abre entonces sus cansados ojos hácia esos otros horizontes que están al otro lado de los mares, en la vírgen América, anacarados por una preciosa claridad de crepúsculos y soles de felicidad.

Se rompe con la pátria natural, achacosa, escuálida y miserable, y se busca otra, jóven, bella, rica y floreciente.

Y mucho más, si las favorables condiciones de un clima sano, sin fiebres ni demás enfermedades que

diezman á los extranjeros en otros países, no les hacen echar de ménos la patria nativa.

Esa república tiene en su gran extensión, hasta los helados arrecifes del cabo de Hornos, todos los climas y todas las vejetaciones.

En su rico territorio pueden encontrar fácil alojamiento muchos pueblos de caractéres y fisonomías diversos para armonizarse y fundirse en una gran nacionalidad.

IV

La Argentina descuella á muchos piés sobre el nivel de la civilización de la América meridional, así como los Estados-Unidos en la del Norte.

Los extremos geográficos se tocan.

Es la vindicación de la raza latina en el Nuevo mundo, y una gran honra y un justo orgullo para su madre la España.

Hay que examinar su progreso, no desde la fecha de su independencia aún así muy reciente, sinó en los pocos últimos años de paz y de regularidad.

En su territorio aparecen ciudades hermosas, como la de la Plata, de una sola vez, cual si fuera una fantasía que reprodujese una máquina fotográfica.

El crédito hace prodigios, y el frio contemplador se llena de sobresalto con su rápida y agigantada carre-

ra, que puede darla la salvación del triunfo completo ó la caida en el abismo.

Parece que la Argentina pide al progreso universal algun favor ó dispensa de tiempo, y aquél la contesta con la galante expresión del ministro Carlos Calonne á la reina de Francia Maria Antonieta: «Si lo que vuestra Majestad me pide es posible, délo por hecho. Si es imposible, se hará».

En el gran colegio de las civilizaciones del Nuevo Mundo, esa bella y aventajada alumna ha merecido la nota de *sobresaliente*, entre sus demás hermanas.

Algun dia, no muy lejano tal vez, perforada la gran cordillera de los Andes y enlazado su ferro-carril de Mendoza con el de Valparaiso, sus relaciones de fraternidad y de progreso se extenderán fácilmente á otros mares, á su también brillante hermana la república de Chile y á todos los pueblos de aquellas otras costas.

La república de los Estados-Unidos y la Argentina son las dos grandes curvas que, como un paréntesis, cierran el complicado polinomio del progreso del Nuevo-Mundo.

¡Quiera la Providencia que una paz inquebrantable la permita realizar su brillante porvenir!

SINTESIS

La vieja Europa, con su admirable civilización, presenta en sus bellas y populosas ciudades todos los elementos necesarios para la felicidad de los pueblos y de los hombres, de lo social y de lo individual; toda la sávia, por decirlo así, que necesitarse puede para la vida del corazón y para la de la cabeza, para nutrir altamente el sentimiento y la idea, para la realización del destino humano.

Pero el exceso de población y lo esquilmado de su territorio, que ha alimentado ya á tan numerosas generaciones, hacen que la vida física se vuelva en ella espinosa y problemática.

La ley de Malthus se realiza de la manera más práctica: las existencias aumentan en progresión geométrica, y en progresión aritmètica las subsistencias.

De ahí las grandes corrientes de emigracion al Nuevo-Mundo, el cuál, no obstante el canal de Suez, ganará, y ha ganado ya la prelación en el progreso á las otras partes del globo.

Los pueblos del Nuevo-Mundo tienen la gran ventaja de la fertilidad de su territorio, por lo cual llevan ya en sí el principal y más indispensable elemento de felicidad.

Constituidos en repúblicas y resolviendo sus fines espirituales y humanos dentro de las esferas de la más bella democracia, puede decirse están destinados á enlazar, lo más estrechamente, el nudo de la fraternidad universal.

Son como esos individuos y privilegiadas familias que nacen en ricos y lujosos palacios, rodeados de todas las comodidades apetecibles, y que son completamente dichosos si una buena educación contribuye á la realización de su vida en calma, rehuyendo las discordias y ventilando tranquila y calculadamente las cuestiones que se puedan suscitar por la diversidad de caractéres y aspiraciones.

Ha habido tiranos que han deseado tuviera una sola cabeza el pueblo que gobernaban para cortarla

Pero también Moysés clamaba á Jehová, diciendo: «¿Qué haré con este pueblo? De aquí á un poco me apedrearán.»

Despues de la sombría noche de revoluciones, guerras y cataclismos políticos por que ha pasado la América latina, coloquémonos en cierta altura aunque el ascenso de las pendientes nos canse y sofoque, y podremos contemplar desde allí serenas regiones, auroras de paz, dilatados horizontes de luz, ciudades y campiñas felices.

Y entónces el Nuevo-Mundo, con tan benéficos destellos, será el más espléndido y dichoso palacio de la Humanidad.

FIN

NOTAS

PLAN DE ATAQUE

Encontrado
en uno de los bolsillos del cadàver del general Manuel Cabeza, en la mañana del 8 de Mayo de 1885

Orden general del Ejército

PARA HOY 30 DE ABRIL DE 1885

Art. Se ha dispuesto que el ataque á la ciudad de Cartagena se verifique según el siguiente plan:

1.ª El ejército se dividirá en tres columnas principales de ataque, así:

PRIMERA COLUMNA

Comandada por el señor general Siervo Sarmiento

Corresponderá el mando en caso necesario, por sucesión, á los señores general Fernando Soler, y coroneles Mário Arana y Lorenzo Lleras, respectivamente.

Se compondrá de los batallones «Ocaña», «Palacé», «Pichincha» y «5.° de Boyacá».

Le servirán de prácticos los señores José Angel Tóus, Joaquin Aparicio, y los demás que pueda conseguir el jefe.

Llevará consigo 10 escalas que le serán entregadas, y las cuerdas y sacos que pueda conseguir. El parque especial de esta columna constará de 20 cajas de cápsulas y 50 tiros de cañón.

Deberá situarse para recibir la señal de ataque en la línea que termina la arboleda de «Boca grande» hácia la ciudad, aprovechándose de la «Defensa».

OPERACIONES

Esta columna, aumentada con los batallones «Robles» y «Legión Coriolana», atacará vigorosamente de frente, procurando acercarse lo más posible á la muralla con el fin de proteger y facilitar la operación que debe ejecutar el señor general Cabeza, al mando de los batallones «Robles» y «Legión Coriolana», desfilando por el pié de la muralla que dá al mar.

El avance de esta columna será protegido por los fuegos de artillería del cañón que estaba en «Castillo grande» y de los buques de la flotilla. Su primer objetivo será la protección de la operación del señor general Cabeza, luego avivará los fuegos y asaltará la muralla por los medios que estime oportunos.

Sucederá en el mando al señor general Cabeza el coronel Valverde Fuerte.

SEGUNDA COLUMNA

(FLOTILLA)

Comandada por el señor general José M.ª Ruiz

Corresponderá el mando en caso necesario, por sucesion, á los señores coroneles B. Herrera, comandante del vapor «Cartagena»; comandante Enrique Cole, del vapor «11 de Febrero»; comandante Ráfael Ortega, del vapor «Cristóbal Colón», y comandante Aparicio Cásseres, del vapor «Unión». El jefe de la columna de operaciones estará á bordo del vapor «11 de Febrero».

Esta columna se compondrá del batallón «2.º de Pamplona» y de la batería de artillería de la «2.ª División de Santander».

Le servirán de prácticos el señor capitan Ecker y los de los buques.

Llevará á bordo 20 cayucos para botarlos al agua donde fuere conveniente, é irá provista de tablones, sacos, cuerdas y escalas.

El parque especial de la flotilla constará de 20 cajas de cápsulas y 100 tiros de cañón.

Se situará, para esperar la señal de ataque, en la «Isla de Gracia».

OPERACIONES

Marchará y se situará en línea entre Pastelillo y Boca grande. Romperá los fuegos sobre la línea de la Aduana, y procurará atravesar los obstáculos que hay en esas aguas, y si lo obtuviere, avanzará en esa misma forma. Su objetivo principal será apagar los fuegos de la muralla que queda á su frente. Estará en disposición de arrimar á cualquiera de los costados para facilitar la movilización de fuerzas y trasmitir órdenes de Pastelillo á Boca grande y viceversa. El vapor «Unión» se destinará especialmente á la provisión de agua, leña, etc. Intentará arrimar á la muralla y desembarcar sobre ella tropas.

TERCERA COLUMNA

Comandada por el señor general Juan S. Ruiz

Corresponderá el mando en caso necesario, por sucesión, á los señores generales Salvador Várgas E y Antonio Noguera Z.

Esta columna se compondrá de los batallones «Tiradores», «Libres de Cundinamarca», «Santander» y 40 hombres del batallón «Hernández». Le servirán de prácticos los señores doctor

Manuel Castro Viola y José Angel Moré. Llevará consigo 16 escalas, cuerdas, etc. El parque de esta columna constará de 25 cajas de cápsulas. Se situará para recibir la señal de ataque donde se determine.

OPERACIONES

Esta fuerza avanzará muy cautelosamente para no ser descubierta por el enemigo, y una hora después de principiado el ataque, en el centro y á la izquierda, avanzará sobre la Tenaza, acercándose á la muralla cuanto sea posible para que proteja las operaciones que deben ejecutar los batallones «Sinú» y «Bolívar», comandados por el señor general Atanasio Muñóz, desfilando por el pié de la muralla que dá al mar, obrando por el Boquetillo ú otro punto conveniente en combinación con la columna al mando del señor general Cabeza. La columna principal y la del señor general Muñóz, estarán protegidas por los fuegos de San Felipe y de los vapores «Gaitán» y «Camacho Roldán» que obrarán por el mar. Sucederá en el mando al general Muñóz, el general Rives Miranda.

El objetivo principal de esta columna será el de proteger la operación del general Muñóz; luego avivará los fuegos y asaltará las posiciones de la Tenaza.

Art. En el fuerte de San Felipe quedarán las baterías á cargo del batallón 8 de Mayo, á las órdenes del señor coronel C. Obando y á falta de éste el señor comandante Alejandro Lopez R.

La batería dirigirá sus fuegos graneados y en descarga sobre los edificios de San Juán de Dios, y Santo Domingo y sobre los reductos de San Ignacio, Santa Catalina, Media Luna y la Tenaza.

Cuidará con esmero de no disparar sobre edificios de donde no salga fuego, y especialmente sobre la casa del señor Cónsul norte-americano.

Al principiar el ataque de la infantería los fuegos serán lentos, media hora después serán vivos y vigorosos.

Art. Las fuerzas que componen las columnas comandadas por los señores generales Sarmiento y J. S. Ruiz, se formarán en tres líneas de tiradores con distancias é intervalos convenientes. La primera avanzará y romperá los fuegos en oportunidad, avanzarán aún más y la segunda ocupará el puesto de ésta, y luego la tercera reforzará la segunda, y la primera se lanzará con carrera al pié de la muralla, y allí, protegida por el fuego de las otras dos, emprenderá el escalamiento.

Art. Los señores comandantes de columnas cuidarán que los soldados hagan uso de cuerdas como porta-rifles para facilitar la ascensión por las escalas.

Art. Las fuerzas que logren salvar las murallas se reorganizarán si á juicio de los jefes no hubiere urgente necesidad de perseguir al enemigo en el acto.

Art. El Cuartel general será la plaza principal de la ciudad.

Art. Los señores jefes advertirán á sus soldados la prohibición de hacer fuego sobre edificios ó individuos inermes y especial-

mente sobre la casa del señor Cónsul norte-americano, la cual sirve hoy también de habitación á varios individuos no comprometidos en la presente lucha.

Art. Cada compañía deberá llevar dos banderas.

Art. El parque general estará en el pié de la Popa.

Art. El Cuartel general junto con la reserva estará en San Felipe. Hará también parte del Cuartel general el Presidente del Estado, sus ayudantes y adjuntos.

Art. Los capitanes de los buques estarán á órdenes inmediatas de los jefes militares.

Art. Todos los individuos del ejército se divisarán con una cinta roja en el sombrero. Los ayudantes de campo llevarán como banda una bandera de las que usa el ejército. Los individuos del Cuerpo de Sanidad se divisarán con una escarapela en el frente del sombrero.

Art. La señal de ataque serán tres descargas cerradas de la batería de San Felipe.

Art. Los vapores «Gaitán» y «Camacho Roldán», al mando del coronel F. Navas con residencia en el primero, se situarán donde se determine, y dada la señal de ataque, marcharán frente al reducto de la Aduana, por el lado del mar y dirigirá sus fuegos. allí.

Una hora después de esto, marcharán á la Tenaza y tratarán de apagar los fuegos de esta muralla.

NOTA—Aunque el ataque se verificó sustancialmente de acuerdo con el Plan que antecede, sufrió algunas modificaciones, tales como la sustitucion de unos jefes por otros; y en su ejecución también hubo falta de cumplimiento en alguna de sus partes, debido á la desaparición de algunos de los guías y jefes, según espontánea confesión de los mismos prisioneros.

EXTRACTO DE LA DEFENSA

de la plaza

según el parte detallado publicado por el general, Jefe de Estado Mayor general, Francisco J. Palacio.

Estados-Unidos de Colombia—Estado Soberano de Bolívar—Número 464—Cuartel General en Cartagena, á 9 de Mayo de 1885 —El general, Jefe de Estado Mayor de la Columna de operaciones en los Estados del Atlántico y Jefe de la plaza de Cartagena, al ciudadano General en Jefe, Jefe de operaciones de los Estados del Atlántico.

. . . .

En la noche del 29 del pasado fué sorprendido, al pié de la muralla del baluarte de «Santa Catalina», un individuo, oficial de las fuerzas enemigas, que dice llamarse Francisco Peña, el cual, según vereis por la declaración que acompaño en copia, confesó que de manos del mismo señor general Gaitán, había recibido tres cartuchos de dinamita, que debía colocar en una de las grietas de la muralla, dándole fuego en seguida á la mina. Los cartuchos de dinamita fueron encontrados. Todo esto me hacía comprender que tenía que prepararme para resistir un esfuerzo desesperado de parte del enemigo, quien, con pocas interrupciones, no habia suspendido ni el bombardeo ni los disparos de rifle del Cerro de «San Felipe» á la ciudad. Parece, empero, que el dia 2, disponiendo ya de un cañón de á veinticuatro, que había agregado á su batería del Cerro, y otro de á diez y ocho, colocado en el «Limbo», quiso probar lo que podía obtener aterrorizando á la población, con uno de esos bombardeos de que no hay ejemplo en ninguna de nuestras desgraciadas guerras civiles. De las 11 del dia á las 8 de la noche lanzó, en efecto, ciento veinte proyectiles, calibres de á 24, 18 y 12, estos últimos de bombas explosivas, que hicieron bastante daño material en la ciudad.

Para el dia 3, terminadas nuestras obras de defensa y montados los dos últimos cañones, dí la siguiente organización á los siete baluartes de Jetsemaní:

Santa Isabel—Comandante, Sargento Mayor Eladio Grau.
INFANTERÍA—Media compañía del batallón «Libres de Cartagena», al mando del teniente Agustin Gari.
Al pié de este baluarte hice fondear los vapores «Lebrija» y «Rafael Núñez», formando de sus tripulantes una compañía de

rifleros, que puse á las órdenes del teniente Eduardo Vargas, de cuyo bizarro comportamiento y triste muerte me ocuparé separadamente.

Arsenal—Primer Comandante, teniente coronel Francisco Polanco.
Segundo idem, sargento mayor Julio N. Vieco.
ARTILLERÍA—Dos cañones, calibre de á cuatro, servidos por media compañía del «Batallón 8.°», al mando del subteniente Antonio Suarez.
INFANTERÍA—Una compañía del batallón «Córdova núm. 1.°», bajo las órdenes del teniente Agustin Granados.

Reducto — Primer Comandante, teniente coronel Pascual Beleño.
Segundo idem, sargento mayor Manuel López L.
ARTILLERÍA—Una pieza, calibre de á 18, servida por media batería, bajo las órdenes del sargento mayor José Cerezo.
INFANTERÍA—Dos compañías del «Batallón Bolívar núm. 1.°»

San José — Primer Comandante, coronel Laurencio Thorrens.
Segundo idem, sargento mayor Cárlos A. Buitrago.
INFANTERÍA - «Compañía suelta del Distrito», al mando del capitan Juan G. Castillo y teniente Aníbal Cerra.

Media Luna—Primer Comandante, sargento mayor Juan Castro R.
Segundo idem, sargento mayor Francisco Olarte.
ARTILLERÍA—Un cañón, calibre de á 18, con la batería de artilleria del «Batallón 4.°», bajo las órdenes de los subtenientes Víctor Jiménez y Trinidad Parada.
INFANTERÍA—Media compañía del Batallón «Libres de Cartagena», bajo las órdenes de los tenientes Ricardo Cordero y Francisco Camacho.

Matadero (ARRIBA)—Comandante, capitán José M.ª Lasprilla.
ARTILLERÍA - Un cañón, calibre de á 8, servido por artilleros del «Batallón 4°», al mando del teniente José R. Múnera.
INFANTERÍA—Media compañia del batallón «Libres de Cartagena», bajo las órdenes de los tenientes Antonio Anaya y Sixto Nieto.

Matadero (ABAJO)—Comandante, Sargento Mayor José M. Tátis F.
INFANTERÍA - Media Compañía del Batallón «Libres de Cartagena», al mando del teniente Gonzalo González Melina.

De los siete baluartes de Jetsemaní, nombré comandante Inspector General, al general Elías Rodriguez.

La fortaleza de «El Pastelillo», estaba defendida, como la dejásteis, por el comandante Policarpo Castañeda y la primera compañía del batallón «Santamarta número 1º», al mando del capitán Francisco Gómez.

El servicio de los siete baluartes de la ciudad estaba distribuido así:

San Pedro Mártir—Primer comandante, coronel Gregorio Beltran.

ARTILLERÍA—Un cañòn calibre de á 18, servido por media batería al mando del subteniente Genaro Aranza.

INFANTERÍA—Media compañía del batallón «Libres de Cartagena» al mando del sub-teniente Sebastian Fuentes, y un piquete del «Batallón 4º» al mandó del subteniente Teófilo García.

San Lúcas—Primer comandante, sargento mayor Pablo García, 2.º idem, capitán José Jaspe.

ARTILLERÍA—Un cañón calibre de 18, servido por media batería suelta al mando del capitán José Jaspe.

INFANTERÍA—Una compañía del batallón «Libres de Cartagena» al mando del teniente Antonio Araujo I. y sub teniente José Posada.

Santa Catalina—Primer comandante, teniente coronel Benigno Escovar.

Segundo idem, capitán Lázaro M. Pérez U.

ARTILLERIA—Un cañón calibre de 18, servido por media batería suelta, al mando del capitán Félix Gonzalez Sebá.

INFANTERÍA—Una compañía del batallon «Libres de Cartagena» al mando del capitán José Leon Lores, teniente Marcial González y subtenientes Enrique Torres y Cárlos Velez D.

Tenaza—Comandante, capitán Leopoldo Corredor.

ARTILLERÍA—Un cañón calibre de á 4.

INFANTERÍA—Treinta y cinco tiradores escogidos de los batallones «8.º, 4.º, Córdova y Libres de Cartagena», bajo las órdenes del capitán Juan Bermudez, teniente Salvador Córdova y subteniente Agustin Quiñones.

Boquetillo—Encomendé la defensa de este baluarte á una «Compañía de Cívicos», quienes patrióticamente se ofrecieron á defenderlo bajo las órdenes del señor doctor José María Samper, teniente Pedro Félix y á 20 hombres del batallòn «Libres de Cartagena» al mando del capitán Francisco Franco, del teniente Darío Valest y del subteniente Lácides Segovia. En la organización de la «Compañía Cívica», así como en todo lo que de algun modo se relaciona con la defensa de la plaza, cumplo gustoso con el deber de hacer mención del citado doctor Samper y del señor don José del C. Villa.

Santo Domingo—Comandante, coronel Florentino Manjarrés.

ARTILLERÍA—Dos cañones calibre de 24 y 18 servidos por la primera Batería de Artillería, á las órdenes del teniente coronel Domingo Munive.

INFANTERÍA—Dos compañías de los batallones «Santamarta y Córdova número 1».

San Javier—Primer comandante, teniente coronel Milciades Rodriguez.

Segundo idem, sargento mayor Miguel Cortés.

ARTILLERÍA—Dos cañones, calibre de á 24 y 18 servidos por la primera Batería de Artillería, al mando del teniente coronel Bernardo González Franco, teniente Santos Carcía y subteniente Ricardo Brun.

INFANTERÍA—Media compañía del «Batallón 8.º» al mando del capitán José Angel Calderón; media compañía del «Batallón 4º», al mando del capitán Pablo E. Medina y media compañía del batallôn «Libres de Cartagena», al mando del subteniente Venancio Bernett.

En este baluarte hice colocar la ametralladora, servida por el capitán Julio Moncada y el teniente Fidel Picoté.

En la torre de San Juan de Dios, que mira al «Limbo», en donde el enemigo tenia fortificaciones, situé al capitán Vicente Torres, con todos los indivíduos de la banda de música del «Batallón 8.º, y mucho daño conseguimos hacerle desde allí.

De los siete baluartes de la ciudad, nombré de Comandante, inspector general al gencral Cayetano Ortega y de Inspector de Artillería, al coronel Daniel Olaciregui.

Dispuestas las cosas de este modo, ordené que la cuarta parte de la fuerza efectiva de cada campamento, permaneciera siempre de vigilancia, con el arma al brazo, y que al resto quedara en aptitud de ocurrir á donde lo exigieran las circunstancias.

Establecido como tenía el servicio telefónico entre las torres de la Catedral y de San Juan de Dios y el baluarte de San Javier punto más avanzado á la línea enemiga, en donde desde el principio establecí mi campamento, estaba en posibilidad de espiar, y espiaba en efecto todos sus movimientos.

Todo me hacia esperar que se acercaba el momento de la suprema prueba; y, en efecto, el 7 á las 9 y cuarto de la noche, el vigía de la Catedral me anunció que en el «Cerro de la Popa» se habian hecho señales con luces que fueron correspondidas en todo el campamento enemigo. Minutos después, se rompieron los fuegos del baluarte de «Santo Domingo» sobre una partida de veinticinco á treinta hombres, que, aprovechándose de la oscuridad de la noche, habian asaltado con escalas la parte más baja de la muralla de la «Cruz», y apoderándose de la casa contigua al antiguo cuartel de la artillería. Descubierto oportunamente dicho asalto, y tomadas las escalas, la fuerza enemiga que quedó sobre la playa rompió sus fuegos sobre «Santo Domingo», al

mismo tiempo que todo el grueso de la fuerza que entró por «Boca grande» los rompía sobre el baluarte de «San Javier».

El enemigo al favor de la oscuridad de la noche habia situado parte de su flotilla (la draga «Cristóban Colón», la barca «Colombia» y los remolcadores «Camacho Roldán» y «Gaitán») á medio tiro de rifle, en la ensenada de «Santo Domingo», y desembarcado en lanchas y cayucos, casi simultáneamente toda su infantería.

Poco antes de romperse los fuegos sobre «San Javier», dispuse que el coronel Milciades Rodriguez, con veinte hombres del «Batallón 8.º», se apoderára de la casa en donde estaba la fuerza enemiga que habia logrado escalar la muralla. El comandante Rodriguez, con el arrojo que lo distingue, rompió la puerta de la casa y entró á sangre y fuego, en tanto que los que la ocupaban mataban á cuatro de nuestros soldados y herían á dos y al mismo comandante Rodriguez, á quien hicieron prisionero. A la vez que tuve noticia de lo ocurrido, se me informó que los pocos que aún quedaban en la casa habian, hacía rato, suspendido sus fuegos y encerrádose en ella. Comprendí que aquella era gente perdida para el enemigo y dispuse que el general Cayetano Ortega y el capitan Vicente Torres, con una compañia del «Batallón 8.º» se apoderáran de la casa á todo trance; y, en efecto, después de estar al frente de ella y dado nuestro corneta el toque de atención, con señal del «Batallón 8.º» el comandante Rodriguez intimó rendición á los mismos que lo tenian prisionero, los que se entregaron exigiéndole sólo que les garantizára la vida. Minutos después el comandante Rodriguez llegaba al campamento de «San Javier» y entregaba los prisioneros, en medio de las entusiastas aclamaciones de nuestros soldados.

Mientras esto sucedia, el ataque se había generalizado vigorosamente en todas las cortinas de los baluartes de «San Javier» «Santo Domingo» y «Boquetillo» lo mismo que sobre «San Lucas» «Santa Catalina» y la «Tenaza».

Por la bahia los vapores de la flotilla enemiga, «Once de Febrero», «Cartagena» y «Unión» habian avanzado sobre el «Pastelillo», é indistintamente dirigían sus fuegos de infantería y artillería contra esa fortaleza y los baluartes de «San José», «El Reducto» y «El Arsenal», amenazando efectuar un desembarco, que no pudieron poner en ejecución por el fuego vivo y sostenido de nuestra infantería. De los que atacaron la plaza, éstos fueron los primeros que reconocieron su impotencia y se retiraron en el más completo desórden

Desde que se rompieron los fuegos sobre «Santo Domingo» y «San Javier», y durante toda la noche, el enemigo no dejó de lanzar un sólo momento sus proyectiles de artillería, ametralladora y fusilería desde el «Cerro de San Felipe», indistintamente sobre la ciudad y los baluartes de «San Pedro Mártir», «Matadero», Media Luna» y «Santa Catalina».

La noche era oscura: el fuego de nuestra artillería y fusilería era por demás vigoroso: el del enemigo se sostenia en toda la

línea; y la ciudad, vieja y preciada reliquia de nuestra gloriosa epopeya, se agitaba dentro de un círculo de llamas, cual si hubiera presentido que hijos desnaturalizados de ella servían á la sazón de guías á los que venían á profanar sus muros!...

El teléfono y mis ayudantes, repartidos en todas direcciones, me hacían saber á cada instante que en nuestros baluartes reinaba el mayor entusiasmo, y que el enemigo salía rechazado en cada nuevo ataque que intentaba. A las 6 de la mañana del 8, el fuego había cesado en todos los baluartes y se sostenía sólo en el de «San Javier», contra el que dirigía el enemigo desde la draga «Cristóbal Colon», el remolcador «Gaitán» y la fuerza de tierra que se había parapetado detrás del tajamar de Bocagrande.

Nuestro cañón de á 24 de aquel baluarte había reventado poco después de principiado el combate, y para el cañón de á 18 sólo nos quedaban dos cartuchos de pólvora. El fuego de nuestra artillería había sido vivo en toda la noche, y sin pólvora habíamos quedado en la mayor parte de los baluartes, pues sabéis la poca cantidad de que podíamos disponer. Pero á las 6 y 30 a. m. cuando la barca avivaba sus fuegos de artillería sobre nosotros, protegiendo así á su infantería, dispuse que el teniente coronel Milciades Rodriguez tomara la puntería del último disparo de cañón de que podíamos disponer. El tiro fué maestramente dirigido, y como la barca estaba á medio tiro de rifle de la orilla del mar, pudimos claramente ver todo el daño que el buque había sufrido, daño que lo obligó á apagar inmediatamente sus fuegos. El proyectil entró á 3 piés más ó menos, sobre la línea de cobre y ascendiendo luego, rompió la cubierta, en donde murieron dos, haciéndole daño luego al remolcador «Gaitán», que se parapetaba con ella. Momentos más tarde ambas embarcaciones emprendían precipitadamente su retirada, y la fuerza de tierra que aún no huía en dirección á «Bocagrande», viéndose abandonada, se dirigió á rendir sus armas al pié de nuestro baluarte y del de «Santo Domingo».

Caprichos del destino, ciudadano general: despues hemos sabido que el último cartucho de que disponíamos había herido de muerte al mismo hombre (Ecker) que, por esos mismos lados, meses ántes, y sin notificación prévia, lanzó la primera bomba explosiva sobre esta población, que le había discernido hospitalidad y favores!....

Las pérdidas que el enemigo ha sufrido en el ataque de que me he ocupado son de extraordinaria consideración y todavia incalculables: ellas sin duda le obligarán á levantar el sitio de la plaza; y en honor de la verdad debo deciros que son dignos de mejor causa el arrojo y el valor con que se trató de poner en ejecución la pretenciosa vanidad del Jefe que tan caprichosamente entregaba sus subalternos al sacrificio.

Según una órden general del enemigo que tengo á la vista, la ciudad fué atacada por dos mil doscientos hombres.

Hasta la fecha tenemos en nuestro poder doscientos sesenta y

ocho prisioneros, entre ellos setenta y ocho jefes y oficiales. Sus muertos y heridos pasan de trescientos.

Del campo enemigo hemos recogido más de veinte mil cápsulas, banderas, cornetas, herramientas de todas clases, escalas, y doscientos noventa y siete Remingtons y Peaboyds.

. . . .

De nuestro lado sólo hemos tenido nueve muertos y catorce heridos, figurando entre los primeros el teniente Eduardo Vargas, quien despues de haber peleado toda la noche con la serenidad que lo distinguía á la cabeza de los tripulantes de los vapores, vino á las seis de la mañana á ponerse á mi disposición en el baluarte de «San Javier», y á las siete, más ó menos, cuando me acompañaba á recibir las armas de los que se rendían, uno de éstos, al grito de ¡«Viva el partido radical!» disparó el rifle, pasándole el pulmón izquierdo. Entre los segundos está el teniente Antonio Araújo L.

. . . .

Faltaría á la justicia si entrara á hacer recomendaciones especiales: desde los primeros jefes hasta el último soldado, todos han cumplido bizarramente sus deberes, defendiendo á Cartagena de uno de los ataques más vigorosos y meditados de que habrá de ocuparse la historia en mucho tiempo; pero faltaría asímismo á un deber si no consignara aquí los nombres de los generales Cayetano Ortega y Elías Rodriguez; de los coroneles Florentino Manjarrés, Gregorio Beltrán y Daniel Olaciregui, y de los tenientes coroneles Benigno Escovar, (Jefe de dia) Milciades Rodriguez, Bernardo y Joaquin Gonzálex Franco, Pascual Beleño y Francisco Polanco, á quienes tocó, por las funciones que desempeñaban, papel muy importante, y al sargento mayor Policarpo Castañeda. quien defendió denodadamente «El Pastelillo» hasta agotar las cápsulas.

Entre los heridos figuran dos de mis ayudantes, los capitanes Eufredo Blanco y José María Castillo G., quienes, como los de su grado J. Martin Blanco, Agustin Flórez, Luis E. Calvo, Leoncio Hernández, y tenientes Julio E. Segrera, Lino M. Leon y Gabriel Martínez Aparicio, cumplieron todas mis órdenes y pelearon como soldados.

En conclusión, no creo aventurado aseguraros que el resultado de esta brillante función de armas augura el pronto restablecimiento del órden constitucional en toda nuestra costa; y esperando haber correspondido á la confianza que en mí depositásteis al dejarme encargado de la defensa de esta plaza, me suscribo, con patriótica satisfacción, vuestro atento servidor y compatriota,

F. J. Palacio.

INDICE

PRIMERA PARTE

CARTAGENA

SEGUNDA PARTE

LO FATAL

TERCERA PARTE

EL PORVENIR

FÉ DE ERRATAS

PÁGINAS	DICE	DEBE DEC
7 — línea 7 . . .	Chateaux-Margaux . . .	Chatéau-
14 — » 14 . . .	Branma	Brahm
27 — última línea.	cororea	colore
27 — » » .	amelicanas.	americ
34 — línea 3 . . .	plana.	planta.
43 — » 1ª y 2ª .	cuando de las dolencias	curado de l
56 — » 6 . . .	epinion.	opinion.
61 — » 13 . . .	temó	tomó.
63 — » 21 . . .	erefurzo	refuerzo.
102 — » 9 . . .	à las sitiadores	à los sitiadores.
110 — » 25 . . .	esta detalle	este detalle.
124 — » 7 . . .	é esos	à esos.
139 — » 9 . . .	à era hora.	à esa hora.
142 — » 13 . . .	apacible ó imponente. .	apacible é imponent
144 — última línea.	artes	partes.
171 — línea 5 . . .	par les agitations. . . .	les agitations.
171 — » 5 . . .	instant.	par instant.
175 — » 15 . . .	costas de Atlàntico . . .	costas del Atlàntico.
190 — » 2 . . .	el de Calvario.	el del Calvario.
207 — » 22 . . .	poblabión	población.
231 — » 14 y 15 .	Nuevo mundo	Nuevo-Mundo.

